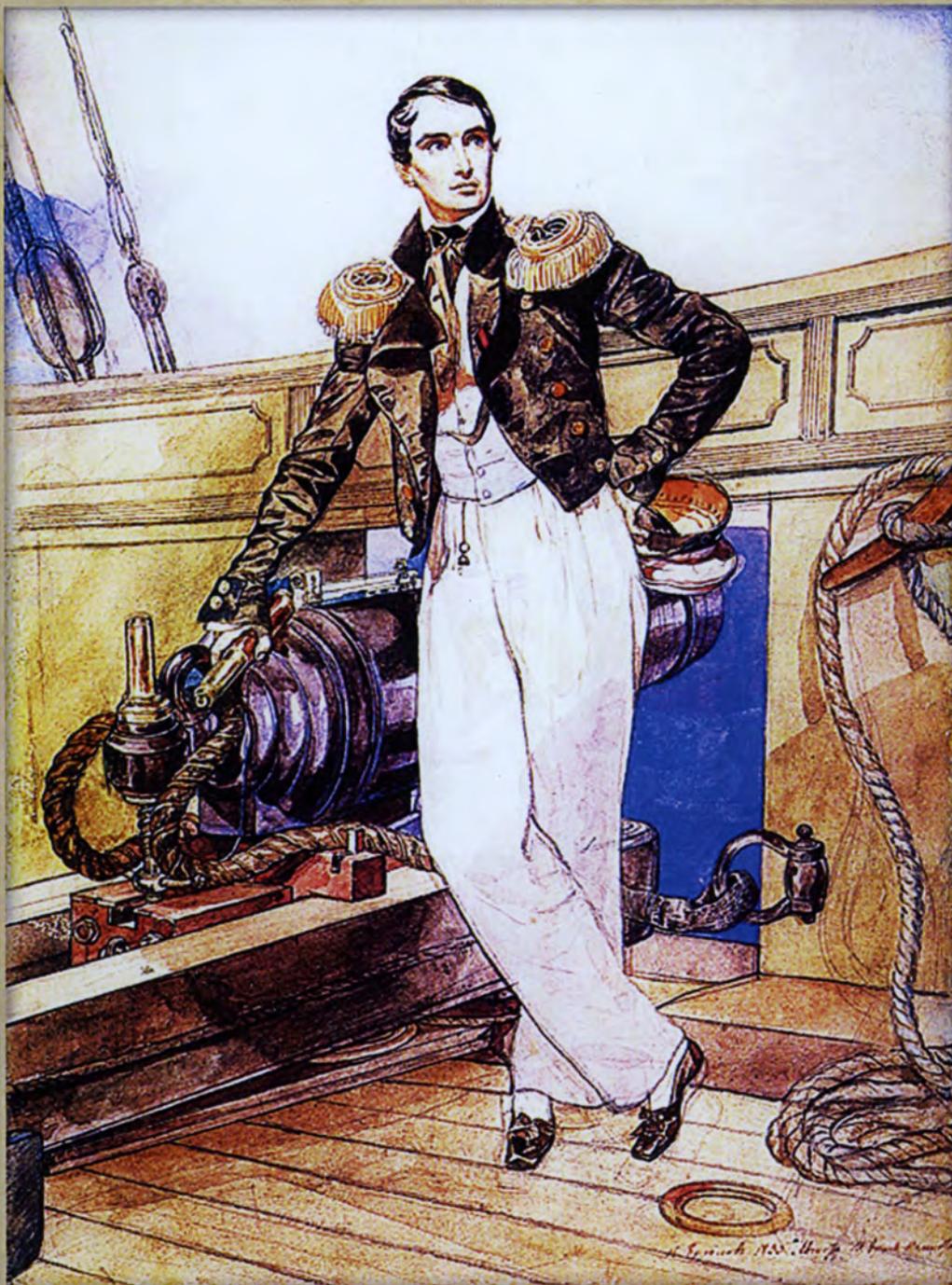


Como si nada hubiera sucedido



Capitán Pedro Salcedo
MUSEO DE LA ESCLAVITUD LA HABANA

JOSÉ MIGUEL BORJA

Como si nada hubiera sucedido

José Miguel Borja Devesa

Como si nada hubiera sucedido.

Página de derechos de autor.

Los derechos de autor de la obra titulada "Como si nada hubiera sucedido" pertenecen íntegramente a José Miguel Borja .

La portada para la edición en Amazon es de Mauro Hernández

La novela fue editada en formato libro de tapa dura en 2011 por Infova ediciones con ISBN. 978-84-614-7198-0.

Como si nada hubiera sucedido

1^a parte

La familia del capitán Salcedo

2^a parte

La otra familia del capitán Salcedo

*Más allá de la luz está la sombra,
y detrás de la sombra no habrá luz
ni sombra. Ni sonidos, ni silencio.
Llámale eternidad, o Dios, o infierno.
o no le llames nada.
Como si nada hubiera sucedido*

Los sinónimos. Francisco Brines

Antología Poética. Espejo ciego.
(Edición del Consell Valencià de Cultura)

1ª PARTE

La familia del Capitán Salcedo

La habitación del pequeño Pablo, una abigarrada estancia de medidas desproporcionadas para un niño, con el techo coronado por un lucernario de vidrios de color, era el sanctasanctórum de la casa, el lugar preferido de todos los miembros de la familia Salcedo, que dejaron en ella las huellas de su personalidad. Pablo era el único heredero para perpetuar el apellido Salcedo cuya presencia en Málaga se remontaba a 1777 cuando don Gaspar Salcedo de Malaespina, célebre arabista y lexicógrafo, levantó la casa blasonada en el Paseo del Mar.

En la chimenea victoriana, labrada en bronce con escenas de la Guerra de las Dos Rosas, traída de Londres por el bisabuelo Gaspar, llameaban constantemente, pese a la benignidad del clima, dos troncos de olivo recogidos por el arabista en el huerto de Getsemaní. Tenían la particularidad de arder sin consumirse y no dar calor durante los meses de primavera y verano.

Don Pedro, el abuelo marino de nariz aguileña y barba cenicienta, que murió al mando del *Buenaventura* frente al puerto de Alejandría, trajo de la capital británica el papel asalmonado, imitando terciopelo, que cubría todas las paredes de la singular habitación.

La cama de caoba, de las llamadas de cuerpo y medio o de canónigo, fue regalo de la tía abuela, la monja María de los Dolores Rafaela Quiroga, confidente de la reina Isabel II y causante de la caída del gobierno de Narváez. Una mujer extraordinaria que, desde su religiosidad, infundió en sus sobrinas, Pasión y Sacramento, las tías de Pablo, una conciencia

pusilánime –*noli me tangere*– que las llevó a permanecer ayunas de varón, en aras de una escrupulosa moral. De ellas era la cómoda de palorrosa que exhalaba el inconfundible olor de las rosas de otoño con que los cartujos de Miraflores elaboraban los rosarios que las tías acariciaban todos los días entre sus dedos, durante las interminables tardes de verano.

–Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

–Como era en un principio, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

En un rincón de la estancia reposaba el enorme baúl de los viajes transatlánticos que usara doña Genoveva Salcedo, la difunta hermana del abuelo, famosa actriz dramática que hacía las Américas todos los años. En él, guardaba Pablo sus juguetes preferidos: peonzas, diábolos, soldaditos de plomo, caleidoscopios, construcciones de madera y un pequeño altar con todos los útiles para decir misa. Un altar que Pablo intentó regalar, años más tarde, a su maestro de pintura don Leonardo Durán pensando que así podría ayudarlo a reconciliarse con la Iglesia; pero, misteriosamente, de la noche a la mañana, el maestro desapareció sin dejar rastro.

Otra de las esquinas de la habitación la ocupaba una colosal barrica de roble americano que durante años viajó en la bodega del *Buenaventura*. Guardaba un excelente ron envejecido con riquísimas holandas del que eran muy devotos el contraamaestre Matías y la abuela. Dando guardia al preciado licor, un reloj de péndulo y sonería con la leyenda *tempus fugit* recordaba la fugacidad del tiempo. Junto al barril de ron, tres sillas bajas de enea donde acostumbraban a sentarse Pablo y la abuela Adelaida para escuchar al gallego Matías, el que fuera Contraamaestre del abuelo, las célebres historias de su señor tío don Cunqueiro, el famoso e ilustrado obispo de Mondoñedo.

Pero de todo lo que había en aquella heterogénea habitación, la pieza preferida de Pablo era el cuadro de la Virgen situado enfrente de su cama. Semejaba una obra romántica de mediados del XIX. Una Virgen del Carmen en colores vivos de extraordinaria ingenuidad adornada con

abundante cabello negro que le caía en cascada hasta la cintura. Tenía fama de milagrera y todos los sábados se la entronizaba en el salón principal de la casa donde, cumpliendo los deseos del Capitán, se celebraba una misa en su honor.

El lienzo lo trajo de Cuba el abuelo de Pablo, el capitán Pedro Salcedo, durante el tiempo en que todavía navegaba para el comercio de esclavos, justo el año en que nacieron sus hijas gemelas, Pasión y Sacramento. Según contaba el viejo contraamaestre Matías que le acompañó durante toda su vida y, tras su muerte frente al puerto de Alejandría, tuvo el honor de lanzar el cadáver al mar envuelto en la bandera española, se lo vendió el penitenciario de la catedral de La Habana, un canónigo muy aficionado al ron, para pagar sus deudas de juego. Aquella extraña Virgen, cuyos ojos parecían estar vivos, se veneraba en una oscura capilla de la catedral y corría la leyenda de que el pintor se había inspirado en una mulatica de espléndida belleza, hija natural del penitenciario. El rostro era dulce y lleno de ternura. En su boca, de labios afrutados, se adivinaba cierta sensualidad que delataba el origen antillano de la pintura. Pero el detalle singular residía en los ojos que se iluminaban con luz propia al atardecer cuando la habitación de Pablo se llenaba de penumbra. Al llegar la noche, el niño, subyugado por la mirada, se dormía bajo el amparo de aquel personaje extraordinario.

A los pies de aquella Virgen marinera, en vez de la clásica escena de un naufragio, aparecía un paisaje tropical de cañadulce y bohíos envueltos en llamas donde una multitud de negros, blancos y mulatos se debatía desesperada implorando su favor. Lo más asombroso del lienzo era que el abuelo Pedro aparecía como una de las figuras que clamaba a los pies de la Virgen. Adrián, el hijo mayor del abuelo y padre de Pablo, que gozaba fama de librepensador y enciclopedista, se preguntaba si no habría sido una humorada de su padre. Pero aquella pintura se prestaba a más elucubraciones, pues observando con atención la lengua cabellera de la imagen descubrió que, en el origen del cuadro, el artista pintó la Virgen

con trenzas y, seguramente ante aquella heterodoxia, escandalizadas las autoridades religiosas de la isla, debieron ordenarle enmendar el despropósito. Todas estas cuestiones, que se convirtieron en obsesión a lo largo del tiempo, comenzó a plantearsele Adrián al regreso de una larga estancia en Francia donde conoció a una muchacha de enorme parecido con aquella Virgen.

Al lado del baúl de los juguetes había un pequeño escritorio isabelino regalo de un notario amigo íntimo de la abuela Adelaida durante las ausencias de su marido. Ante el escritorio, Pablo ocupaba gran parte de su tiempo enfrascado en sus dos grandes pasiones, el dibujo y la pintura. Comenzó a los cinco años coloreando con lápices las imágenes de *Nuevo Mundo* y *Blanco y Negro* que semanalmente llegaban a la casa. Más tarde, al cumplir doce años, Mrs. Margaret, la señora del cónsul inglés, gran amiga de su madre, le trajo de Londres una preciosa caja de acuarelas y se abrió ante él un amplio abanico de colores que le cautivó. Los lápices fueron sustituidos por los pinceles y, en poco tiempo, Pablo, poseedor de una gracia infusa, dominó la complicada técnica de la aguada. Su padre decidió alentar aquella predisposición; le halagaba la idea de tener un artista en la familia y nadie mejor maestro para su hijo que don Leonardo Durán, un formidable pintor y extraño personaje que vivía desterrado en Málaga por un contencioso que tuvo en el Nuncio. Era un tipo de edad indefinida, delgado y alto, de facciones agradables y pelo negro en forma de melena que le caía hasta los hombros. Vestía con estudiada extravagancia, en el hablar se le notaba la gracia del acento cubano y se adornaba con una curiosa cojera, quizá fingida. Era todo un espectáculo verlo pasear al anochecer por la calle Larios envuelto en su capa negra ribeteada de raso rojo y tocado por un amplio sombrero de ala ancha. Más de una vez llegó a oídos del padre de Pablo su afición a la gemología y que le gustaba vestirse de mujer, pero a Adrián nunca le preocuparon estas cuestiones.

–No pases cuidado, si tu hijo tiene cualidades, me ocuparé de él.

–Pinta como los propios ángeles.

–No hables así. Eso es pasión de padre. ¿Has visto algún ángel que pinte?

–Usted, por ejemplo.

Don Leonardo no pudo evitar una carcajada.

–Creo, Adrián, que no tienes tú muy buen olfato para descubrir ángeles.

Entre tanto, Pablo había preparado la caja de acuarelas y se afanaba pintando el paisaje que se divisaba desde el balcón. En cuanto el maestro le vio manejar los pinceles, se dio cuenta de que tenía ante él a un superdotado con dotes especiales para la pintura.

–¡Demonio de niño! Adrián, creo que llevas razón. Tu hijo llegará donde quiera.

Pero Pablo no pensaba llegar a ninguna parte. Ahora solo le interesaba conocer la vida de su abuelo el marino, fallecido cuando él tenía cinco años, que imaginaba llena de aventuras en sus viajes al mando del Buenaventura. Pero ni sus padres, ni la abuela, ni las tías, ni tampoco el Contramaestre parecían dispuestos a satisfacer su curiosidad, porque entre todos ellos se cruzaban los hilos de un sinfín de historias que a nadie le interesaba que llegaran a oídos del muchacho.

Pablo poseía la sensibilidad heredada de su madre para gozar de todas las sensaciones agradables, de sus propios pensamientos y de su desbordante imaginación.

–Si no quieres que tus pensamientos mueran contigo, escríbelos –Le dijo un buen día su maestro de pintura don Leonardo Durán, iniciándole así en el amor por la escritura.

Comenzó a llevar un diario, un cuaderno de bitácora, como el que seguramente llevaría el abuelo, donde se mezclaban dibujos y palabras que, con el paso del tiempo, acabó convirtiéndose en esta historia.

Victoria, la madre de Pablo, una mujer encantadora con la morenez rutilante de una modelo de Julio Romero de Torres, que albergaba una trinidad de amores en su corazón, le llevaba todas las noches a la cama y, para no romper las tradiciones religiosas de sus cuñadas, rezaba con él para pedir la protección de la Virgen Cubana que trajo el abuelo.

–Ella será tu mejor valedora. No te apartes nunca de su lado. Te acompañará y te ayudará cuando la necesites –Y cubriéndole de besos, añadía–. Procura tener siempre una mujer como ella cerca de ti.

Luego mojaba sus dedos en la pila del agua bendita que colgaba junto a la cabecera de la cama y le dibujaba la seña de la cruz sobre los ojos, la boca, los oídos y las manos. La relación de Pablo con su madre fue siempre entrañable y cariñosa como la que tuvieron sus padres y la abuela Adelaida; pero él la tuvo por partida doble porque Margaret, la amiga inglesa de su madre, también le tenía a él como un hijo predilecto. Las dos mujeres aprovechaban la ausencia de Pablo en las tardes de domingo para poder ver su femenino gozo reflejado en aquel espejo de la cómoda de palorrosa que tantos secretos guardaba.

Hasta poco antes de nacer Pablo, aquella había sido la habitación de los espejos y todos los miembros de la familia la usaron alguna vez como dormitorio hasta que, a la muerte de los padres de Pablo, las tías Pasión y Sacramento los hicieron retirar. La llamaban la habitación de las Mil y una noches, pues el efecto multiplicador de los espejos hacía que una noche de amor valiese por mil. El invento fue del bisabuelo don Gaspar Salcedo de Malaespina, muy dado a los placeres de la carne, y aseguraba que gracias a este invento logró gozar de unas perspectivas insólitas contemplándose a sí mismo desde diferentes ángulos en los momentos estelares del placer.

Pese a todas esas historias de los espejos, el bisabuelo fue un hombre profundamente religioso. Sus conocimientos de las culturas árabe, judía y cristiana le llevaron a formarse su particular idea religiosa mezclando lo mejor de cada una de ellas.

–Te habría emocionado ver al bisabuelo pidiéndome ser reconfortado por las tres religiones –Le contaba a Pablo la abuela Adelaida–. Quería tener junto a él, además del sacerdote católico, a un rabino y a un imán.

–¿Y no lo hiciste?

–Eso es imposible. Cuando un sacerdote conquista un alma la hace de

su exclusiva propiedad. La quiere solo para su dios y no la comparte con nadie.

–¿Y cada religión tiene un dios diferente? –preguntó Pablo con su eterna sonrisa de inocencia.

–Así es.

–¿Y cómo puedo saber cuál de todos es el verdadero?

–Depende del lugar donde hayas nacido. Alá, Buda y Jesucristo se repartieron el mundo y, según donde uno nace, pertenece a una de las tres grandes religiones.

Matías el Contraamaestre, que desde la muerte del abuelo vivía en la casa de Málaga, no compartía las palabras de la abuela y, tras apurar su vasito de ron, no pudo menos que intervenir:

–Creo que mi tío, el Obispo de Mondoñedo, no estaría de acuerdo con lo que usted ha dicho. La única religión verdadera es la nuestra.

–¡Ojo Matías! No me marees al muchacho. Estás bebiendo demasiado.

–Su marido, el capitán, tenía una gran devoción a la Virgen.

–¡Basta ya! ¡Ni vírgenes ni capitán! –cortó la abuela, que temía que el Contraamaestre se fuera de la lengua.

Hubo un silencio subrayado por el tictac del reloj de péndulo que aprovechó Pablo para servirles un poco de ron con la intención de que siguieran hablando sobre El Capitán, pero solo se escuchó la voz de la doncella que anunciaba que la cena estaba servida.

Una noche de Viernes Santo, allá cuando Pablo cumplía trece años, los mayores de la casa salieron para presenciar la procesión del Santo Entierro –Sus tías, junto a Matías, por devoción religiosa y su abuela y sus padres por su afición al espectáculo–; tuvo que ocuparse la doncella de acostar a Pablo, que había dejado de ser un niño.

–Anda Pablo, ya es hora de meterte en la cama. Tu madre quiere que estés acostado antes de las diez.

–Pues llévame en brazos como mamá.

–¡Con lo grande que eres! Hay que ver cómo te gusta que te mimen.

–Venga Merceditas. A ver si puedes.

Entre bromas y risas le tomó en brazos llenándole de besos y arrumacos. Al llegar a la cama, envuelto en aquel fuego de caricias, y excitado por el olor que exhalaba el cuerpo joven de la doncella, Pablo descubrió las delicias de sus pechos palpitantes como palomas dispuestas a volar. Rezaron las jaculatorias y, luego, la muchacha tomó el vasito de metal que colgaba del grifo de la barrica de ron para, tras saborear el delicioso licor, poner su lengua entre los labios de Pablo con el fin de que se durmiera. Pero él buscó de nuevo sus pechos celestiales y, al descubrir los pezones turgentes y oscuros, acercó su boca y se durmió mamando un hilillo de leche tibia llena de dulzuras. Aquella noche, Pablo apenas miró el cuadro de la Virgen y envuelto en sueños de deseo.

A la noche siguiente, en cuanto su madre recitó la última jaculatoria y abandonó la habitación, comenzó a acariciarse el sexo con la mirada puesta en el cuadro de la Virgen que su abuelo trajo de Cuba. De pronto, observó que la joven mulatica le sonreía y, pasmado por el deleite, se masturbó con toda candidez.

La tercera noche, cuando se apagaron los ruidos de la casa y en la penumbra brillaron los ojos de la Virgen, abandonó su cama, corrió a la habitación de la doncella y, por primera vez en su vida, contempló a placer la apoteosis de su desnudo.

–¿Me dejas que te acaricie?

¿Quién hubiera podido negar a Pablo, con su eterna sonrisa de ingenuidad y la pubertad a flor de piel, aquel deseo tan natural? Sintiendo los latidos de su corazón en la punta de los dedos, la palpó lleno de curiosidad y descubrió el mundo de la pura delicia. A partir de entonces, Pablo acostumbró a imaginarse el cuerpo de la doncella bajo el manto de su querida Virgen y convirtió aquella heterogénea dualidad en el ideal de su vida.

En Málaga se conocía a la abuela Adelaida como la capitana, una señora distinguida de buen porte que presumía de no usar corpiños ni corsés para llevar los pechos enhiestos como el mascarón de proa del *Buenaventura*. Era a la vez odiada y admirada pues pertenecía a esa clase de personas que nunca pasan desapercibidas. Ella lo sabía y le gustaba crear todo tipo de ambigüedades y situaciones insólitas a su alrededor. Nunca ocultó sus extrañas amistades, incluso se permitía el lujo de dar pábulo a todo tipo de rumores para crear el equívoco sobre su persona. Algunos querían adivinar en esa actitud una venganza por presuntas infidelidades del marido durante sus largos viajes, pero en realidad sus historias comenzaron antes de su boda con el capitán. Ejercía el control de la casa solariega de los Salcedo con mano firme haciendo siempre su santa voluntad sin tolerar que nadie le diese consejos, excepto el notario don Gabriel Gómez. Se llevaba muy mal con sus dos hijas, Pasión y Sacramento, y guardaba todo su cariño para su hijo Adrián que, desde pequeño, la tuvo cautivada con sus gracias y con su eterna sonrisa, heredada por Pablo. Tras licenciarse en Derecho, Adrián marchó a Francia para desempeñar el cargo de agregado cultural en el Consulado español de Marsella. Durante aquel tiempo ocurrió el desgraciado accidente que llevó a la abuela a la silla de ruedas. Ninguno de los dos hombres estaba en Málaga y las tres mujeres se encerraron en la casa tras un velo de misterio impenetrable. Fue un año en que pareció perderse la memoria de la familia. Solo llegaron a conocer la causa de lo sucedido el médico forense, el señor Obispo y el notario don Gabriel Gómez, pero siempre lo mantuvieron en el máximo secreto.

Con el regreso de Adrián volvió de nuevo la normalidad a la casa de los Salcedo y, de la alegría al verlo entrar por la puerta, a punto estuvo la abuela de levantarse de la silla de ruedas y volver a andar para correr a abrazarlo.

–¿Qué te ha sucedido?

–Fue un accidente.

–¿Lo sabe papá?

–Ya tendrá tiempo de enterarse cuando vuelva.

–¿Cómo no me avisásteis?

–No quise preocuparte.

Ante la extrañeza de Adrián, su madre le advirtió:

–Por favor hijo, no hagas preguntas.

Adrián decidió no insistir y quedó a la espera de su padre, porque pensaba que a su llegada se desvelaría aquel absurdo misterio.

Madre e hijo se pasaron una semana en interminable cháchara, contando Adrián todas las aventuras de su estancia en Marsella que la madre celebraba entre risas, como si fueran las hazañas de su héroe. Lo único que Adrián nunca le desveló fue la relación amorosa que tuvo durante aquel tiempo con una muchacha de extraordinario parecido a la Virgen del cuadro. Algo especial debió ocurrir con aquella joven, porque desde su vuelta a Málaga, ante la extrañeza de sus hermanas, hizo del cuadro de la Virgen un lugar de visita diaria que transcurría en arrobada contemplación. Pasión y Sacramento se sentían felices por aquella inusitada inclinación religiosa de su descarriado hermano y aseguraban a sus amigas que, más de una vez, le habían sorprendido hablando con la Virgen.

Todas aquellas devociones de Adrián duraron apenas unos meses, hasta que, una tarde, se presentó en casa acompañado de una encantadora muchacha que parecía estar en ese punto mágico de belleza donde lo andaluz se torna gitano. Se llamaba Victoria. Alta, de grácil silueta, ademanes elegantes y sonrisa fácil. La abuela Adelaida se quedó mirándola embelesada cual si estuviera en presencia de un ángel. La tomó de las manos y estuvieron largo rato hablándose al oído, entre sonrisas, como si se conocieran de toda la vida.

–Enhorabuena hijo. Es la mujer que siempre había soñado para ti.

A partir de ese día, Victoria y Adrián, pese a la oposición de las hermanas, vivieron juntos en la casa de los Salcedo y la habitación de los espejos volvió a llenarse de alegría.

Dos meses más tarde, arribó a Málaga de vuelta de un largo viaje el capitán Salcedo. Cuando vio a su mujer en la silla de ruedas se emocionó.

Tuvo que hacer un esfuerzo para evitar las lágrimas. La tomó en sus brazos y, llenándola de besos, la llevó a la habitación de los espejos.

Coincidiendo con aquella escala en Málaga del Capitán, Victoria y Adrián se casaron en una ceremonia de mucho relumbrón oficiada por el Obispo, en la catedral, con asistencia de lo más granado de la sociedad malagueña. El recuerdo de la boda podía contemplarse en un retrato virado en sepia que colgaba de la pared del salón principal: la abuela aparecía muy digna en la silla de ruedas y el abuelo, de uniforme, sobresalía como un gran patriarca rodeado por los demás miembros de la familia. Las tías, de negro, tocadas con mantilla. La novia de tul ilusión con un rizo sobre la frente, sostenía en la mano un ramo de azahar; y el novio, de chaqué y chistera, como recién llegado de las carreras de Ascot.

Siempre que la abuela le enseñaba a Pablo el retrato, le decía:

–¿Has visto que buena pareja hacían tus padres? Sin embargo tus tías...

No podía ocultar su antipatía hacia sus dos hijas, hasta el punto que llegaba a dudar de si fue ella quien parió aquella pareja de ánimas en pena obsesionadas siempre por el pecado. Nacieron lloronas, poco comedoras y, para colmo, se educaron internas en el colegio que regía su tía la monja María de los Dolores Rafaela Quiroga. Aquellos años de internado fueron decisivos y por mucho empeño que luego puso Adelaida ya no logró cambiar el carácter monjil de sus hijas que les había inculcado su hermana.

Al cumplir las chicas los dieciocho años, el Capitán confesaba a su Contramaestre mientras paseaba por la cubierta del *Buenaventura* durante los largos días de navegación:

–Lo que más lamento de mis hijas es que, por culpa de mi cuñada, sean mojigatas. Les va a ser difícil encontrar marido.

–En ese caso deberíais regalarles una pluma de urogallo.

Al capitán Salcedo no le extrañaba nada lo que decía su fiel Contramaestre, pues desde que entró a su servicio, conocía la peculiaridad de su voz que, milagrosamente, con la ayuda de un cuartillo de ron, se convertía en la del Obispo de Mondoñedo Monseñor Cunqueiro. Y le prestó atención:

—Cuenta Dabot Lancerie en su Tratado universal de las aves exóticas que, a causa de su carácter hosco y retraído, la Reina Victoria no encontraba ningún príncipe que quisiera matrimoniar con ella. Cortesanos, trovadores y bufones hacían lo indecible para alegrar su ánimo, pero todo resultaba inútil, hasta que un buen día, buscando el sueño, comenzó a acariciarse los entre muslos con una pluma de urogallo. Tan benéfico fue el frotamiento que, amén de conciliar el sueño, se tornó alegre, cordial, afectuosa, locuaz y sonriente. Las gentes de palacio pensaron que Santo Tomás Moro había obrado un milagro. Los cimientos de la monarquía inglesa se tambalearon y, en cuanto la noticia corrió por las cancillerías, las testas coronadas de media Europa solicitaron su mano. Pero tuvo la desgracia de matrimoniar con su primo Alberto, el hijo del duque de Sajonia, que no era precisamente un dechado de simpatía, y lo primero que hizo el marido fue prohibirle el uso de la pluma de urogallo por considerarla pecaminosa. Aquello fue la perdición de la pareja. En poco tiempo se apagaron las alegrías de Victoria, les invadió la monotonía y acabaron sumergiéndose en el tedio del puritanismo, que, desde entonces, se convirtió en el símbolo de la corona inglesa.

El Contramaestre hizo gargarismos con un buche de agua y la voz de don Cunqueiro se apagó como por ensalmo.

Continuaron paseando por cubierta sumidos en el silencio mientras el sol se ocultaba por estribor. El Capitán estaba decidido a que sus hijas experimentaran los prodigios del deseo y en la primera escala que hizo en La Coruña compró una pluma de urogallo.

Cuando llegó a Málaga con el preciado talismán le explicó la historia a su mujer. Adelaida le sonrió y se limitó a decirle:

—No creo que en nuestras hijas dé resultado.

Y tuvo razón, porque las tías de Pablo tenían la piel de los muslos apergaminada, como ocurre a las personas pudibundas, y la pluma de urogallo no les produjo ningún efecto.

El odio de la abuela hacia sus hijas creció con el paso del tiempo. Ella procuraba consolarse durante las largas ausencias del marido con un grupo

de amigos y las hijas, guardianas de una rancia moral, le afeaban su conducta amenazándola con contárselo al padre, cosa a la que nunca se atrevieron porque el notario don Gabriel que, haciendo honor a su nombre, ejercía como arcángel protector de la abuela, salió en su defensa y advirtió a las dos hermanas que, si osaban hacer el más mínimo comentario al Capitán, sacaría a la luz ciertas relaciones que mantuvieron ellas con una monja de singular belleza durante sus años de internado.

Pero las tensiones no cesaron ni con la muerte del abuelo, pues Pasión y Sacramento siempre se mostraron ansiosas de quitarle a su madre el mando de la casa y, sobre todo, la administración de la fortuna del Capitán amasada durante los prósperos años en que se dedicó al comercio de esclavos. Un dinero que más tarde desapareció y, cuando las hermanas intentaron poner el caso en manos de abogados para reclamar la legítima, otra vez intervino el notario y, en connivencia con el Obispo, solucionaron provisionalmente la cuestión económica. La presencia en casa del contraamaestre Matías desde la muerte del abuelo, como hombre de confianza de la abuela, volvió a agudizar todavía más los enfrentamientos, hasta tal punto, que llegaron a propalar a los cuatro vientos que su madre había traído al demonio a su propia casa.

Pablo no lograba comprender todo aquel cúmulo de tensiones que existían entre los miembros de su familia y observaba asombrado cómo alrededor de los Salcedo parecían revolotear juntos, ángeles y demonios, como la cosa más natural del mundo. Al preguntarle a Matías si de verdad era él el demonio, el viejo contraamaestre sonrió, le brilló el diente de oro y respondió:

–No existe gran diferencia entre ángeles y demonios dado que el demonio es simplemente un ángel en rebeldía. Debes recordar –añadió– que solo aquellos que se rebelan dan testimonio de ser libres.

A Pablo le gustó esta sentencia del Contraamaestre, pero no acertaba a saber si era producto de su propio cacumen, o era de la cosecha de su señor tío don Cunqueiro. Fuese de quien fuese, aquellas semejanzas ángelode-

moníacas se le antojaban bastante complicadas y, cuando se decidió a preguntar a su maestro de pintura, fue precisamente el día que desapareció envuelto en el misterio.

Pablo conoció siempre a la abuela sentada en la silla de ruedas. Toda la energía que le faltaba a aquella mujer en sus piernas, la guardaba en la garganta y en el carácter; hasta tal punto que, a sus setenta años, se dirigía a hijos y sirvientes con voz tan fuerte y segura que no admitía réplica. Matías, que en el fondo era un sentimental, decía con una lágrima rebelde asomándole en el ojo bueno:

–No lo puedo remediar. Cada día me recuerda más al Capitán dando órdenes en la cubierta del *Buenaventura*.

El lenguaje de la abuela, cargado con toda la jerga de palabrotas que le enseñó su marido, causaba las delicias de Adrián y Victoria a la vez que soliviantaba sobremanera a Pasión y Sacramento, en especial cuando se enfadaba con ellas, y sus ojillos, grises como el acero, parecían despedir chispas acompañando el repertorio de palabras malsonantes. Las dos hermanas, escandalizadas, se persignaban y la abuela, para sacarlas todavía más de sus casillas, apuraba de un trago la copa de vino y le decía al Contraamaestre:

–Vamos Matías, llévame a dormir la siesta.

Y Matías, con el orgullo de los fieles servidores, empujaba la silla de ruedas como si condujera el viejo Rolls con el que la señora, en compañía del notario, iba a tomar las aguas al balneario de Lanjarón.

No había Rolls, ni aguas, ni balneario. La llevaba en la silla de ruedas a la habitación de Pablo y, en vez de agua, tomaban ron en busca de alivio para sus penas y recuerdos.

Matías, un hombre fiel de rostro seco y renegrido por el sol y los vientos marinos, llevando la silla de ruedas de la abuela y ocupándose de todo como si fuera un *valet de chambre*, admiraba a Pablo que, debido a sus

años, no podía comprender la extraña relación que unía a aquellas dos personas huérfanas de un famoso Capitán del que nunca quisieron contarle sus aventuras.

–Es una vergüenza. Ya sería hora de que dejaran de beber –Se lamentaba Pasión.

–Deberíamos vaciar de una vez ese maldito barril de ron –remataba Sacramento.

–¿Queréis que la madre se muera? Le quedan todavía dos años de vida –sentenciaba Adrián.

–¿Cómo lo sabes?

–He medido el nivel de la barrica y teniendo en cuenta que todas las tardes se beben un cuartillo, el ron se acabará dentro de dos años.

–¿Y qué tiene que ver el ron?

–Nuestra madre bebe por amor. ¿No lo sabíais?

–Demasiados amores ha tenido –respondieron las tías al unísono.

–¿Qué queréis decir?

–Que no digas tonterías. A nuestra madre nunca le faltaron amores.

–Tampoco le debieron faltar al Capitán en sus largos viajes. ¿No recordáis lo que dijo la última vez que estuvo aquí?

–Papá deliraba. Como siempre.

–No, papá no deliraba –intervino Victoria, con su mejor sonrisa–, papá estaba muy enamorado y le dijo: *«Toma un vasito en mi memoria todos los días y vivirás con mi recuerdo mientras quede ron»*.

Era verdad lo que decía Victoria poseedora del don del doble amor. Los abuelos, aunque nunca se guardaron las ausencias, en las pocas ocasiones que estaban juntos vivían apasionadamente entregados el uno al otro, incluso durante los años en que la abuela ya estaba en la silla de ruedas. Y es que, según decía el Obispo don Cunqueiro por boca de Matías: *«Aquellos que tienen la gracia de ser amantes, no pierden nunca las ocasiones que la vida les depara, pues el amor, como la muerte, no entiende de tiempos y lugares»*.

La vida de Pablo transcurría en una trinidad de pasiones formada por su gran afición a la pintura, que perfeccionada con su maestro don Leonardo Durán; las delicias de la carne de la doncella contemplando embelesado el cuadro de la Virgen que trajo su abuelo; y las historias de don Cunqueiro, relatadas por Matías, sentado con la abuela alrededor de la barrica de ron mientras se apagaba la luz del atardecer en el lucernario de los mil colores que coronaba la singular habitación.

–Abuela ¿es verdad que Matías es sobrino del Obispo de Mondoñedo?

–A lo mejor es él el propio Obispo –sonreía la abuela–. Aunque no creo. Tiene poca prestancia para ser Eminencia. ¿Te lo imaginas con la mitra, el báculo y la capa pluvial? Por supuesto que no. Ya tiene suficiente con ser su oráculo.

–Mi maestro don Leonardo Durán profesa una gran admiración a don Cunqueiro. Conoce toda su obra literaria y me ha contado que, de entre los muchos saberes que atesora, tiene especial devoción por la gastronomía.

–No va errado tu maestro de pintura y –añadió sonriendo tras un largo suspiro lleno de recuerdos– algún día sabrás que don Leonardo Durán es algo más que tu maestro.

¿Qué había querido decirle la abuela? No le dio tiempo a pensarlo porque Adelaida, dándole con el codo a Matías, dijo:

–Escuchemos a don Cunqueiro hablar de gastronomía.

El Contraamaestre se sirvió una generosa pinta de ron, entornó los ojos y, al momento, salió de entre sus labios la voz aterciopelada de su Ilustrísima:

–Voy a descubriros una historia del emperador Carlos V que demuestra el alto valor nutritivo de la letra impresa. Tuve noticia de ella gracias al reciente descubrimiento del *Diario asistencial* de su médico, realizado por el profesor Gallo en los Archivos de la Sección Nobleza del Archivo Histórico nacional.

Estando el glorioso y docto emperador Carlos I de España y V de Alemania, retirado en Yuste en busca de alivio para su gota, una tarde

púrpura de agosteños calores, ordenó reunir en un libro las recetas de cocina de todos los conventos de monjas de sus reinos. Su Secretario de Latines, el dominico padre Miguel Catalán, y el primer pendolista de cámara, Lorenzo de Maguncia, fueron los encargados de la singular recopilación. Durante cuatro años, con no pocos esfuerzos, pues las cocineras por muy monjas que fueran no eran muy dadas a revelar sus secretos, lograron reunir 444 recetas, a cual más original y sabrosa. Con todas ellas se imprimió un único ejemplar que le fue entregado al Emperador en la Navidad de 1556. Curiosamente, el mismo día en que llegó a sus manos, el Emperador dejó de comer y solo se alimentaba con la lectura diaria de aquel libro prodigioso. Con los espejuelos cabalgándole sobre la nariz pasaba las horas sumido en la lectura, y era tal la fe y devoción con que asimilaba aquellos textos culinarios que, sus tripas, no solo se movían haciendo cada día la digestión de cuanto leía, sino que, al alba, realizaba sus deposiciones con toda normalidad ante el pasmo de los cortesanos que le asistían.

Matías dejó de hablar, hizo gárgaras con agua y como ocurría muchas veces cuando a través de él se manifestaba don Cunqueiro, se quedó traspuesto.

Cada vez que Pablo escuchaba al Obispo, experimentaba la alegría del conocimiento. Luego, siguiendo las indicaciones de su maestro, acostumbraba a plasmar la historia en su cuaderno de dibujo. Más tarde, cuando le mostraba los trabajos a don Leonardo e intentaba explicarle el porqué de lo que había pintado, el maestro le atajaba diciendo:

–No me digas nada. Permite que me hable tu pintura.

Encendía la pipa. Tomaba el cuaderno entre sus manos, y dejaba transcurrir el tiempo contemplando la obra del aventajado alumno mientras las volutas de humo envolvían al maestro y al discípulo, en una nube. Una nube singular, mezcla de cirros, cúmulos y estratos, parecida a la que durante los atardeceres traía el orballo envolviendo el paisaje gallego como prólogo a la aparición de la Santa Compañía.

Don Leonardo, sin apartar los ojos de los dibujos susurraba:

—Este cuaderno es un tesoro. No olvides que todo cuanto guardas en él acabará siendo tu Santa Compañía.

Los cimientos de la casa de los Salcedo se construyeron sobre las ruinas de un antiguo cementerio árabe, donde, todavía, a poco que uno excavara, podrían verse los esqueletos de los seguidores de Mahoma orientados hacia la Meca. El cementerio estaba ubicado en el lugar que ocupara la célebre necrópolis romana junto al templo griego de Palas Atenea. El emplazamiento había sido elegido con toda meticulosidad por el bisabuelo Gaspar, que quiso testimoniar de este modo la pasión por sus antepasados árabes y romanos. El padre de Pablo sostuvo siempre la teoría que esta era la causa de los movimientos telúricos que frecuentemente se dejaban sentir en el edificio, avalando así las afirmaciones de la abuela cuando aseguraba, muchas mañanas al despertar, que la casa se había movido durante la noche. Las tías, por su parte, atribuían los temblores nocturnos a los actos impuros que se cometían en la casa. Vivían tan obsesionadas con el pecado, hasta tal punto que, provistas de una rama de olivo formando ángulo como la que usan los zahoríes, recorrían las habitaciones buscando las huellas de los actos obscenos y, allá donde creían encontrarlas, improvisaban un pequeño altar con un crucifijo y dos velas, asperjaban la estancia con agua bendita, rezaban los cinco misterios del rosario y recitaban las letanías: «*Virgo Clemens. Virgo Fidelis. Virgo Potens...*».

Pese a todos estos avatares, Pablo, con su mirada llena de candor, continuaba en su función de monaguillo ayudando a la misa que, en honor de la Virgen mulata, se celebraba en la casa de los Salcedo todas las semanas, según ordenaba el testamento ológrafo del abuelo otorgado en Alejandría poco antes de morir.

Aunque por una extraña sensación, nunca se lo dijo a su maestro de pintura, más de una vez, en el fondo de su corazón, Pablo sintió deseos de llegar algún día a ser Cardenal. Primero sería un hombre lleno de sabidurías

como el Obispo de Mondoñedo y, más tarde, alcanzaría el Cardenalato; pero no para ser un Monseñor cualquiera, su modelo era un Cardenal italiano del Renacimiento, alto y elegante, de púrpura y oro, mecenas de artistas, asiduo a los salones elegantes, y rodeado siempre de hermosas vírgenes, ángeles, tronos y dominaciones. Para lograrlo se afanaba con mucha devoción celebrando misas en su pequeño altarcito y, luego, en la soledad del desván, acompañado por el zureo de las palomas, se revestía con un viejo capote de paseo que la abuela solía extender en su palco de la plaza de toros y se pavoneaba feliz mientras repartía bendiciones a una feligresía inexistente.

Una noche cargada de insomnios, Pablo, con el cuerpo desnudo bañado en sudor debatiéndose entre las sábanas por los calores de agosto, abandonó la cama y se acostó en el suelo buscando el frescor de las baldosas. Oía entre sueños el tictac del reloj de péndulo amplificado por la sonoridad de la caja de caoba y, cada hora, el carrillón con su tintineo le sacaba del letargo. Al moverse notó que una de las baldosas estaba suelta. Tanteó con los nudillos y sonó a hueco. En aquel momento el reloj dio las tres de la madrugada y con la última campanada se apagó el tictac y todos los pequeños ruidos de la noche desaparecieron como por ensalmo. Se movió con sigilo, tomó de un cajón oculto del escritorio la antigua navaja del abuelo que le regaló el Contraamaestre y, metiéndola entre las juntas, logró levantar la baldosa. ¡Debajo no había nada! Solo la oscuridad. Metió la mano y encontró un vacío sin fondo. Volvió los ojos al cuadro de la Virgen para pedirle alguna explicación de aquel misterio y vio dibujarse en sus labios una sonrisa de complicidad como el día en que se masturbó. Animado por aquel gesto tomó la palmatoria, encendió la vela, y descubrió el inicio de una estrecha escalera. Le pareció oír un susurro. Aguzó el oído y, horrorizado, escuchó una voz que le llamaba:

—¡Pablo! ¡Pablooooo!

Temblando de miedo y con el corazón acelerado golpeándole el pecho, repuso la baldosa en su sitio, se subió a la cama y, tras cubrirse con la sábana para defenderse del pánico que lo atenazaba, sufrió el silencio absoluto y la oscuridad de una larga noche hasta que la luz del día, entrando a través del lucernario, le trajo la calma. Dentro de su ataúd de caoba el reloj permanecía inmóvil marcando las tres para demostrarle que no había sido un sueño.

Desayunaban todos en el comedor y, la abuela Adelaida, mientras mojaba un buñuelo de viento en el chocolate, comentó:

—Esta noche he vuelto a sentir que la casa se movía. Incluso me pareció oír voces. ¿Tú no has notado nada, Pablo?

El muchacho no contestó. Se le arrebolaron las mejillas y mantuvo los ojos fijos en la taza del desayuno.

Las tías hicieron la señal de la cruz y dirigiéndose a Pablo sentenciaron al unísono:

—Él sabe muy bien que esta casa está llena de pecados.

Pablo siguió sin decir palabra ensimismado en revolver el chocolate de su taza y Pasión le dijo con voz amenazante:

—Seguramente el demonio quería hacerte una visita.

La tía Sacramento acercó su boca al oído del muchacho y le susurró:

—Algún día lo pagarás caro.

Al oír a sus hijas, la abuela no pudo menos que soltar una carcajada y desde la silla de ruedas les advirtió:

—Dejadle en paz. Lo que os ocurre a vosotras es que os sienta mal dormir solas.

Indignadas las tías por el comentario de su madre se levantaron dispuestas a abandonar el comedor, pero la abuela todavía tuvo tiempo para gritarles:

—¡Le diré al demonio que vaya a comeros el coño!

Adrián y Victoria rieron el exabrupto y Pablo apuró la taza de chocolate y se sonrojó todavía más. Aquello era lo que le pedía la doncella, y él nunca

se atrevía por creer que se trataba de la fruta prohibida del paraíso que tantas desgracias trajo sobre la humanidad. El viejo Matías, mientras inclinaba la jícara de chocolate sobre la taza de Pablo, le preguntó en un susurro:

—¿Te sirvió la navaja de tu abuelo?

Al muchacho le dio un vuelco el corazón. ¿Cómo lo sabía el Contra-maestre? En sus oídos todavía escuchaba la voz que salió de las profundidades y recordó que era muy parecida a la de Matías cuando por su boca hablaba don Cunqueiro. Palideció. De pronto comenzó a oír otras voces. Eran las voces destempladas de la familia, pero advirtió asombrado que todos desayunaban en silencio.

—No me encuentro muy bien.

Se levantó de la mesa y preso de las voces que resonaban en su cabeza, anduvo dando vueltas por los pasillos. No acertaba a comprender lo que le ocurría. Aquel vocerío no cesaba y llegó a afectarle la visión; veía las cosas como a través de un prisma que desplazaba los objetos y alteraba la realidad del espectro cromático. Salió al jardín. Sumergió la cabeza en el estanque y, poco a poco, las voces fueron tornándose cada vez más cantarinas hasta que, al fin, acabaron en música. Una música dulce de cítaras y violines como el canto de una alondra preñada por un jilguero bajo la influencia de aquel efecto óptico que parecía descomponer las formas y colores en una nueva armonía. Pasó la mañana bajo la sombra de un jacarandá pintando la paz luminosa del jardín florido. Pintaba enfebrecido por una inusitada energía como si luchara contra la blancura del lienzo. Trazaba formas incomprensibles y mezclaba los colores, fuera de todo canon, dejando sobre la tela un mundo nuevo e impresionante.

Cuando por la tarde Pablo llegó a la casa de su maestro de pintura y le enseñó el cuadro, don Leonardo Durán sonrió complacido. Ahora ya tenía la completa seguridad de que en su discípulo anidaba la semilla de los poderes ocultos. Su misión estaba cumplida.

Aunque Pablo nunca le había hablado a su maestro de lo que sentía por

la Virgen del cuadro que había traído el abuelo en uno de sus viajes, don Leonardo le dijo antes de despedirse:

–Si persistes en buscarla la encontrarás.

–¿Qué queréis decirme?

–¿Acaso no estás enamorado de una Virgen?

–¿Cómo sabéis...?

–Yo lo sé todo. Pero procura no confundir las voces.

Por la noche, Pablo, sin lograr conciliar el sueño, permaneció en vela escudriñando el rostro de la Virgen. De pronto, aquel semblante divino cobró vida y le volvió a sonreír. En aquel instante, la baldosa que había levantado la noche anterior comenzó a moverse. Los ojos de la Virgen parpadearon como nunca lo habían hecho y miraron hacia el suelo. Siguiendo su indicación, Pablo saltó de la cama y levantó la baldosa. En la oscuridad se oía un suave rumor de olas acariciando la playa. Miró de nuevo a la Virgen y observó que se movían sus labios, pero no salían palabras de su boca. Sin embargo, sus ojos le seguían señalando el agujero del suelo y Pablo introdujo la cabeza en la oscuridad. Sobre el rumor del oleaje oyó ahora claramente las dulces palabras de la Virgen:

–Ahí tienes la puerta de la libertad, goza de la vida, y algún día, me encontrarás.

Se apagó la voz y cesó el murmullo de las olas. Pablo sacó la cabeza del agujero y observó que el rostro de la Virgen permanecía sonriente. Lleno de alegría bebió del pocillo que colgaba del grifo del barril de ron y marchó feliz en busca de la doncella. Sus carnes, tibias y sonrosadas, eran como un comfortable edredón en el que le gustaba envolverse sabiendo que siempre encontraba en él la paz y el gozo de los bienaventurados.

–¿Me dejas dormir contigo?

–Te estaba esperando, diablillo. ¿Vienes a probar la fruta prohibida?

Se fundieron en una misma carne. Comieron del árbol de la vida y se durmieron. Había sido una jornada agotadora para Pablo. Un día extraño en el que las emociones se sucedieron como los misterios del rosario. Al

día siguiente, en cuanto despertó, volvió a su habitación. La Virgen del cuadro le miraba con la sonrisa de siempre. Se arrodilló ante ella y rezó como le enseñara su madre para darle las gracias por tantas maravillas.

Durante las tardes de domingo, la casa de los Salcedo se convertía en un inmenso teatro dotado de múltiples escenarios donde solían celebrarse simultáneamente varias funciones. Pablo se encerraba en el desván lleno de palomas y en su pequeño altarcito oficiaba la misa con una tortita de maíz y la sangre caliente de alguna paloma herida con el filo de la espátula. Las tías, inmunes al calor y a la eterna música de las chicharras que semejaba el *ora pro nobis* de una letanía de siglos, bordaban bajo el porche del jardín. Mientras tanto, el contraamaestre Matías, o don Gabriel el notario, visitaban a la abuela en la habitación que daba al mar –como el camarote del *Buenaventura* en el que nunca viajó– para hacer realidad la siesta de lujuria que siempre sospecharon sus hijas. En la habitación de Pablo, Victoria, enamorada, recibía a su amiga Margaret, la esposa del Cónsul inglés, y entre mutuas caricias y un sinfín de mimos y garatusas, contemplándose en el espejo del techo, se desnudaban sin prisas en un ritual amoroso cuajado de besos y exclamaciones placenteras. Al mismo tiempo, en la azotea, a la sombra de un quitasol, sus maridos, con el veguero entre los dedos, saboreando con parsimonia una copa de fino, veían pasar la tarde haciendo cábalas sobre las consecuencias del atentado del cura Merino contra la Reina.

Algunos días, los padres de Pablo y el matrimonio inglés, en un amor a cuatro compartido, marchaban a la casa de verano en Playa Blanca para bañarse desnudos acariciados por el encaje blanco de las olas de un mar de azules infinitos. Un mar antiguo lleno de complicidades amorosas. Un mar de aeronautas enamorados en busca del vellocino de oro.

En la soledad de su habitación, Pablo, influenciado por sus tías Pasión y Sacramento, creía ver a sus padres a los pies de la Virgen en el cuadro

debatándose entre las llamas del purgatorio. Con mucha devoción pedía por ellos arrodillándose a los pies de la cama y, con la fuerza de su mirada, tal como le enseñara su maestro don Leonardo, conseguía licuar los colores rojos y negros de tristeza, convirtiéndolos en dorados y azules de alegría. Y así, aquel purgatorio de sufrimiento, dolor y crujir de dientes, se convertía en un mar luminoso y dulce donde sus padres y el matrimonio inglés, llenos de felicidad, convivían con los dioses y héroes de Ítaca y Micenas.

La fama milagrera de la Virgen se había extendido entre la gente pía de la buena sociedad malagueña amiga de la familia Salcedo y, las tías, a regañadientes de su madre, siguiendo las instrucciones que el Capitán dejó en su testamento, instituyeron el sábado como día para celebrar la misa. La abuela y los padres de Pablo, que desde el primer día se negaron a asistir a la ceremonia, solo pusieron una condición: que nadie traspasara los límites del salón recibidor y se respetase la intimidad de la casa.

Pasión y Sacramento retiraban el cuadro de la Virgen mulata de la habitación de Pablo y lo colocaban sobre una mesa del salón convertida en altar improvisado lleno de claveles y azucenas. Con mucha ceremonia, el Director Espiritual de las tías, un sacerdote pasionista de cabeza rapada y magras carnes enflaquecidas por el ayuno, celebraba la misa ayudado por Pablo, gozoso y feliz de que se hicieran tantas fiestas a la señora de sus amores y, como deseaba que la celebración alcanzara a toda la familia, colocaba junto al cuadro el retrato de boda de sus padres con la familia al completo. Finalizado el Santo Sacrificio, las tías iniciaban la ceremonia del besuqueo del lienzo seguidas de todos los asistentes que se acercaban llenos de fervor y devoción para pedir los más diversos favores.

En el arzobispado constaban, debidamente documentados por los médicos, los dos milagros atribuidos a la Virgen de la casa de los Salcedo: la curación de la hija parálitica del administrador de aduanas y la desaparición de un tumor maligno que aquejaba al Capitán General de la

plaza. Pero el señor Arzobispo, por las cautelas que el caso requería, estaba remiso a enviar a Roma la documentación. Pensaban en la curia arzobispal no solo que la imagen de aquella Virgen se salía de los cánones de la pintura religiosa, sino que la vida licenciosa de la abuela y los padres de Pablo, hacía muy difícil que la Virgen decidiera obrar milagros en aquella casa de descreídos en la que solo las dos hijas solteras brillaban por su acendrada pureza y religiosidad. Hasta que un buen día ocurrió un extraño suceso durante la misa sabatina. Pablo, con quince años recién cumplidos, estaba arrodillado a los pies del celebrante repicando la campanilla durante la consagración y, de pronto, empujado por una fuerza sobrenatural, comenzó a elevarse del suelo al tiempo que el sacerdote alzaba la hostia y el cáliz. Los asistentes no daban crédito a lo que veían. El prodigio apenas duró unos segundos. Sobre todo las tías quedaron fuertemente impresionadas, porque desde que conocieron las relaciones de Pablo con la doncella, habían perdido la fe en aquel sobrino de lujurias y ahora se preguntaban qué gracia especial había visto la Virgen para concederle el excepcional privilegio de la levitación.

El extraordinario suceso volvió a repetirse la semana siguiente, y la noticia apareció en *El Heraldo de Málaga*, con lo que la ciudad se llenó de toda suerte de rumores. El sacerdote que celebraba la misa fue llamado a palacio para que aportara su testimonio y, tras su informe, el Arzobispo, decidió asistir a la misa para comprobar personalmente el prodigio.

Quedó prendado del muchacho desde el primer momento. Revestido con una sotanilla roja y un sobrepelliz de armiño, cosido por las tías aprovechando un viejo abrigo que el capitán usaba en sus viajes al norte de Europa, se movía en éxtasis sin apartar los ojos de la Virgen y ayudaba al celebrante ejecutando todas las rúbricas con movimientos pausados y elegantes respondiendo al sacerdote en un perfecto latín.

Aunque Su Eminencia había oído hablar del cuadro, era la primera vez que lo contemplaba y durante la breve homilía del celebrante tuvo que pellizcarse más de una vez, pues le pareció que los ojos de aquella extraña

Virgen parpadeaban. En el instante de la consagración, al iniciarse el tintineo de la campanilla, volvió a producirse la levitación, pero esta vez vino acompañada de unos extraños ruidos que parecían brotar del subsuelo de la casa como si los infieles enterrados en las profundidades se revolvieran en sus tumbas. Celebrante y acólito finalizaron la misa con normalidad y luego, siguiendo la costumbre, todos los asistentes desfilaron devotamente ante el cuadro para besar la milagrosa imagen. Antes de despedirse, las tías se dirigieron al prelado en un aparte:

–¿Qué os ha parecido Eminencia?

–Un santito hijas mías. Tenéis en casa un santito.

–Pero... ese muchacho está en pecado.

–Nada, nada, hijas mías. Confiad en él. Es un enviado del cielo. Ya veréis como vuestra madre y hermanos vuelven un día al buen camino gracias a él.

Desde el primer momento, el Obispo se dio cuenta de que la singularidad de aquella pintura encerraba algún misterio peligroso y advirtió a las tías:

–Cuando las aguas de esta casa se hayan calmado no olvidéis que el lugar adecuado de este cuadro está en la catedral.

Se caló el solideo y, envuelto en la capa de raso, abandonó la improvisada capilla entre las reverencias y el besamanos de los asistentes.

La abuela Adelaida y Matías esperaban a Pablo junto a la barrica de ron.

–¿Cómo ha ido todo, diablillo?

Pablo no contestó. Con sus catorce años aparentaba una madurez impropia de su edad y Matías apuntó:

–Este ya no es un diablillo. Está hecho un señor demonio.

–Anda, anda Matías. No hables tanto y sirve unos vasitos de ron.

–¿Es que a usted no le gustaría que su nieto fuese un demonio importante y famoso?

–Por supuesto que sí. Yo he conocido a muchos diablos francamente encantadores; ya sabes que los demonios son ángeles enamorados de la libertad.

–¡Ay, la libertad! –suspiró Matías–. La libertad es un lujo que no todos podemos permitirnos.

–¿Quieres decir –preguntó Pablo– que se necesita ser rico para tener libertad?

–Sin duda alguna.

Pablo, que no lograba nunca que le hablaran del capitán Salcedo, aprovechó la ocasión para preguntar:

–¿Y qué era el abuelo, ángel o demonio?

El Contraamaestre y la abuela cruzaron sus miradas en silencio y entre un mar de suspiros dejaron al muchacho sin respuesta.

–Al final tendré que pensar que el abuelo nunca ha existido.

–No, Pablo. El abuelo existió y fue más demonio que ángel. Nadie podría decir que el capitán Salcedo no fue un hombre libre.

–Faltaría más –murmuró el Contraamaestre– le sobraba el dinero para hacer siempre lo que le daba la gana.

–Deja de murmurar Matías. El capitán fue un gran hombre. Es más, no me disgustaría que tú, Pablo, fueras marino como él. Ya sabes que dejó instituida en la Escuela de Náutica de Cádiz una cuantiosa beca para que pudiera estudiar un miembro de la familia Salcedo.

–Yo quiero ser pintor. Pero me gustaría conocer las historias del abuelo.

–Curiosamente su muerte nos trajo el olvido de su vida. Matías también tiene su memoria un poco perdida. Incluso un día que le atiborré de ron para que por su boca hablara al Obispo de Mondoñedo, no logré que dijera una palabra sobre mi marido.

–¿Sabía algo don Cunqueiro sobre el capitán?

–Algo debía de saber –contestó el Contraamaestre–, porque una de las veces que le visité en Mondoñedo me dijo que acababan de publicarle en Francia un libro titulado *Les voyages du Capitaine*.

–¿Y se refería al abuelo?

–Vete tú a saber.

–No insistas Pablo. Matías no recuerda nada.

–Tu abuela no te engaña –añadió el Contraamaestre–. Algún maleficio me debió echar el Capitán antes de morir para que su recuerdo quedara completamente borrado de mi memoria.

Pablo no les creía. Tenía la seguridad de que tanto la abuela como Matías deseaban mantener al Capitán en el misterio como una maldición que los dos compartían después de toda una vida de soportarlo.

Desde que comió la manzana del árbol prohibido, Pablo tenía en la doncella su más febril deseo y todas las noches la estrechaba con vehemencia entre sus brazos. Su cuerpo de leche y miel le atraía con una fuerza superior a toda razón y, con la pasión propia de los posesos del amor que buscan su viático, la comulgaba de la cabeza a los pies. Mientras, ella le hablaba en un susurro vertiendo en sus oídos todo el deleite de las sensaciones que experimentaba al ser acariciada, besada y mordida por él. Pablo, como San Gabriel, tenía vocación de ángel consolador y llegó a la conclusión de que, al contrario de lo que aseguraban sus tías, no existían pecados del sexo porque aquellos graciosos atributos creados por Dios no podían ser causa de condenación. Recordó también las palabras de su maestro cuando le decía: es un gran pecado privarse de un placer.

Un aciago día, los padres de Pablo y sus amigos decidieron partir en busca de los viejos dioses del Mar Latino. Eolo les llamaba soplando un delicioso vientecillo de Levante y Neptuno les ofrecía toda su transparencia para que pudieran contemplar a placer los fondos marinos. Rodeados de estrellas y caballitos de mar, ataviados con mantos de algas y plancton fosforescente, comenzaron a alejarse de la tierra firme buscando la dulzura del Mar de los Sargazos, pues según decía el Obispo de Mondoñedo por boca de Matías, el *Codex Priscilianorum*, aseguraba que el mar de los Sargazos era el lugar de reunión de los bienaventurados.

El lunes, los dos matrimonios no regresaron a Málaga. El martes, corrieron rumores malintencionados. Y el miércoles, mientras en un restaurante exquisito de Casablanca, dos parejas de extranjeros daban cuenta de una excelente *bullabaisse* perfumada con unas hojitas de ajeno, apareció la esquela en el periódico. Un recuadro negro envolvía los cuatro nombres coronados por la cruz, y el RIP, las iniciales del *Requiescat in Pacem*. El cronista local, que no entendía los avatares mágicos de la vida, ni por supuesto conocía la doctrina de San Prisciliano, escribía en los *Ecos de Sociedad* que don Adrián Salcedo y el señor cónsul de Inglaterra, acompañados de sus bellas y distinguidas esposas, se habían ahogado en Playa Blanca.

Pasión y Sacramento, conteniendo a duras penas la alegría por la muerte de aquellas dos parejas concupiscentes, encargaron en la catedral un solemne funeral con misa cantada y tres celebrantes. La abuela Adelaida se negó a asistir y Pablo, escoltado por sus dos tías, presidió el duelo; una ceremonia social sin sentido donde una legión interminable de conocidos y desconocidos desfiló ante él. La mayoría se limitó a musitar unas palabras ininteligibles al tiempo que hacían una ligera inclinación de cabeza; unos pocos le estrecharon la mano y los más osados le besaron en una mezcla desagradable de lágrimas, sudor y babas.

Cuando Pablo, todavía con los ojos llorosos, le preguntó a su maestro don Leonardo Durán, qué había sido de sus padres, este no se anduvo por las ramas con historias de la resurrección de la carne y la vida perdurable que prometen los católicos, ni de la trasmigración que pregonan los orientales. Le dijo sencillamente:

—Preocuparse y sufrir por lo que no existe, no tiene ningún sentido. Acabada la vida, está la nada.

Pablo quedó en silencio con un gesto contrariado, como si no quisiera admitir la nada, y el maestro añadió:

—Como decía mi amigo el poeta:

Más allá de la luz está la sombra,

*y detrás de la sombra no habrá luz.
Ni sombra. Ni sonidos, ni silencio.
Llámale eternidad, o Dios, o infierno.
O no le llames nada.
Como si nada hubiese sucedido.*

Desayunaba el señor Arzobispo con su familia mojando tostadas en el café con leche gloriado con coñac y, al leer la esquila, no pudo menos que comentar:

– Por fin la Virgen ha comenzado a limpiar la casa de los Salcedo. Acuérdense de mandarles nuestra bendición y condolencia.

Cuando llegó el pésame del arzobispado a la casa de los Salcedo, la abuela, que conocía la verdadera historia del viaje de sus hijos a las profundidades, paladeaba un vasito de ron sentada junto a la chimenea con la vista fija en el baile de la llamas. Pablo, que todavía se resistía a admitir las palabras de don Leonardo sobre la nada, decidió pintar un retrato de la abuela para poder conservar por lo menos el recuerdo de su rostro.

Fue una tarde de silencios apenas rotos por el crepitar de los troncos que trajo el bisabuelo Gaspar del Huerto de Getsemaní. Pablo pasó las horas enfrascado de lleno en la pintura y, al final, logró una obra de inusitado realismo, un retrato casi psicológico que mostraba toda la hermosura y distinción de aquel personaje irrepitible.

–Se nota que has tenido un gran maestro. No puedes negar que llevas en la sangre un don fabuloso para la pintura.

–¿Por qué dices que lo llevo en la sangre?

–Algún día lo sabrás.

En aquella frase había un mensaje implícito para el nieto. Pero Pablo no pudo ni siquiera imaginarlo hasta muchos años más tarde cuando descubrió el verdadero autor del cuadro de la Virgen cubana.

Durante toda la tarde, la abuela estuvo dando vueltas entre sus manos a

un sobre cerrado con sellos de Francia. De vez en cuando lo miraba al trasluz y acercándose a la nariz lo olisqueaba en busca de recuerdos.

–¿Quién te ha escrito? –preguntó Pablo.

–No lo sé. Estoy intentando adivinarlo.

–¿Por el olor?

–Sí. Las mejores cosas que me sucedieron en mi juventud, las recuerdo por el olor. Antes, los pecados olían a jengibre.

–¿Y a qué huele el sobre?

–A perfume francés. Los olores han cambiado para mejorar.

–Mi mamá olía a perfume inglés.

–Tu madre sabía gozar de la vida –Sonrió la abuela.

Por fin abrió el sobre. Desplegó la carta y, al tiempo que la leía, su rostro experimentó una inusitada transformación. Primero fue de sorpresa y parpadeó varias veces como si no acertara a leer bien. Luego se le fue crispando el gesto y finalizó con un rictus de rabia. La rompió en diminutos pedazos y los arrojó al fuego de la chimenea. Se produjo una llamarada como si hubiera echado azufre y Pablo, sin salir de su asombro, preguntó:

–¿Quién te escribe, abuela?

–Es una historia muy desagradable. No merece la pena que la conozcas. Por cierto ¿sabes dónde está Matías?

–No lo sé abuela. Ayer no le vi en todo en el día.

–Qué extraño. Acércate a su habitación y dile que venga. Necesito hablar con él.

La capitana no acertaba a comprender cómo Matías jamás le habló de la mujer que firmaba aquella carta. Ahora se explicaba las transferencias de dinero que su marido mandaba a Marsella y que habían dejado a los Salcedo en la más completa ruina.

Matías no estaba en su habitación. Lo buscaron por toda la casa y en el jardín. Preguntaron incluso entre el vecindario, pero nadie pudo dar noticia de él.

El Contramaestre había desaparecido. Se resistía a admitir que después

de la muerte no hubiera nada y sintiendo que el fin de sus días estaba cercano, porque las hormigas habían comenzado a anidar en sus zapatos, se fue buscando los latines de su tío el Obispo para asegurarse el descanso eterno y saborear las delicias de los orujos gallegos.

Con la desaparición de los padres de Pablo y de Matías, la casa de los Salcedo estaba cada día más huérfana de voces. Solo alguna noche se oía cantar a la doncella canciones de amor para ayudar a Pablo a conciliar el sueño. El reloj de péndulo despedía el tiempo con su tictac monótono y Pablo observaba preocupado el rictus de tristeza prendido en el rostro de la abuela desde que recibió la carta de Francia. La carta había sido un puñal envenenado que le quemaba las entrañas. Lloraba en silencio y maldecía el recuerdo del Capitán y de aquel cuadro de la Virgen que nunca le agradó y que ahora habría arrojado al fuego de no haber sido por el cariño que le tenía su nieto.

La vida de la abuela se iba disolviendo como los polvos de bicarbonato que tomaban sus hijas Pasión y Sacramento, disueltos en agua después de la comidas. Se encontraba sola, y aunque por mediación de los guardeses mandó varios recados a su amigo notario, este no apareció por la casa. Habían vivido momentos muy felices en su juventud y siempre mantuvieron una estrecha relación, pero desde que se descubrió el desfalco del Capitán y para no quedar en la ruina tuvo que firmarle al notario el documento sobre la venta de la casa con pacto de retro, con intermediación del Obispado, apenas volvió a saber de él, y aquella ausencia injustificada le hizo albergar un mal presentimiento. Comenzó a sospechar en una maniobra de su antiguo amigo para apropiarse de la finca de los Salcedo. ¿Sería posible?

Por primera vez, Pablo sintió que aquella casa, con el luto perenne de las tías, desaparecido el Contraamaestre, la abuela inundándose de tristeza y el ron mermado, estaba abocada a la muerte, y tuvo la sensación de que

los muros le pesaban sobre sus hombros como una enorme losa sepulcral. Había llegado el momento de buscar un nuevo paraíso, y recordó las palabras de su maestro:

–No dejes nunca de perseguir la felicidad.

Después de la cena, embebido en sus pensamientos, continuó perfilando el retrato de la abuela hasta que, vencido por el sueño, se metió en la cama donde le esperaba la doncella y se durmió en sus brazos.

En lo más profundo del sueño sonó el carrillón, y el reloj de péndulo dio las campanadas de las tres. Pablo, con los ojos abiertos como una lechuga, miraba interrogante a la Virgen, pero esta vez el rostro encantador del color de las avellanas recién tostadas permaneció inmutable. Se había borrado la sonrisa y los ojos ya no tenían aquel brillo mágico que tanto admiraba. ¿También ella lo abandonaba? En aquel momento varias baldosas del suelo comenzaron a moverse y una fuerza misteriosa las desplazó dejando al descubierto el inicio de una escalera que se perdía en la más absoluta oscuridad. Pablo se incorporó en la cama y observó que por el hueco abierto en el suelo ascendían unos retazos de niebla impregnada de olor a salitre. Se acordó de sus padres andando por el fondo del mar. Bajó de la cama y, al acercarse al agujero, escuchó nítidamente el murmullo de las olas y la voz del contramaestre Matías que le decía:

–Esa Virgen del cuadro que tanto te ocupa y preocupa no es ninguna Virgen, es una esclava de origen antillano que murió violada y sodomizada por tu abuelo. Siento decirte que te has enamorado de un espectro y el amor te ha hecho ver visiones –Pablo quedó paralizado y la voz añadió–: Será mejor que pierdas toda esperanza de encontrarla.

Pablo no podía admitir aquella historia. ¿Cómo era posible que el bueno de Matías quisiera hacerle desistir de su gran pasión? ¿Por qué nunca le había hablado de todo aquello?

A duras penas repuso las baldosas en su sitio y volvió a la cama. No logró conciliar el sueño. Contempló el amanecer desde el balcón y luego se entretuvo dibujando el *Buenaventura* con todas las velas flácidas,

picoteadas por una nube de gaviotas, mientras navegaba sin rumbo como un buque fantasma alrededor del sol. ¡Si el *Buenaventura* pudiese hablar y contarle todos los secretos del Capitán y su Contramaestre!

En cuanto finalizó el ritual del desayuno familiar, cada vez más triste por la ausencia de sus padres y del Contramaestre, salió a toda prisa en busca de don Leonardo Durán con la esperanza de conocer la verdadera historia del abuelo que nadie se había atrevido a contarle.

Cuando tras doblar la última esquina llegó frente a la casa del maestro, se extrañó sobremanera al observar el aspecto descuidado del jardín. Llamó a la puerta varias veces sin obtener respuesta. Hacía apenas dos días que había estado ayudándole a podar los rosales después de la clase de pintura y recordó sus últimas palabras referidas a la Virgen del cuadro: «*Ella existe. Si persistes en buscarla la encontrarás*». ¿Cómo interpretar entonces las palabras de Matías? Estaba seguro de que solo su admirado maestro de pintura decía la verdad. Preocupado por su ausencia, preguntó a la vecina del chalet de al lado:

–¿Sabe usted algo de don Leonardo?

La mujer le miró como si no le conociera de verlo todas las semanas acudir a la casa y contestó:

–¿Don Leonardo? No me suena ese nombre. Esa casa lleva cerrada muchos años.

–No puede ser. Yo estuve anteayer aquí con don Leonardo Durán. La vi a usted. Estaba regando las margaritas. ¿No se acuerda de mí?

La vecina volvió a mirarlo tomándolo por loco y con una sonrisa de lástima le respondió:

–Creo que te equivocas, muchacho. Esta casa era de la familia Salcedo y murieron todos en un naufragio hace más de quince años.

–Usted es la que se equivoca. Yo soy Pablo Salcedo. El nieto del capitán Salcedo.

–No, hijo. No. Ya no queda nadie de aquella familia. El mar se los llevó a todos –bajó la voz y añadió–: La gente decía que estaban endemoniados.

A Pablo se le hizo un nudo en la garganta. Le temblaron las piernas y sobreponiéndose con un gran esfuerzo logró gritar:

–¡No es verdad! ¡No es verdad! ¡Yo vivo con mi abuela y mis tías en la casa en la avenida del Mar!

–¡Pobrecico! Qué fantástico eres. El capitán Salcedo era un pobre borracho. Y su mujer... Si yo te contara...

–¡No es verdad! ¡No es verdad! –Volvió a gritar Pablo con las lágrimas a punto de aparecer en sus ojos.

–¿Por qué iba yo a engañarte?

La mujer se persignó, besó la medalla que le colgaba del cuello y continuó barriendo el porche. Pablo, desconcertado, comenzó a alejarse de aquel lugar. Antes de doblar la esquina se detuvo un momento y volvió a mirar por última vez. La mujer había desaparecido y con ella, las margaritas que estaba regando; su porche presentaba un aspecto abandonado cubierto por la hojarasca. Solo se oía el soplado de un viento antiguo cargado de olor a salitre. Miró a su alrededor y salió corriendo despavorido en busca de su casa.

La amplia avenida de palmeras se le hacía interminable. Había anochecido y, por mucho que corría, no lograba llegar a ningún lugar que le permitiera orientarse. Le parecía estar perdido en un laberinto de palmeras. Apenas le quedaba aliento y para colmo había perdido la gorra del Capitán. ¿Dónde estaba su casa? «*Ya no queda nadie de aquella familia. Murieron todos en un naufragio hace más de quince años*». Se detuvo para recuperar la respiración. Se oía el ir y venir de las olas y, de repente, la luz del faro vino en su auxilio. Orientándose con los destellos, siguió andando y al poco rato le pareció escuchar el ladrido de unos perros. ¡Eran los mastines de los guardeses! La luz del faro la iluminó. Allí estaba, espléndida, la magnífica casa solariega de los Salcedo.

La abuela y las tías lo esperaban impacientes en la puerta de la casa.

–¿Qué te ha ocurrido?

–¿De dónde vienes?

—¡Nos has tenido en un ay!

Cayó rendido en la cama y se durmió lleno de alucinaciones.

Al despertar, intentó poner orden en su pensamiento. No podía comprender la desaparición de lo que él había visto y vivido hacía apenas dos días. Recordaba que alguna vez don Leonardo le habló de la telequinesia, y no pudo menos de preguntarse dónde estaría ahora su maestro. También recordó perfectamente su última conversación jugueteando entre las manos con la gorra de capitán de barco.

—No debes obsesionarte por conocer la vida de tu abuelo.

—¿Usted llegó a conocerlo?

—Por supuesto que sí. Y tú lo conocerás también a su debido tiempo.

—¿Y dónde lo conoció?

—En La Habana. Estaba enamorado de Cuba. A mí también me ocurrió algo parecido. Viví diez años maravillosos entre La Habana y Cienfuegos. Cuando seas mayor no dejes de ir. Te enamorará. Se apoderará de ti. Es la tierra ideal para vivir hechizado por el amor —Pablo sonreía y el maestro añadió—: Ya sé que tú andas enamorado de una Virgen cubana que trajo tu abuelo de La Habana. Si yo te contara...

—Por favor don Leonardo, cuénteme.

—Prefiero que lo descubras tú. Merece la pena que vivas esa emoción.

Comenzaba ya a menguar la luz y, antes de despedirlo, don Leonardo Durán, poniéndole a Pablo la gorra de capitán de barco, le dijo:

—Llévala contigo, te ayudará a conocer a tu abuelo.

¿Cómo era posible que don Leonardo hubiera desaparecido de la noche a la mañana sin dejar rastro? ¿Y la mujer que regaba las margaritas? ¿Cómo sabía aquellas cosas de su familia?

A mediodía, cansado de dar vueltas en la cabeza a tan extraños sucesos, subió al desván dispuesto a celebrar una misa por el gran Leonardo. Al abrir la caja donde guardaba los útiles del pequeño altar, no pudo evitar una sonrisa. Entre el misal, la cruz y los candelabros, estaba la gorra de capitán de barco que perdió la noche anterior en su huída desesperada.

Recobró la paz y tuvo la certeza de que las palabras de su maestro de pintura se cumplirían en él. Se puso la gorra, tomó una paloma de las que anidaban en el desván y con el filo de una espátula derramó su sangre en el pequeño cáliz. Convocó a todos los ángeles, arcángeles, dominaciones, y coros celestiales y celebró una misa en honor a la Virgen del cuadro. Al finalizar la ceremonia ya tenía tomada una decisión.

En cuanto llegó la noche, apartó las baldosas del suelo y se dispuso a escuchar. Apenas se percibía el suave ir y venir de las olas sobre la playa. Poco a poco, fueron convirtiéndose en voces cada vez más nítidas y Pablo sonrió; eran las voces de sus padres y sus amigos llenas de alegría hablando en inglés. Se entretuvo escuchándoles con atención y llegó al convencimiento de que la lengua de Shakespeare era la más perfecta para pecar con elegancia. A su edad, Pablo ya era un perfeccionista lleno de curiosidades, un artista de refinado gusto enamorado de la elegancia y las buenas maneras que, cargadas de imaginación, le transportaban a los paraísos más insospechados. Recordó que don Leonardo le prevenía contra los que consideran pecaminosa la curiosidad. *«Porque la curiosidad –decía– siempre ayuda a los progresos de la inteligencia»*. Estaba seguro de que él mismo era un progresista nato, ávido siempre de conocer lo desconocido. ¿Le ayudaría el demonio? Seguro que sí. Y también la Virgen, a la que tanto amaba. Volvió a la cama y se durmió abrazado a la doncella, pero al poco rato, por el agujero del suelo salió la voz de su maestro:

–¡Pablo! ¡Pablo! Te estoy esperando.

¡Al fin! Sabía que su maestro no le abandonaría. Despertó a la doncella y tomándola de la mano se acercaron al agujero. Se oía con fuerza el batir de las olas del mar y comenzaron a bajar la escalera perdiéndose entre la niebla, mientras se escuchaba a lo lejos, mezclado con los últimos acordes de *Pompa y Circunstancia*, el ulular de la sirena del *Buenaventura*, el último barco que mandó el abuelo antes de morir frente al puerto de Alejandría.

La bola cárdena del sol asomó por el horizonte, convirtió el mar en plata y el cielo gris se tornó azul. Con la solemnidad de los amaneceres, cantaron los gallos, comenzó el gorjeo de los pájaros, y cuando los guardeses recogieron los huevos frescos para el desayuno, observaron con extrañeza que todos los balcones y ventanas de la casa de los señores, que solían estar entreabiertos para aliviarse del calor, permanecían cerrados. Intranquilos, dejaron pasar una hora de respeto. Pero todo siguió cerrado a cal y canto envuelto en un manto de silencio. Al fin, decidieron acercarse y llamar a la puerta. No hubo respuesta. Dieron la vuelta a la casa sin salir de su asombro. Aporrearon la puerta principal y vocearon sin ningún resultado. De pronto, se apercibieron que por la chimenea salía un humo blanco, denso y tan pesado, que, en vez de subir hacia el cielo, caía a borbotones por el tejado desparramándose por las paredes hasta llegar al suelo.

–¿Ocurre algo?

–No lo sabemos. Nadie contesta en la casa.

–Qué raro. Habrá que avisar a la policía.

–Es curioso. El humo huele a yodo y a salitre.

Era sábado y comenzaban a llegar los devotos para asistir a la misa en honor de la Virgen del cuadro. Rápidamente comenzaron a correr los comentarios más dispares sobre aquel extraño fenómeno.

–Ese es el humo que sale de los volcanes submarinos –explicó con suficiencia don Félix Fernández el catedrático de Física del instituto.

–Más bien debe de ser la fumarola del demonio que aparece en la historia de Jonás ¿No recuerdan? –apuntó el boticario Loras que disfrutaba llevándole la contraria al catedrático.

–Yo diría que estamos ante un fenómeno paranormal quizá del gran Satán –sentenció la señorita Liduvina muy dada a los fenómenos de magia negra.

–No digan barbaridades –exclamó el celebrante, contrariado por la imposibilidad de comenzar la misa–. Y dejen al demonio en paz.

–¿Qué quiere decir? –preguntó la esposa del alcalde–. ¿Qué todo esto ha sido cosa del demonio?

—No. No. Aquí no ha habido ningún demonio. Y será mejor que no hagamos conjeturas hasta que sepamos lo que ha ocurrido.

Hubo que echar la puerta abajo, pero el inusitado dorandón hacía imposible ver nada. Tuvieron que entrar provistos de luces y, tras abrir ventanas y balcones, poco a poco, el viento fue llevándose aquella asombrosa niebla que lo envolvía todo como un sudario.

Acompañados por los guardeses, el jefe de policía y el forense se asomaron a las habitaciones. Ni la abuela, ni las tías, ni la doncella ni tampoco el Contramaestre estaban en sus dormitorios. ¿Qué significaba todo aquello? De pronto, al abrir la habitación de Pablo, descubrieron a la abuela caída en el suelo con la mano agarrada al grifo de la gran barrica de ron. Estaba muerta. Se había cumplido la profecía del Capitán: *«Toma un vasito en mi memoria, todos los días, y vivirás con mi recuerdo mientras quede ron»*. Las últimas gotas caían sobre su boca entreabierta; se derramaban por la barbilla y la garganta hasta el canalillo de sus pechos. Unos pechos que fueron su gozo en las manos de sus amantes. Cerca de ella, junto a la cama, agarradas al cuadro de la Virgen, los cuerpos de sus dos hijas gemelas, Pasión y Sacramento, con el rostro crispado y los ojos abiertos por el último espanto de la muerte. En sus labios aparecían pequeños fragmentos de pintura del lienzo que tanto les gustaba besuquear en señal de devoción.

El forense, que conocía muchas interioridades de la familia, auscultó los cuerpos de las tres mujeres buscando alguna señal de vida. Estaban muertas. Por el rictus que se les dibujaba en la boca y el punteado negro que les había aparecido en las mejillas, llegó fácilmente a la conclusión de que las dos hermanas habían muerto envenenadas a causa del barniz de copey, y el extracto de raíz de guacalote, dos productos altamente tóxicos que mezclados con polvo de sílice, se usaban para proteger las pinturas en algunos lugares de América.

La abuela se llevaba a la tumba el gran secreto de su vida. Un año antes de casarse con el Capitán conoció a Leonora, una joven profesora de dibujo

recién llegada al Instituto de Málaga, de la que se enamoró tan locamente, que, a los pocos días, cuando empezaron las caricias y tocamientos y descubrió que era un hombre, venció sin dificultad su primera inclinación lesbiana y vivió un amor apasionado que dejó en ella la semilla de un hijo. Aquella pasión se prolongó incluso después de la boda con el Capitán, hasta que la falsa profesora desapareció sin dejar rastro. Fue entonces cuando para paliar las largas ausencias del marido, la abuela Adelaida se hizo amante de su amigo el notario.

Aparecieron las primeras moscas que acuden al olor de los muertos y mientras el sacerdote recitaba los latines y ungía a las difuntas con los santos óleos, el jefe de policía, un ex militar recién llegado a Málaga, preguntó al forense:

—¿Qué es toda esa historia del cuadro?

—El cuadro lo trajo el difunto marido de la señora, el capitán Salcedo, y a la Virgen se le atribuían propiedades milagrosas.

—¿Milagrosas y han muerto tres personas?

—Yo solo puedo certificar que la madre ha muerto por un paro cardíaco, y las hijas, envenenadas, seguramente por los fragmentos de pintura que observo en sus labios.

El cura intervino lleno de preocupación:

—Toda la gente que venía a la misa besaba el cuadro ¿Cree usted que puede ser peligroso?

—No creo que un simple beso... Pero estas dos mujeres tienen la boca llena de pintura.

—De todos modos, no es conveniente que el cuadro permanezca aquí —sentenció el policía y, dirigiéndose al reverendo, añadió—: será mejor que se haga usted cargo de él y lo deposite en lugar seguro para evitar más desgracias.

Los devotos que habían acudido para la misa se apiñaban en la habitación curioseándolo todo y seguían con mucho interés las discusiones entre el catedrático y el boticario que nunca llegaban a ponerse de acuerdo.

–Le aseguro a usted, don Joaquín, que se trataba de una fumarola volcánica.

–No se empeñe, don Félix, y admita, aunque sea por una vez, los textos de las Sagradas Escrituras.

El inspector ordenó a los agentes que les hicieran salir y se quedó solo con el forense:

–Hace poco tiempo que estoy aquí en Málaga, pero he oído muchos comentarios sobre esta casa, quizá usted...

El médico acabó de liar el cigarro con la parsimonia de los buenos fumadores. Pasó la lengua por el borde del papel engomado y se limitó a decir:

–He de admitir que era una familia muy original. Digna de ser estudiada por Freud –Encendió el cigarro con un chisquero del que colgaba una mecha amarilla. Aspiró una profunda bocanada. Lanzó hacia el techo tres anillos de humo perfectamente simétricos y añadió–: En esta casa ocurrían cosas muy... no sé cómo decirle... extrañas, podría ser la palabra.

–¿Como por ejemplo?

–La casa se movía durante la noche. Se oían voces. Veneraban este cuadro de la Virgen que, según decían, movía los ojos. Y Pablo, el nieto de doña Adelaida, se elevaba en el aire.

–¿No pretenderá que me crea todas esas historias?

–En absoluto. Yo no pretendo que usted se crea nada. Pero le aseguro que toda esa gente que aguarda ahí fuera se lo puede confirmar, porque lo ha visto con sus propios ojos.

El policía quedó perplejo. No acertaba a comprender nada. El forense siguió con su juego de fabricar volutas de humo que quedaban flotando en la habitación como interrogantes. Miró al policía inmerso en un mar de dudas y le preguntó:

–¿Le gustaría conocer a la familia?

Sin esperar respuesta, el forense tomó la foto de la boda de Adrián y se la mostró al policía.

–Aquí los tiene usted a todos. A las hijas y a la madre, que se odiaban a muerte, ya las conoce. Este, que parece el patriarca, era el capitán Salcedo, el marido de la señora. Murió hace unos veinte años. El matrimonio joven murió hace poco.

–¿Los que se ahogaron con el Cónsul inglés y su señora?

–Efectivamente.

El policía esbozó una sonrisa y preguntó en tono confidencial:

–¿Un asunto entre homosexuales, verdad?

–Lo siento. Pero la vida privada de las personas no es de mi incumbencia.

–Pero sí de la policía. No olvide que tenemos ante nosotros tres muertos todavía calientes y lo único que sé es que la madre y las hijas se odiaban a muerte. Tendrá que ayudarme. Podría empezar diciéndome algo sobre esa silla de ruedas.

–La señora llevaba en ella muchos años. Fue un accidente. Ocurrió durante el tiempo en que su hijo Adrián se encontraba en Francia.

–¿Estaba sola en casa con sus dos hijas?

–Sí, en efecto.

El médico intentó de nuevo hacer aros de humo, pero le dio una tos nerviosa y tuvo que apagar el cigarro.

–¿Por qué no se decide y me lo cuenta con detalle? Puedo asegurarle que yo también lo guardaré como un secreto profesional.

Estaban los dos solos en la habitación. Se sentaron junto a la barrica de ron. El médico sacó un pañuelo y mientras limpiaba los cristales de sus gafas comenzó a hablar:

–La señora quedó en silla de ruedas a raíz de una discusión con sus dos hijas. Forcejearon y la pobre cayó rodando por las escaleras.

–¿Quiere decirme que estas dos mosquitas muertas –Sonrió señalando a las dos hermanas gemelas– intentaron matar a su madre?

–Yo no he dicho eso. Además no se hizo ninguna denuncia. Los cuatro llegaron a un acuerdo y me hicieron prometer que yo lo mantendría en secreto.

–¿Los cuatro? ¿Quién era la cuarta persona?

–Vive todavía.

–Está bien. No me diga su nombre pero cuénteme lo que ocurrió.

–Cuando me avisó la doncella de que doña Adelaida estaba mal herida y llegué a la casa, se encontraba aquí un caballero que siempre mantuvo cierta relación con ella. La discusión entre la madre y las hijas, según me confesó la doncella, comenzó por cuestiones de dinero. Las cuentas del banco estaban prácticamente a cero, y las hijas echaban la culpa a su madre. Parece ser que intervino el caballero en defensa de la señora. La discusión fue subiendo de tono y, al fin, la madre no se pudo contener y les descubrió que no eran hijas del capitán Salcedo y que precisamente, aquel hombre, al que tanto vituperaban, era su verdadero padre. Esta noticia las trastornó hasta tal extremo que se abalanzaron sobre su madre y acabaron empujándola escaleras abajo.

El comisario apostilló:

–Más que un accidente, yo diría que fue un intento de asesinato.

–El notario aseguró que fue un accidente.

–¿Ha dicho usted el notario?

El forense se mordió la lengua y guardó silencio.

–Bueno, no importa. Parece ser que a la señora no le faltaban amantes. En fin, si el laboratorio confirma la causa de las muertes tal como usted dice, aquí ha terminado mi trabajo.

El forense volvió a liar otro cigarro. Lo encendió y dando una profunda calada dejó otra vez flotando en la habitación tres aros de humo y le advirtió al comisario:

–Le recuerdo que todavía faltan tres personas por aparecer.

–¿Tres personas?

–Sí. Tres personas que no están en la fotografía y vivían aquí en la casa: el nieto de la señora, hijo del matrimonio que se ahogó; Matías, el antiguo Contramaestre del Capitán, y la doncella.

–No puede ser. Hemos registrado toda la casa de arriba abajo y no hemos

encontrado a nadie. Además, las puertas de la casa y de todos los balcones y ventanas tenían los cerrojos y las fallebas cerradas.

–Ya le advertí que esta era una casa muy especial. Si no me cree, los guardeses pueden corroborar cuanto le he dicho.

El sacerdote pasionista fue el primero en dar la noticia al Arzobispo de las muertes y desapariciones en la casa de los Salcedo y, al preguntarle dónde quería que se depositara el cuadro, Su Eminencia respondió en voz baja:

–Ese cuadro nunca ha existido, ¿me comprendéis? Ocupaos de quemarlo y aventar sus cenizas. Muerto el perro se acabó la rabia.

El atribulado sacerdote, que durante tanto tiempo estuvo celebrando la misa en honor de la Virgen, no respondió. Hizo una inclinación de cabeza, besó el anillo episcopal y abandonó el despacho. Consideró la orden del Arzobispo como un sacrilegio y, con gran secreto, decidió salvar el cuadro de las llamas y llevarlo al convento de las monjas contemplativas de Toledo, donde estuvo de capellán antes de llegar a Málaga.

No le faltaron a la abuela y a las tías de Pablo solemnes funerales y, durante una semana, se sucedieron misas de réquiem, responsos, rosarios, misereres y toda la parafernalia que la iglesia guarda para sus fieles difuntos, entre cristos crucificados agonizantes y vírgenes dolientes. Cuando el Arzobispo rezó el último responso, respiró aliviado:

–Ya era hora de que acabase esta historia.

–Las dos hermanas habían prometido dejar la casa para la iglesia –Le recordó su secretario–, pero no han firmado ningún testamento.

–No os preocupéis –Sonrió Su Eminencia–. Ya está todo hablado. Don Gabriel, el notario, se ocupará personalmente. La mitad de la finca le pertenece a él por el pacto de retro que firmó con doña Adelaida y la otra

mitad pasará a la Iglesia. Creo que es una solución justa. Dios proveerá para que todo llegue a buen fin; solo me preocupa qué habrá sido del muchacho que levitaba. Menos mal que esa gente tiene la sangre alterada y no suele vivir mucho tiempo.

–Usted comentaba de él que su aspecto era el de un santito.

–Solo para tranquilizar a las tías. En realidad era un tipo raro.

–Parecía un angelito cuando ayudaba a misa –apuntó el secretario.

El Obispo le miró molesto por su insistencia y le advirtió:

–No olvide usted que muchas veces somos incapaces de distinguir entre los ángeles y los demonios. Recuerde lo que dice el Eclesiastés.

Durante varios días la policía siguió buscando a las tres personas desaparecidas. Removieron la casa de arriba abajo, se inspeccionaron las chimeneas por donde salió aquella intensa y pesada humareda. Se derribaron algunos tabiques buscando armarios de doble fondo e incluso se levantaron las baldosas que sonaban a hueco. Pero todo fue inútil; Pablo, Matías y la doncella no aparecieron. Era el final del verano de 1924.

El sol menguaba en el horizonte coloreando en púrpura y ámbar un conjunto de cirrocúmulos que, acompañados por un vientecillo del norte, hacían presagiar una noche de lluvia. El oleaje batía sobre la orilla, arrastrando, arriba y abajo, el cuerpo de un hombre hasta que, con la llegada de la bajamar, quedó inmóvil sobre la arena. Un grupo de gaviotas revoloteó sobre él y la más atrevida se posó sobre su pecho y le picoteó una bolsa de hule negro que llevaba colgada al cuello. Una pareja de carabineros iluminó la escena con sus luces de carburo y las gaviotas, asustadas, desaparecieron. Uno de los guardias le apretó el vientre con su bota de reglamento y una cascada de agua salió por la boca del ahogado. De repente, como si le hubieran desatascado los pulmones, comenzó a

respirar. Sin dudarle un momento, le tomaron en volandas y le llevaron al pueblo.

Al abrir los ojos, Pablo se asustó. Creyó que una bandada de gaviotas le rodeaba con la intención de picotearle la cabeza. Instintivamente cerró los ojos y al volverlos a abrir comprobó que eran las tocas blancas y almidonadas de cuatro monjas que revoloteaban alrededor de su cama. La presencia de un hombre de gesto amable, respetable barba, y gafas de oro, le tranquilizó. Sostenía en una mano un reloj de bolsillo y con la otra le tomaba el pulso.

–Es incomprensible, pero sobreviviré.

–¡Es un milagro! –gritaron las monjas al unísono mientras se persignaban.

–Yo no he dicho que sea un milagro –Cerró la tapa del reloj y lo guardó en el bolsillo del chaleco–. Mañana volveré a verle. Ahora déjenle dormir.

A Pablo le era imposible conciliar el sueño en aquella triste habitación completamente vacía donde solo colgaba del techo una bombilla de luz mortecina. Mimado y rodeado siempre de todas las personas de su familia, experimentó por primera vez el gran vacío de la soledad. Ahora tenía la absoluta certeza de que su familia había desaparecido y recordó las palabras de aquella mujer que barría el jardín el día que no encontró a su maestro: *«Ya no queda nadie de la familia Salcedo. El mar se los llevó a todos. La gente decía que estaban endemoniados»*.

Respiró aliviado cuando observó, al lado de la cama, sobre una silla, la cartera de hule negro donde guardaba su preciado cuaderno de bitácoras, el cuaderno de pintura donde atesoraba los recuerdos de su casa de Málaga. Poco a poco, la luz del filamento oscilante de la bombilla se convirtió en el rostro del sacerdote pasionista que celebraba las misas sabatinas y se durmió en brazos de un sueño reparador.

Al amanecer, le despertó el canto de los pájaros. Se asomó lleno de curiosidad a la ventana y un paisaje de blancuras y azules infinitos salpicado de lentiscos y chumberas le dio la bienvenida.

Con las bombas que tiran los fanfarrones
se hacen las gaditanas, tirabuzones.

Por el camino pasaban cantando unas mujeres llevando sobre la cabeza sus cestos llenos de pescado que brillaba como pedazos de plata viva. Una muchacha aceitunada de inmensos ojos negros y labios de caramelo, le gritó entre risas:

–Chiquillo ¿por qué no te vienes a Cádiz conmigo?

¡Ah, Cádiz! Cádiz de sol y plata. Cádiz de los veleros. Cádiz de marineros. Cádiz en el recuerdo... Pablo le sonrió sin dejar de mirarla.

Regresó de nuevo a la cama y volvió a dormirse recordando que, según le contó un día su abuela, el capitán Salcedo había dejado una donación en la Escuela de Náutica de Cádiz estableciendo una beca para que cualquier descendiente de los Salcedo pudiera estudiar la carrera de marino. Comprendió que se había quedado completamente solo y, aunque nunca sintió vocación de marino, quizá aquella escuela fuera un buen refugio para ordenar sus ideas antes de comenzar una nueva vida.

El antiguo edificio de La Naval, como se conocía en Cádiz a la Escuela de Náutica, fue primero colegio de los jesuitas y, tras la desamortización de Mendizábal, el Ministerio de Instrucción Pública lo convirtió en Escuela de Náutica. Era la única de España que tenía internado y sus alumnos gozaban fama de enamoradizos entre las chicas gaditanas.

Si te enamoras de mí,
ha de gustarte la mar,
y en un velerito blanco
yo te llevaré al altar.

Cuando llegó a la Escuela de Náutica y dejó su nombre, todo fueron facilidades. El hombre que le recibió era el típico viejo lobo de mar al que no le faltaban ni la pipa, ni la barba cenicienta, ni el jersey azul de cuello

alto. Además, tenía una pierna de madera que constantemente golpeaba contra el suelo para dar más énfasis a sus palabras.

–Soy el capitán Ulises. ¿No te habló de mí tu abuelo? Navegamos juntos durante muchos años.

–Apenas sé nada de él. Murió cuando yo solo tenía cinco años.

–Está bien –dijo levantándose de la silla–. Si vas a estudiar aquí, tendremos tiempo para hablar de él. ¡Quién me iba a decir a mí que conocería al nieto del capitán Salcedo!

A Pablo se le iluminaron los ojos. Al fin, después de tanto tiempo, iba a conocer la historia de aquel abuelo rodeado de misterio.

–Aunque me advirtió –Sonrió el marino como adivinando el pensamiento de Pablo–, que si alguna vez recalabas por aquí, no te contara nada de su vida hasta el último año de tu estancia en la escuela. Tu abuelo era un tipo muy raro. Acompáñame y te enseñaré este criadero de marinos.

Durante todo el recorrido no vieron a nadie y, era tal el silencio que envolvía aquel enorme edificio, que Pablo, temeroso de que todo fuera un sueño, preguntó extrañado al Capitán Ulises:

–¿Dónde está la gente?

–En sus casas, con su familia. Es Navidad. Están de vacaciones. Por cierto, ¿y tú cómo has aparecido estos días por aquí? ¿No tienes familia?

Dudó un momento. No quería dar explicaciones a aquel desconocido y se limitó a decir:

–Murieron todos en un naufragio.

–Es un bonito final para una familia de marinos –sentenció el capitán Ulises y, dando un sonoro golpe en el suelo con su pata de madera, añadió–: Menos mal que has quedado tú para continuar la tradición.

En cuanto pasó el día de Reyes y llegaron los alumnos, Pablo no tuvo dificultad para integrarse en aquella caterva de muchachos que, procedentes de todas las partes del país, acudían a Cádiz con el deseo de llegar algún

día a comandar un barco. Poco a poco, comenzó a olvidarse de la casa de Málaga, de la familia y de las historias que se cruzaban entre ellos. Historias, que parecían mezclarse en tiempos diferentes y le resultaban muy difíciles de comprender, porque se le perdían en un mar de insinuaciones que no acertaba a descifrar. De lo único que no podía olvidarse era de la doncella y de su querida Virgen cubana que le sonreía desde los pies de la cama, aunque curiosamente, también en la capilla de la escuela colgaba un cuadro de la Virgen del Carmen sobre un mar embravecido lleno de náufragos y barcos desarbolados. Por mucho que la miraba no encontraba atractivo en aquella imagen de tez blanca, ni lograba descubrir ningún rostro conocido entre los náufragos que imploraban su auxilio.

Como quien descubre una nueva vocación, muy pronto se encontró agradablemente sumergido en el estudio de los mares, las costas, los puertos, la trigonometría, el sextante, la astronomía, la meteorología, las velas, los nudos y todo lo relacionado con la navegación. Se sentía a gusto en aquel ambiente de chicos de su edad, donde las relaciones eran más naturales y espontáneas que entre su familia. Además, las salidas a Cádiz todos los domingos en busca de los tirabuzones de las gaditanas, completaban su felicidad, aunque ninguna podía compararse a la doncella de la casa de los Salcedo.

Pablo era el único alumno que no tenía familia y, en cada período de vacaciones, los compañeros se lo disputaban para llevarle a sus casas. Casas de hombres enamorados de la mar, de pescadores, de marinos mercantes e incluso de marinos de la Armada. Hogares en los que la tradición marinera había dejado en las profundidades del mar a más de un miembro de la familia. Pablo observó que todas tenían dos puntos de referencia comunes: uno era la devoción por la Virgen del Carmen, cuya imagen, bien en un cuadro o en figura protegida por un fanal de cristal, estaba presente en el lugar principal de la casa. El otro era la pasión por contar historias de

navegantes, tan cargadas de fantasía que, a veces, parecían surgidas del magín de don Cunqueiro, pues apenas el navegante perdía de vista la tierra, no había más mundo que la mar infinita llena de insólitas aventuras. Las escuchó de todos los estilos, pero envueltas siempre en un tono de misterio, producto quizá de lo desconocido. Y las contaban con tal lujo de detalles que llegó a pensar si *El Secreto de los Siete Mares*, *Los Misterios del Mar Tenebroso* o el *Monstruo Marino* más horrible que uno pudiera imaginar, podrían encontrarse fácilmente a la vuelta de la esquina.

El primer verano, Pablo lo pasó en Portugalete, en casa de su compañero Alfonso Bilbao, hijo y nieto de pescaderos de altura. Allí conoció la historia de los primeros balleneros que marchaban todos los años a Groenlandia a cazar ballenas con arpón lanzado a mano. Todavía colgaba de la pared del comedor, junto a un cuadro de la Última Cena y una imagen de la Virgen del Carmen, el arpón de acero con el que el capitán Bilbao cazó en 1888 la única ballena blanca de la que se tenía noticia.

Aunque los Bilbao eran gente muy religiosa y adicta al escapulario de la Virgen del Carmen, debido a su trato directo con las ballenas, no podían creer que Jonás hubiera vivido en el vientre de una de ellas –asunto este que les llevaba a un continuo enfrentamiento con el párroco de la iglesia de San Jonás, de la que eran feligreses. Pese a todo, no descuidaban las prácticas religiosas y eran muy dados a visitar iglesias y ermitas perdidas en el monte, donde entre un montón de exvotos –piernas, brazos, pechos, cabezas, estómagos y todo tipo de casquería humana fabricada de cera– se veneraba a la Virgen de los hombres del mar para pedirle su protección contra los naufragios. Pablo les acompañaba en estas visitas con la esperanza de que alguna de aquellas vírgenes fuera la que durante tanto tiempo tuvo en su habitación de la casa de Málaga. Pero acabó el verano y regreso a Cádiz sin haber vislumbrado en todas aquellas vírgenes de las ermitas vascas ninguna señal de cubanía.

Antes de despedirse, tuvo tiempo de preguntarle al abuelo Bilbao si en sus tiempos oyó hablar del capitán Salcedo y del *Buenaventura*.

–He conocido varios barcos que se llamaban así. Es un bonito nombre para un barco, ¿no te parece? Respecto al capitán Salcedo, no me suena. ¿Sabes por dónde navegaba?

–Creo que hacía la ruta de La Habana a Málaga.

–Seguramente se dedicaría al comercio de esclavos. ¿Era familia tuya?

–Sí, era mi abuelo.

–Vaya por Dios. Si te preocupas por su alma ya puedes ir diciéndole misas. La Virgen del Carmen no protege a ese tipo de marinos.

Recordó las palabras del Contraestre: «*Esa Virgen del cuadro que tanto te ocupa y preocupa, no es ninguna Virgen, es una esclava de origen antillano que murió violada y sodomizada por tu abuelo*».

Tras la desamortización de Mendizábal, la antigua biblioteca de los jesuitas, famosa por la variedad y calidad de sus obras, pasó a la Escuela de Náutica. Muy pronto, Pablo, buscando las rutas del *Buenaventura*, hizo de ella el lugar preferido para navegar con su imaginación por la magnífica colección de mapas, cartas marinas y planisferios que allí se guardaban.

En sus continuas exploraciones por los rincones de la biblioteca, un buen día se topó con una curiosa colección de cuadernos de bitácora que el primer director de la escuela, el Marqués de la Ensenada, había donado de su archivo particular. La mayoría eran libros reciamente encuadernados con pieles duras y guardas de metal. Allí estaban, entre otros, el del primer jabeque armado del capitán Barceló de 1789. El del clíper británico *Cutty Sark* que sirvió en la carrera del té. El del *Demologus* del capitán Fulton, que fue el terror de los Mares del Sur. El del *Sirius*, azote de la flota holandesa. El de *Horseley*, primer buque de casco metálico. El del *Enterprise* que hacía la ruta de Inglaterra a la India. Y cuál sería la sorpresa de Pablo cuando se encontró con el cuaderno de bitácora del *Buenaventura*.

Le dio un vuelco el corazón. Escondió el ejemplar entre la ropa y salió con disimulo de la biblioteca. Se encerró en su habitación, corrió el cerrojo y se dispuso a conocer, por fin, los viajes del capitán Salcedo. Abrió el libro, comenzó a pasar páginas y observó asombrado que todas las hojas estaban en blanco.

Durante el verano del segundo curso, Pablo tuvo la oportunidad de viajar a tierras catalanas. El apelativo de la Moreneta con que denominaban a su patrona, le hizo concebir la esperanza de encontrar alguna Virgen de tez morena, pero la ilusión se esfumó el mismo día en que su compañero Casademont le llevó a conocer Montserrat. Aquella Virgen sedente con un niño en brazos no tenía nada que ver con la que él buscaba.

En Sant Feliu de Guíxols, en casa de su compañero, conoció al abuelo don Pere Casademont, que, a punto de cumplir 103 años, presumía de ser el último pirata catalán con vida.

—Entre América y Cataluña corrí mis mejores aventuras abordando a todo tipo de barcos. Siguiendo la táctica de Sir Francis Drake, desarbolaba al adversario con un certero cañonazo, izaba el foque y la cangreja y embestía por barlovento.

Pese a la edad, era un personaje muy dicharachero y bienhumorado, y lo primero que hizo fue mostrarle a Pablo los recuerdos de su vida. La bandera negra con la calavera cruzada por dos tibias que enarbolaba en el palo mayor de su barco. El catalejo inglés *Clark and Simpson* de tres tubos, brillante como una patena y un sextante italiano del siglo XVIII con los números grabados sobre marfil.

Pablo concibió la esperanza de que el anciano, por su edad y los mares por donde navegó, pudiera haber conocido a su abuelo.

—¿Salcedo? Me suena mucho, pero...

—Mandaba el *Buenaventura*.

—¡Ah! El *Buenaventura*. Buen barco. Recuerdo que tuvo alguna desgracia frente al puerto de Alejandría.

—Sí. Sí. Allí murió mi abuelo.

–Algo me contaron. Creo que murió asesinado.

–¿Asesinado?

–Sí. Parece que hubo un motín a bordo instigado por el Contramaestre.

–¿Matías?

–No sé. Mi memoria ya no alcanza para esos detalles. Pero debió ocurrir algo muy grave a bordo del *Buenaventura*.

Curiosamente cualquier noticia que le llegaba de su abuelo acababa convirtiéndose en una duda más que añadir a la misteriosa vida del capitán Salcedo.

A Pablo le sorprendió no ver en toda la casa ninguna imagen ni cuadro de la Virgen del Carmen. Al principio lo atribuyó a que los piratas no debían tener muchas devociones de carácter religioso, pero muy pronto su condiscípulo Casademont le sacó del error.

–Mi abuelo siempre fue un gran devoto de la Virgen del Carmen. En su barco llevaba una pequeña imagen de mucho valor que, desde que se retiró hasta la muerte de mi padre en un naufragio, presidía el comedor de esta casa. Mi padre mandaba un carguero que transportaba naranjas de Valencia a Inglaterra y naufragó frente a las costas de Cornualles. Y entonces mi madre dijo que si aquella Virgen no había sido capaz de salvar a su marido, no le servía para nada y se deshizo de ella vendiéndola a un anticuario.

Desde entonces, mi madre decidió ahogar sus penas en un extraño licor de algas marinas que ella misma se preparaba macerándolas en alcohol.

Dos años después de abandonar la Escuela de Náutica, Pablo supo que el abuelo de su amigo, el viejo pirata, murió ahogado en las tranquilas aguas del lago de Bañolas. Hubo un gran escándalo durante el funeral, porque el féretro, por expreso deseo del viejo marino, llegó hasta la iglesia cubierto con su vieja bandera pirata. El sacerdote se negó a officiar el funeral si no se retiraba la bandera y, tras muchas discusiones, la hija y el nieto del capitán Pere Casademont tomaron su cuerpo, lo cargaron en un pequeño bote de remos y lo llevaron mar adentro, hasta que perdieron de vista el campanario. Entonces envolvieron el cuerpo

en la bandera que ondeó en su barco durante toda su vida y lo arrojaron al mar.

El joven Casademont no llegó a embarcarse nunca; para él la mar se había convertido en un cementerio y decidió volverle la espalda y buscarse la vida en tierra firme. En compañía de su madre creó una importante empresa para la comercialización del licor de algas marinas. Pero el mar, la mar, que tiene mucho de traicionera, no podía permitir que una familia marinera como los Casademont le volviera la espalda y decidió vengarse. Dos años más tarde, el condiscípulo de Pablo se enamoró de Merce Escriche, hija de uno de los dueños de los astilleros *Hermanos Escriche*. Don Francisco, tío de la novia, enamorado de los libros y gran coleccionista de obras de arte, decidió regalarle a su sobrina una antigua y valiosísima talla de la Virgen del Carmen que compró en un famoso anticuario de la calle de los Encantos. Era la imagen que la señora Casademont vendió cuando murió su marido en un naufragio harta de una Virgen que no la protegía.

Así, la imagen de la Virgen volvió otra vez al hogar de los Casademont para hacer vudú a aquella familia de renegados.

Unos meses después de la boda, la madre murió ahogada en alcohol en uno de los grandes depósitos donde fermentaban las algas para la obtención del licor. Y su hijo, el antiguo condiscípulo de Pablo, se suicidó poco tiempo después, al descubrir las inclinaciones lesbianas de su mujer.

Aquel mismo verano que estuvo en Cataluña, Pablo tuvo ocasión de ir a Toledo a casa de su compañero Fulgencio Ledesma. El abuelo de Fulgencio había llevado durante mucho tiempo una barcaza de carga por el río Tajo y el hijo, el padre de Fulgencio, se obsesionó en ser marino. Al abuelo le agradó la idea de que su hijo quisiera dejar el río y hacerse marino de la mar oceana y, sin pensarlo dos veces, le compró el mejor sextante que encontró en Madrid y le mandó a La Coruña, una de las más importantes escuelas de náutica de aquel tiempo. Pero, desgraciadamente, el

padre de Fulgencio no logró acabar los estudios. Se aficionó en demasía al orujo gallego y a frecuentar el fumadero de opio de la calle de San Servando. Al final tuvieron que internarlo en un manicomio. Su hijo Fulgencio, el amigo de Pablo, se sintió con la obligación moral de hacer realidad el sueño de su padre y de su abuelo, y se matriculó en la Escuela Naval de Cádiz.

Cuando Pablo llegó a Toledo, el padre de su compañero, envuelto en las telarañas de su demencia, pasaba el tiempo sentado en la puerta de la casa con un enorme escapulario de la Virgen del Carmen colgado al cuello, diciendo a todo el que pasaba por allí:

–Soy Simbad el Marino. ¿No me reconoces? Soy Simbad el Marino. ¿No me reconoces? ¿Quieres que te cuente mis aventuras?

Toledo era una ciudad levítica y amurallada, cuajada de iglesias y conventos y Pablo recordó que, tras desaparecer de la casa de Málaga, cuando medio ahogado estuvo a las puertas de la muerte, soñó que el sacerdote pasionista que celebraba en su casa las misas sabatinas en honor de la Virgen, había llevado el cuadro hasta un convento de Toledo para protegerlo de las iras del Obispo.

Recorrió uno a uno todos los conventos de Toledo, pero nadie pudo darle noticia. Solo una anciana monja del convento de las contemplativas le preguntó en un aparte:

–¿Era una Virgen de tez morena y había negros en el purgatorio? –Ante el gesto afirmativo de Pablo, añadió–: Su Eminencia el Cardenal Primado ordenó que retiraran el cuadro. Parece ser que la Comisión de los Prohibidos lo declaró herético.

–¿Qué era la Comisión de los Prohibidos? –preguntó Pablo.

–Son los encargados de buscar cuadros de doble pintura considerados heréticos.

–¿Qué es eso de la doble pintura?

La monja se quedó un momento sin saber qué responder y al fin contestó:

–No me hagas mucho caso; debe de ser algo de brujería.

La monja se santiguó y desapareció en la oscuridad del convento. Seguro que si hubiese estado su maestro de pintura, don Leonardo Durán, le habría explicado el secreto de la doble pintura. Pero al menos ahora ya tenía una pista y no iba a cejar hasta encontrarla.

En la Navidad del tercer año, Pablo no salió de Cádiz. Aunque el director le animó para que se fuera a pasar las fiestas con algún compañero, decidió quedarse. Era su último año en la escuela y, por tanto, la promesa que el capitán Ulises le hizo el primer día, ya podía cumplirse. La tranquilidad de los días navideños era el momento ideal para que el capitán Ulises le contara la historia que envolvía la vida de su abuelo, verdadero desencadenante de todas las historias marcaron la vida de su familia.

El día de Nochebuena, Cádiz y sus alrededores amanecieron envueltos en una espléndida nevada. A la blancura de la sal, de la arena y de los muros encalados se sumó la nieve, y una luz cegadora transformó el paisaje en una estampa irreal donde la escuela, vacía, solitaria y aislada como un barco en medio del océano, se convirtió en un lugar propicio para las confidencias.

–Tu abuelo y yo nos licenciamos en esta escuela el mismo año, y al mes siguiente, con el título recién estrenado, encontramos trabajo en el *Providencia*, un mercante de 6.000 toneladas, bastante sucio y destaralado, que cubría la ruta Cádiz-Nueva York en treinta y ocho días. Éramos muy diferentes: él, Salcedito, como yo le llamaba, era un tipo presumido y elegante, siempre de punta en blanco, con los galones de tercer oficial se paseaba por cubierta como si fuera el mismísimo Capitán. Cuando bajábamos a tierra, aunque yo lo hacía con el uniforme impoluto, tu abuelo siempre destacaba. He de reconocer que me aventajaba en elegancia y, aunque en las discusiones de tabernas y garitos yo era el campeón indiscutible, al final de la pelea la chica más guapa se la llevaba tu abuelo. Tenía mucha labia para enamorarlas.

Pablo lo escuchaba boquiabierto y sonriente a la vez. Al fin, comenzaba a emerger de entre la niebla la figura del héroe aventurero, el capitán Pedro Salcedo.

—Dos años más tarde, en Lisboa, nos ofrecieron trabajo en el *Vasco de Gama*, un soberbio clíper que viajaba periódicamente a las colonias de Goa y Macao. Aquello sí que fue descubrir un nuevo mundo. ¡Qué mujeres! ¿Te creerás si te digo que las había de todos los colores imaginables? No sé si en tu caja de pinturas tendrías suficientes colores para reflejar tanta variedad. Las mujeres siempre fueron el punto flaco de tu abuelo. El apetito venéreo —como dicen los curas cursis— se convertía en hambre canina y más de una vez acababa sus romances a dentelladas. ¿Has oído hablar del hombre lobo?

Pablo seguía escuchándole atónito sin atreverse a articular palabra y el capitán Ulises insistió:

—¿No has oído hablar del canibalismo y de la antropofagia? Bien, bien. No, no me digas nada. De eso ya hablaremos más adelante —Hizo una pausa. Vacío la cazoleta de la pipa golpeándola sobre la pata de madera. Volvió a llenarla apretando bien el tabaco de olor a miel. La encendió y prosiguió su historia—: En uno de los viajes de regreso a Lisboa perdí la pierna, me la cortaron de cuajo por debajo de la rodilla. No me desangré de milagro y, si salvé la vida, fue gracias a tu abuelo, que obligó al Capitán a atracar en el puerto de Ciudad del Cabo para que me repararan el terrible destrozo. En cuanto llegamos a Lisboa, él mismo se ocupó de llevarme al mejor carpintero de ribera para que me hicieran esta pata de madera —Golpeó el suelos varias veces como dando fe de la calidad de la madera—. Al principio me costó, pero ya forma parte de mí. Fíjate hasta qué punto que, a veces, me duele como si tuviera reuma y puedo predecir con toda certeza los cambios de tiempo —Se levantó el pantalón y añadió—: Mira. Fíjate bien. Las vetas de la madera son las líneas isobaras que se mueven detectando con antelación los cambios atmosféricos —Sentado como estaba la levantó y señalando con ella los

cuatro puntos cardinales aclaró—: Es de suma importancia dirigirla hacia el lugar de donde sopla el viento. Recuerda que los buenos marinos no seríamos nada sin él.

El capitán Ulises se levantó de la silla y abrió la ventana. Parecía que el tiempo se hubiera detenido. Estaba todo envuelto por un silencio monacal. No soplaba ni una pizca de viento, como si todo estuviera bajo una enorme campana de cristal a la que se le hubiera hecho el vacío.

—Como ves, hoy es un mal día para los marinos. Esta calma chicha en medio de la mar ha llegado a enloquecer a más de un Capitán —Escupió. Encendió de nuevo la pipa y volvió a sentarse junto a Pablo—. Como comprenderás, con una pata de palo tenía muy difícil conservar el trabajo y tuve que resignarme a quedarme en tierra. Pero de nuevo, como tantas otras veces, tu abuelo vino en mi ayuda. Acababan de confiarle el mando del *Buenaventura* y no tuvo mejor idea que nombrarme su Contraмаestre.

A Pablo le faltó tiempo para interrumpirle.

—El Contraмаestre de mi abuelo se llamaba Matías.

—Creo que estás equivocado, muchacho. Desde que el capitán Salcedo tomó el mando del *Buenaventura*, hasta el día en que murió en Cuba a manos del Rey del Azúcar, yo fui su Contraмаestre.

Pero Pablo no dio su brazo a torcer y le replicó:

—Mi abuelo no murió en Cuba. Murió frente al puerto de Alejandría y el contraмаestre Matías arrojó su cadáver al mar envuelto en la bandera española.

—Sigues estando equivocado. ¿Quieres saber de verdad cómo murió tu abuelo? —Sin esperar la respuesta, el capitán Ulises retomó la palabra—: Hacíamos la ruta Málaga-La Habana y, en uno de esos viajes, tu abuelo se enamoró de una encantadora mulatita que resultó ser hija del penitenciario de la Catedral. Hasta aquí no hubiera habido grandes problemas, pero resultó que la mulatita era la amante del Rey del Azúcar —Pablo, pasmado por aquella historia que tenía algunos puntos de contacto con lo poco que él conocía, permaneció en silencio y el capitán Ulises le preguntó—: ¿Y

tampoco te contaron que el Rey del Azúcar acabó cortándole a tu abuelo lo que tenía entre las piernas?

—¡No!

—¡Sí amiguito, sí! Le cortó los huevos —dijo soltando una sonora carcajada.

—¡Eso es mentira! ¡Usted no es el contraamaestre Matías!

—Por supuesto que no. Me llamo Ulises. Nunca te dije que me llamara Matías.

Pablo se puso en pie y anduvo nervioso por la habitación. Otra vez se hallaba sumergido en un mar de dudas y suposiciones.

—Quizá hubo dos capitanes llamados Pedro Salcedo —Le dijo el capitán Ulises para tranquilizarlo.

—¿Usted cree?

Tenía un lío monumental en la cabeza. Un puzle de nombres y situaciones difíciles de encajar. Se acercó al ventanal. Había anochecido. En el firmamento brillaban un sinnúmero de estrellas dominadas por la Polar. Era aquella una extraña Nochebuena. El silencio y la falta de viento parecían haber inmovilizado todo. ¿Estaría la locura poniendo sus huevos en aquella habitación de la Escuela de Náutica por donde pasaron tantos marinos?

El capitán Ulises golpeó suavemente el suelo con su pata de palo para llamar la atención y cuando Pablo se volvió a mirarle le preguntó:

—¿No crees posible que tu abuelo haya tenido dos vidas?

—Eso es imposible.

—¿Lo creerías si te lo dijera tu maestro don Leonardo Durán?

Pablo se quedó perplejo. ¿Cómo sabía el capitán Ulises el nombre de su maestro de pintura si nunca le había hablado de él? Sin darse cuenta entró otra vez en el laberinto de los recuerdos. ¿Vivió dos vidas su abuelo? ¿Existieron dos capitanes llamados Pedro Salcedo y dos barcos con el nombre de *Buenaventura*? Esperaba que en estos días de conversación con el capitán Ulises pudiera, al menos, poner en claro la vida de un capitán Salcedo que mandaba un barco llamado *Buenaventura*.

Para sacarlo de sus elucubraciones, el capitán Ulises volvió a golpear en el suelo con la pata de palo.

–¿Oyes como suena? Debe de estar llena de carcoma. Hace ya días que comienzo a sentir las subir por el muslo y se me meten por el estómago – Hizo una mueca de angustia y le pidió a Pablo:– ¿Te importaría traerme un vaso de agua?

Cuando volvió con el vaso de agua, el capitán Ulises estaba muerto. La cabeza caída sobre el hombro, los ojos espantados mirando sin ver y, por la boca medio abierta, comenzaba a salir una procesión de carcomas. La pipa en el suelo todavía humeaba impregnando la estancia de un olor aromático y dulzón. Pablo recogió la cachimba, cubrió el cuerpo del capitán Ulises con una sábana y salió de la habitación casi de puntillas pensando que con el capitán Ulises moría también un capitán llamado Pedro Salcedo.

Afuera, había comenzado a soplar el viento. Un viento que le empujaba de nuevo a buscar la historia del abuelo y de su querida Virgen.

Se encerró en su habitación dispuesto a pasar la última noche en aquel inmenso caserón. No podía conciliar el sueño y se puso a ojear un ejemplar del diario de Cádiz. En un recuadro, en página impar encontró un anuncio. El Museo del Prado convocaba plazas para restauradores. No lo pensó dos veces y a la mañana siguiente tomó un tren con destino a Madrid.

Durante tres días se prolongaron las oposiciones para Restaurador Jefe del Museo del Prado: una mañana destinada a las pruebas orales sobre Historia de la Pintura, la tarde dedicada a la presentación de la obra de cada opositor, y dos días para los ejercicios prácticos de restauración sobre tela y madera.

De los seis opositores, dos se presentaban muy recomendados por personajes allegados al gobierno de don Niceto Alcalá Zamora. Otros tres

eran pintores de reconocido prestigio en Madrid y el sexto, huérfano de fama y afectos, llegaba al examen con una mano delante y otra detrás. Formaban el tribunal los pintores Romero de Torres y Benjamín Palencia y el Rector de la Universidad Central de Madrid, don Claudio Sánchez Albornoz. Por extraño que pudiera parecer en un país de eternos recomendados, esta vez, pese a las presiones, el tribunal actuó con inusitada rectitud y no tuvo que deliberar mucho para concederle la plaza al desconocido sin fama y sin padrinos. No solo dominaba la Historia de la Pintura hasta en los más mínimos detalles y podía reconocer a primera vista el origen y el autor de cualquier cuadro, sino que, además, trabajaba con enorme facilidad todos los materiales y reparaba con absoluta fidelidad las heridas de cualquier tabla o lienzo. Se llamaba Pablo Salcedo. Acababa de cumplir veinticuatro años y dejó tan maravillado al tribunal que, don Claudio, movido por la curiosidad, no pudo evitar preguntarle:

–¿Qué maestros ha tenido usted?

–Solo uno. El Gran Leonardo.

Los miembros del tribunal se miraron sin acertar a comprender, y cuando Pablo se hubo retirado, don Julio Romero de Torres sentenció:

–Este tío es un guasón. ¡Nada menos que Leonardo! Tiene gracia.

–Sea quien sea, no cabe duda de que ha tenido un buen maestro –apostilló don Benjamín.

–¿Sabían ustedes que Leonardo es uno de los nombres del demonio? –preguntó el Rector.

Los dos pintores se miraron en silencio y la palabra demonio se apagó rebotando en la mullida alfombra, mientras Romero de Torres, hombre de acendrada religiosidad, apretaba en un puño la mano derecha para evitar santiguarse ante sus compañeros de tribunal.

Apenas quedaba luz en el despacho. Afuera estaba anocheciendo y comenzaban a encenderse los últimos faroles de gas que, como tristes luciérnagas, todavía alumbraban el viejo Madrid republicano cubierto por una tenue neblina invernal. Los tres miembros del tribunal firmaron las

actas del examen. Luego, Bernardo, el Conserje Mayor del Museo, les ayudó a ponerse abrigo, bufanda y sombrero y se despidieron deseándose felices navidades.

Bernardo acabó de ordenar el despacho del director, apagó las luces y, como todos los días, hizo el recorrido de costumbre para asegurarse de que los guardas de noche permanecían en sus puestos y todo estaba en orden. Dio la vuelta a la llave del portón principal y, tras dar las buenas noches a la estatua de Velázquez y a los guardias municipales que vigilaban en el exterior, se dirigió hacia la taberna donde estaba citado con Pablo. Andaba orgulloso de ser el guardián de la más extraordinaria colección de pintura de todo el mundo; porque, aunque oficialmente se consideraba al Prado en tercer lugar, después de El Louvre y L'Hermitage, él sabía a ciencia cierta que, si afloraran a la luz todas las obras guardadas en los sótanos, sería la primera pinacoteca del mundo. Pero es que, además, existía un segundo sótano del que solo conocían su existencia, el último Director, recientemente fallecido, y el Conserje Mayor. Un sótano de ingrata memoria que por las especiales características de las obras que allí se guardaban, era un asunto muy delicado y no se atrevía a comentarlo con el nuevo Director al que, de acuerdo con el protocolo, debería comunicarlo. Además, le ponía tremendamente nervioso pensar en ello por los sucesos que últimamente ocurrieron y que fueron la causa de la muerte del anterior Director.

Pablo le estaba esperando junto al mostrador.

–¡Bravo muchacho! ¡Lo has conseguido! Ahora hay que celebrarlo.

Brindaron y apuraron los vasos de un solo trago.

–¡Si supieras lo que esto significa para mí!

–Un trabajo importante muy bien remunerado.

–No, no es eso. Es algo más importante.

–¿Y qué puede ser?

–Busco un cuadro.

–Pues con todos los que hay aquí seguro que lo encontrarás. ¿Pero a santo de qué tienes tanto interés?

–Es que estoy enamorado.

–¿Enamorado de un cuadro?

–No. Enamorado de una Virgen.

–Tú estás loco. ¿Seguro que es una Virgen? Anda, bebe.

Pablo rehusó el vaso de vino y pidió uno de ron. Lo saboreó paseando la lengua varias veces por el paladar y los labios, como le enseñara su abuela, y le explicó al conserje:

–En realidad no estoy muy seguro de que fuera una Virgen. Al principio así lo creía, pero más tarde me llegaron voces contándome una desagradable historia.

Bernardo dejó el vaso de vino sobre el mostrador de zinc y le miró a los ojos incrédulos. Pablo volvió a paladear el ron y añadió:

–El cuadro lo tuve hasta los quince años al pie de mi cama y todas las noches, mi madre, antes de dormirme, me decía: «*Procura tener siempre junto a ti una mujer como ella*». A partir de entonces me enamoré.

–¿Quieres tomarme el pelo? ¿Tú oyes voces y te enamoras de una Virgen? En la vida he oído nada tan absurdo.

–Aún hay más. El cuadro tiene vida propia.

–¿Pero qué locuras dices?

–Sí. Por la noche los ojos se le iluminaban y más de una vez la vi sonreír.

–Eso es imposible. ¿Buscas un cuadro o buscas una mujer?

Pablo no supo qué responder. Esa misma pregunta se la había hecho él muchas veces. Olisqueó los aromas del vaso de ron para avivar los recuerdos de la casa de la Málaga y contestó:

–Creo que busco las dos cosas.

Los parroquianos hablaban a voces. Olía a fritura de calamares y el humo difuminaba los contornos de los frascos de cristal que se alineaban en los anaqueles. Pablo se acercó hasta casi tropezar con la nariz del viejo conserje.

–Mírame a los ojos. Fíjate bien.

Bernardo se quitó las gafas de miope para poder ver bien de cerca y observó con curiosidad. En la pupila del ojo derecho de Pablo se apreciaba perfectamente dibujada, como una miniatura pintada sobre una esmeralda, una Virgen en medio de un paisaje en llamas. No pudo evitar un gesto de contrariedad y apartó la vista de los ojos de Pablo.

–¡No! ¡No es posible!

Le mudó el color de la piel tornándose cerúlea. Intentó aspirar aire por la nariz pero no pudo y respiró con la boca abierta como si se ahogara.

–¿Qué te ocurre?

–Nada. Nada. Debería llevar siempre encima el nebulizador –se sonó fuerte y en cuanto recuperó el resuello explicó:– Me sucede cuando me pongo nervioso.

–¿Te ha puesto nervioso lo que has visto?

Bernardo guardó silencio como si no quisiera seguir la conversación. Apuró el vaso de vino. Estuvo un buen rato dándole vueltas a la gorra entre las manos y, al fin, respondió:

–Bueno... Sí. Me trae malos recuerdos.

–Entonces... ¿Reconoces el cuadro?

–Por supuesto. Estuvo en el segundo sótano. En la cripta de los prohibidos.

Pablo recordó las palabras de la anciana monja del convento de las contemplativas de Toledo: *«El Cardenal Primado mandó retirar el cuadro. La Comisión de los Prohibidos lo había declarado herético»*.

Por fin, después de más de diez años de busca infructuosa, le llegaba la primera noticia cierta del cuadro que le obsesionaba desde su infancia. Notó que se le aceleraba el pulso, y le urgió a Bernardo:

–Tienes que llevarme allí.

–No puede ser. La cripta de los prohibidos ya no existe.

–¡Pero el cuadro estará en alguna parte!

Bernardo guardó silencio. Otra vez sintió dificultades para respirar y

echó mano del pañuelo para aliviarse. Se le notaba un ligero temblor en las manos y unas gotas de sudor aparecieron en su frente. Pero Pablo no le dio tregua e insistió:

–¿A qué viene tanto misterio?

–Perdona Pablo, pero es mejor no hablar de eso.

–¿No confías en mí?

–Juré mantenerlo en secreto. Es una historia muy penosa para mí y además podría costarme el puesto.

–Conmigo puedes tener total confianza. Soy el nuevo conservador del museo.

–Por favor, no insistas.

–Pero Bernardo, esto no tiene ningún sentido.

–Dejémoslo Pablo. Te repito que me trae muy malos recuerdos y me pone muy nervioso. Si acaso, más adelante...

–Está bien. Lo dejamos. ¿Te apetece que cenemos?

Entraron en el pequeño comedor del fondo alejado del ruido del bar y, poco a poco, entre bocado y bocado de un excelente cordero regado con vino de la casa, Bernardo fue recuperando la calma. Para el café, ya se reía con las bromas de Pablo y, envueltos en el humo de los cigarros, el Conserje Mayor decidió desvelarle la historia de la cripta de los prohibidos, pensando que ya que el nuevo Director no le merecía confianza, alguien debería conocer lo que allí se ocultaba. Pidió una generosa copa de coñac y preguntó a Pablo:

–¿Oíste hablar alguna vez de la técnica de la doble pintura?

–¿La doble pintura? Algo oí comentar a una monja de Toledo.

–Son cuadros que vistos en condiciones normales no presentan ninguna anomalía. Pero si se iluminan por detrás con una luz de acetileno, la figura del cuadro aparece desnuda.

–¡Qué curioso! Es raro que mi maestro don Leonardo Durán no me explicara esa técnica.

–No me extraña. Es uno de los secretos mejor guardados. La primera

noticia se tuvo al observar por casualidad con la lámpara de acetileno el retrato del Rey Fernando VII. ¡Goya lo había pintado desnudo!

–¿Pero qué estás diciendo?

–Nadie lo habría dicho, pero cuando se iluminó con aquella luz desaparecieron las vestiduras y quedó *in puribus*. Imagínate el escándalo.

–¿Y se conoce la técnica que empleó y el tipo de pintura?

–Nadie ha podido descubrir el misterio –Paladeó un sorbo de coñac y añadió–: Pero yo tengo una teoría.

–¿Una teoría?

–Bueno...En realidad no es una teoría.

–¿Y qué es?

–Una declaración original de Goya durante el proceso al que fue sometido por la Inquisición.

Pablo no daba crédito a lo que oía. Le comía la curiosidad y Bernardo le explicó:

–Yo tuve ocasión de leerla antes de que fuera quemado el legajo de su proceso que, hasta hace poco, se conservaba en los archivos del museo.

–¿Pero cómo es posible que se quemara esa documentación?

–La censura, amigo mío. Ese ángel exterminador al que tan aficionados son algunos españoles.

–¿Y recuerdas lo que leíste?

–Más o menos. Tú conoces la afición de Goya por la brujería de la que ha dejado constancia en algunas de sus obras. Pues parece que asistió a una misa negra en Zumarramundi y de aquellos siniestros rituales se trajo la idea.

–¿Qué idea? Vamos. Suéltalo de una vez.

–La idea que, mezclando los extractos de color básico de minerales y vegetales con aceite de los Santos Óleos y añadiéndole bálsamo de copey y raíz de guacalote, lograba una pintura invisible que solo se ve a la luz del acetileno. Pintaba primero el personaje desnudo con este tipo de pintura y a continuación lo vestía empleando pinturas normales que eran las que se apreciaban a simple vista.

Pablo recordó las veladuras que, como decía su padre, ocultaban las trenzas de la Virgen del cuadro y todavía aumentó más el interés por el relato de Bernardo. Lo que Pablo no sabía era que aquellas mismas sustancias, el copey y el guacalote, eran las que protegían el cuadro de la Virgen y que, según el forense, fueron la causa de la muerte de sus tías Pasión y Sacramento.

Bernardo se sirvió otra generosa copa de coñac y continuó.

—Hace aproximadamente nueve años, a raíz del descubrimiento del cuadro de Goya, Primo de Ribera creó la Comisión de los Prohibidos y ordenó que se localizasen todas aquellas pinturas realizadas con aquella técnica y se pusieran a buen recaudo en Madrid para evitar posibles escándalos. En total se recogieron nueve. Cuatro en el propio Museo del Prado, dos en Sevilla, dos en el Monasterio de San Lorenzo de Escorial y una en el Convento de las Contemplativas de Toledo.

Toledo. Pablo no pudo evitar una sonrisa. De nuevo volvía a recuperar la pista del cuadro y enseguida ató cabos. Recordó al sacerdote pasionista tan devoto de la Virgen y el sueño que tuvo en el asilo cuando le recogieron medio ahogado en una playa de Cádiz y vio reflejada la imagen en el filamento de la bombilla. Sin duda aquel buen hombre había salvado el cuadro llevándolo a Toledo.

—¿Dónde están ahora los cuadros?

—Hace apenas dos años, antes de finalizar la Dictadura de Primo de Ribera, se dio orden al Director del Museo para que los hiciera desaparecer.

—¡Qué barbaridad! ¿Supongo que no se destruirían?

—No. No. Tranquilízate. Los cuadros se colocaron en una caja de madera forrada de zinc, como los ataúdes, y fue enterrada en uno de los sótanos.

Pablo respiró aliviado.

—¿Cuándo podremos bajar?

El conserjeapuró la copa de coñac y mirando fijamente a los ojos de Pablo, le advirtió:

—Yo no pienso bajar. Y no me hagas más preguntas. Guardo muy malos

recuerdos de todo aquello. Pero te confieso que me he quitado un gran peso de encima. Ahora sé que tú velarás por los cuadros.

–Pero ¿por qué guardas malos recuerdos?

–No insistas. Otro día hablamos de eso.

Al salir de la taberna había cesado de llover y las calles, convertidas en espejos de agua, reflejaban las luces mortecinas de las farolas de gas y las luces eléctricas que comenzaban a alegrar las noches de Madrid.

Antes de ocupar el puesto de Conserje Mayor del Museo, Bernardo fue un famoso abogado, respetable padre de familia y gran coleccionista de pintura. Al llegar a los cincuenta, cambió su vida. Se vio involucrado en el asesinato de un crupier del Casino de Madrid, del que decían era su amante, y perdió todo cuanto tenía: familia, clientela y su magnífica colección de cuadros. De todo aquel naufragio económico-sentimental solo logró salvar la antigua casa de sus padres en la calle Lista. Meses más tarde, gracias a un grupo de amigos relacionados con el mundo de la pintura, logró la plaza de Conserje Mayor del Museo del Prado. Su vida fue estabilizándose poco a poco hasta que, tres años más tarde, ocurrió la trágica historia del enterramiento de los prohibidos que trajo aparejada una serie de desgracias inexplicables que marcaron para siempre la vida de Bernardo.

Aquella noche, después de la opípara cena, del coñac y de la conversación, Bernardo se acostó preocupado. Desde que vio la imagen de la Virgen reflejada en la pupila de Pablo, resucitaron los malos recuerdos. Daba vueltas en la cama esperando la llegada del sueño mientras se reproducía en su mente el aciago día en que él y sus ayudantes, siguiendo las órdenes del Director, procedían a embalar aquellos cuadros prohibidos que tantos problemas habían originado. Entre bromas y comentarios soeces, provistos de una luz de acetileno, los miraban al trasluz y se reían viendo la ridícula desnudez de los hombres poderosos y las carnes sonrosadas que se ocultaban bajo los severos ropajes de las mujeres. Pero al observar

aquella hermosa Virgen, de facciones dulces y tez del color de las avellanas recién tostadas, los comentarios y las risas se cortaron de raíz. En vez del desnudo de mujer apareció la figura del macho cabrío dotada de una estremecedora fosforescencia. Inconscientemente, Bernardo se santiguó. Los otros cuatro operarios, una vez repuestos de la impresión, se burlaron de él llamándole viejo beato y siguieron haciendo bromas sobre la virgen mulata que escondía un cuerpo de demonio. No es que el Conserje Mayor fuese un hombre religioso, pero el haber nacido en el seno de una familia conservadora le hacía sentir respeto por las cosas religiosas.

Colocaron los cuadros en una caja de madera y, tras excavar un enorme hoyo, enterraron la caja. Finalizado el enterramiento de las pinturas y tras la promesa de mantenerlo en secreto, el Director del Museo les entregó un billete de 5.000 pesetas a cada uno y nada mejor para celebrarlo que tomando unos vinos. Allí recuperó Bernardo su buen humor, y acabó, junto a sus compañeros, cenando en la Cava Baja y viendo amanecer en el Campo del Moro con la mirada turbia de los borrachos de Velásquez, un cielo teñido de púrpura y violeta.

En el plazo de una semana murieron misteriosamente los cuatro compañeros. Uno se ahorcó en el sótano, cerca del lugar donde enterraron los lienzos. Otro fue apuñalado en un garito de la calle de Cuchilleros. Los otros dos murieron envenenados por una extraña sustancia que los médicos no acertaron a diagnosticar. Para colmo, al cabo de un mes, el Director del Museo apareció ahorcado en la sala de los Goya. Bernardo solicitó la excedencia y durante algún tiempo vivió obsesionado pensando en que le llegara a él la maldición. Recordaba que en uno de los pies del macho cabrío aparecía la firma de Leonardo Duranelli y, cuando quiso saber quién era, ninguno de los expertos del museo pudo darle razón de aquel nombre. Recurrió incluso al Maestro del Gran Oriente Español, profesor de Historia del Arte en la Universidad, y la respuesta aumentó todavía más sus temores.

—Olvide ese nombre. Conocerlo no le traería nada bueno.

Al observar aquella noche en la pupila de Pablo la imagen del cuadro,

sintió, pese a su condición agnóstica, un enorme terror a encontrarse de nuevo ante el lienzo y tuvo el palpito de que podrían volver a repetirse las desgracias. Al fin, cansado de navegar entre aquel piélago de horribles recuerdos, le llegó el sueño.

Pablo, para conciliar el sueño, encendió la linterna mágica de la memoria, pero como ya le ocurrió en la Escuela de Náutica, cada vez le costaba más recordar su infancia que parecía envuelta en jirones de niebla, como los que acompañaron a él y a la doncella cuando abandonaron la casona de Málaga. Había comenzado de nuevo a llover y el agua llenaba de lagunas su memoria, comida por las hormigas. Afortunadamente, conservaba su preciado cuaderno de pintura, el cuaderno de bitácora, donde aparecían perfectamente dibujados la casa de Málaga y los personajes de su familia; pero por mucho que se esforzara apenas guardaba memoria de lo que ocurría entre ellos. Solo tenía un recuerdo nítido de todo cuanto giraba alrededor del cuadro de la doncella, y de la última noche en que, de su mano, descendió por la lóbrega escalera donde le esperaba Caronte para cruzar con su barca la laguna Estigia. Soplaba un ligero viento cuaresmal y el verde rizado de las aguas ocultaba la negrura misteriosa de las profundidades. Al fondo se divisaba la otra orilla coronada de nubes y poblada de frondosos abedules junto a los que revoloteaban Ángeles, Tronos y Dominaciones. Caronte remaba cada vez con más fuerza. La doncella se puso a cantar *Muerte de Amor* y Pablo notó una extraña frialdad en sus manos. Al mirarla, vio asombrado que sus ojos habían perdido la transparencia. La barca se acercaba inexorablemente a la orilla y la música de *Tristán e Isolda* se fundía con el *Réquiem de Mozart* que cantaba el coro de ángeles. Pablo sintió miedo. Se acordó de su madre y la llamó desde el fondo de su corazón. De pronto, aparecieron dos hermosas sirenas y tomándolo en brazos lo llevaron hasta las arenas de la playa de Cádiz.

Se despertó agitado por el sueño, bebió un vaso de agua y se volvió a dormir.

La nueva vida de Pablo en Madrid transcurría entre su trabajo en el Museo del Prado y la casa de Bernardo. Admiraba a aquel hombre que, por su amor a la pintura, supo resurgir de sus desgracias para emprender una nueva vida. Ahora, gracias a él, conocía el lugar donde se encontraba el cuadro que tantos años llevaba buscando. Solo faltaba localizar el punto exacto del enterramiento, pero no quería atosigarle conociendo los malos recuerdos que guardaba de aquella siniestra aventura.

Se sentía feliz dirigiendo al equipo de conservadores y restauradores de la primera pinacoteca del país y tenía siempre en mente a su maestro don Leonardo Durán del que tantas enseñanzas había recibido.

–Todo esto son trucos, querido Pablo, pero es muy importante conocerlos, pues quien sabe el truco, conoce la trampa y te será muy útil para andar por el mundo que está plagado de ellas.

Lo que más le complacía era su trabajo, ocuparse con cariño de la buena salud de los cuadros. Su trabajo era una cirugía de restauración: limpiaba la pátina del tiempo, reparaba las cicatrices que los años dejaban en las telas y llenaba de color los desconchados cubriéndolos con barnices conservadores.

En la mesa de trabajo de Pablo sonó el teléfono. Era el Director de la pinacoteca.

–Mañana vendrá el Ministro de Bellas Artes acompañando al nuevo Embajador inglés para visitar el museo. Me gustaría que usted oficiara de cicerone.

A las once, con puntualidad diplomática, llegaron los coches oficiales. En uno, el Ministro acompañado del Embajador y del agregado cultural. En el otro, la esposa del Embajador y la señora del Ministro; dos damas elegantísimas de pamelas y tules envueltas en la fragancia de un singular perfume que le trajo a Pablo un vago recuerdo de su infancia. Una hablaba el típico inglés dulce y cantarín, trufado de dengues y medias sonrisas, propio de la buena sociedad londinense. La otra se expresaba también en inglés, pero por el acento y sobre todo por su estampa de modelo de Julio Romero de Torres, no podía ocultar su origen andaluz.

Tras las presentaciones de rigor, iniciaron la visita por las salas de la escuela flamenca. El Embajador se declaró ferviente admirador de Rubens, y a Pablo le faltó tiempo para contar varias anécdotas del holandés cuando vino a Madrid y, en compañía de Velázquez, recorría tabernas y figones haciéndose cruces de lo sabrosa que estaba la casquería regada con un Valdepeñas. Mientras contemplaban la mórbida apoteosis de las carnes rubenianas entre el marfil y el rosa, el Director del museo quiso hacer un cumplido a las señoras y preguntó con un guiño de complicidad:

—¿No cree usted señor Ministro que la belleza y la elegancia de la mujer de hoy son superiores a las que nos muestra el maestro holandés?

Antes de que pudiera responder el Ministro, el Embajador contestó con una sonrisa:

—Ese es un piropo muy bonito para nuestras esposas, ¿verdad Ministro?

Todos rieron la frase del Embajador y, poco a poco, fue relajándose el protocolo mientras los cuerpos estilizados de las dos mujeres, envueltos en la elegancia de sus trajes de generoso escote, insinuaban a Pablo la visión placentera de sus desnudos como le había contado Bernardo que ocurría con los cuadros de doble pintura vistos al contraluz de la lámpara de acetileno.

Al llegar a las salas de la escuela italiana, las damas mostraron enorme interés ante la dulzura de los lienzos de Boticelli y Caravaggio, y Pablo, que comenzaba a sentir una desmesurada atracción por ellas, les explicó:

—Esta es una pintura gozosa que muestra el esplendor de los cuerpos liberados por el espíritu del Renacimiento. Afloran los sentimientos sin las barreras del sentido de culpa y apenas queda un dulce recato en la actitud de las damas que —añadió Pablo sonriente—, al igual que sucede con ustedes, da encanto y atractivo a lo femenino.

Las dos mujeres le devolvieron la sonrisa y, entre cuchicheos, siguieron contemplando la espléndida pintura italiana tan llena de escenas galantes, de las que, sin duda, les hubiera gustado ser protagonistas, como aquel de Lucrecia Borgia en su corte de Ferrara oyendo los versos de Pietro Bembo.

Los goyas despertaron el interés de todos. La obra y el personaje dieron pie a Pablo para una amena e interesante explicación que mantuvo a los visitantes boquiabiertos. Luego, ellas secretaron entre sonrisas ante el cuadro de *La Maja Desnuda*, mientras los hombres miraban a la duquesa de Alba fingiendo cierta frialdad académica. Antes de abandonar la sala, el Embajador preguntó:

—¿No se conserva aquí ningún cuadro con la técnica de la doble pintura?

—Nunca oí hablar de eso —respondió el Ministro—. ¿De qué se trata?

Todos pusieron cara de extrañeza y el inglés aclaró:

—Parece que fue una técnica ideada por Goya. Según me explicó el conservador del British Museum, existen en España algunos lienzos que vistos al trasluz...

Pablo intervino con estudiada suficiencia y zanjó el asunto.

—Lo siento señor Embajador, pero esa es una leyenda completamente falsa. La propagó Sir Percival Cook, un crítico inglés que mantuvo una fuerte controversia con Goya durante cierto tiempo.

No le interesaba que saliera a la luz toda aquella historia y desvió la conversación brindándose a pintar un retrato de las señoras.

—¡Bravo! Es una excelente idea —exclamó el director del Museo—. Titularemos el cuadro *España e Inglaterra. Las dos amigas*.

Entre comentarios frívolos y bienhumorados siguieron recorriendo las diversas salas y, finalmente, el grupo se dividió en dos; uno formado solo por hombres y otro por las dos mujeres y Pablo, cada vez más entusiasmado, no solo por el perfume y el roce de las dos damas que, con toda sutileza tejían a su alrededor una red de deseos, sino por el enorme parecido que guardaban con las sirenas que lo sacaron de la barca de Caronte y le llevaron hasta las playas de Cádiz.

En un ángulo discreto, entre sala y sala, lo invitaron a entrar con ellas en el servicio de señoras y, acosándolo con cariño, lo embriagaron murmurando palabras de amor. La primera reacción de Pablo fue de sorpresa. ¡Nada menos que las señoras del Ministro y del Embajador! Se asustó. El

escándalo podría costarle el puesto. Hizo un gran esfuerzo para mantener las manos quietas, pero tampoco podía oponer resistencia a aquellas benditas mujeres que, entre jadeos, arrebatadas por el deseo, lo poseyeron en una dulce felación compartida.

«Y manó leche y miel hasta que las mujeres de Israel quedaron saciadas con gran contento de los filisteos». Salomón – Libro de la Sabiduría.

El éxtasis glorioso apenas duró unos minutos. Mientras, la imagen de la Virgen del cuadro aparecía por primera vez desnuda ante sus ojos. Al finalizar, la esposa del Ministro le susurró con el último acezo:

–Lo que estás buscando lo encontrarás bajo la cúpula principal. Y, no lo olvides, procura tener siempre junto a ti una mujer como ella.

Al oír aquellas palabras, el rostro de su madre se le apareció como un fagonazo.

–Gracias por el consejo –susurró Pablo, y añadió–: Mi propuesta para pintarlas a ustedes sigue en pie.

–Por supuesto. Hasta que encuentres lo que buscas no te vamos a abandonar. Solo queremos tu felicidad.

Se quitó sus bragas negras de encaje humedecidas por el placer y, metiéndoselas en el bolsillo interior de la chaqueta, le susurró:

–Este es el amuleto para que no nos olvides.

La esposa del Embajador permanecía arrodillada a su lado como una samaritana y acariciándole el miembro menguante recitó el salmo de Isaías: *«Ararás nuestros campos y plantarás en ellos tu semilla. Seas siempre bendito y alabado, por los siglos de los siglos».*

–Amén –contestó la esposa del Ministro.

Luego, embellecidas por el sofoco, mientras le abrochaban los pantalones a cuatro manos como en una tocata y fuga mozartiana, le dijeron sonriendo:

–Sabemos que eres un ángel y siempre te tendremos presente en nuestras oraciones. Esperamos que no nos defraudes.

Cuando los tres alcanzaron al resto del grupo, el Ministro y el Embajador

contemplaban llenos de morbosa curiosidad *Las Fornicaciones* de El Bosco, y el Director del Museo comentó con una sonrisa estúpida:

–Estas cosas no son aptas para las señoras.

Ellas no se dignaron contestar. Tenían todavía la boca llena del espíritu de Pablo y aprovecharon para retocarse el maquillaje mirándose en el espejo de la polvera. No les hacía falta colorete para las mejillas arreboladas por la pasión; apenas un poco de *rouge* en los labios para disimular las huellas de los besos tanto tiempo deseados.

Aquella misma tarde, a Pablo le faltó tiempo para bajar al segundo sótano. Había tomado un plano del archivo a fin de orientarse. Midió la distancia entre los pilares principales y los muros de sustentación y, tal como le había anunciado la señora del Ministro, localizó el centro geométrico situado debajo del vestíbulo principal que cubría la cúpula acristalada. Retiró con la pala un montón de escombros. Dio con unos ladrillos que sonaron a hueco y arremetió con el pico haciéndolos añicos. Removió la tierra sin descanso durante largo rato y, al fin, bañado en sudor, descubrió la caja donde se guardaron los cuadros prohibidos.

Agotado por el esfuerzo se sentó en el suelo. Sintió un mareo y la inmensidad del sótano comenzó a dar vueltas a su alrededor. Tuvo la sensación de haberse convertido en un derviche y aquel girar enloquecido fue borrando cuanto alcanzaba su vista hasta quedar sumergido en un mar de niebla. De pronto, destelló un relámpago, desapareció la niebla y se encontró en su antigua habitación de la casa de Málaga. La cama, la barrica de ron, la cómoda de palorrosa, el baúl de los juguetes y el escritorio de lapislázuli estaban cubiertos por sábanas blancas, como fantasmas inmóviles, esperando su regreso. Todo se hallaba en penumbra; apenas la luz que se filtraba por el lucernario manchaba de tenues colores la blancura de los sudarios que, lentamente, fueron deslizándose hasta el suelo. Con un chirriar de óxido se abrió la puerta de la habitación y, envuelta en un aura de luz, apareció la abuela Adelaida. Estaba espléndida. Había abandonado la silla de ruedas y andaba erguida con toda su elegancia,

cogida del brazo del contraamaestre Matías enfundado en un viejo uniforme del capitán Salcedo. Les seguían las tías Pasión y Sacramento, vestidas de tules blancos, con el pelo en tirabuzones a la moda francesa y sonreían como nunca lo hicieron en vida. Venían todos a su encuentro, pero por mucho que andaban nunca acababan de llegar. Pablo, atenazado en el suelo por una fuerza superior, no podía moverse, y les llamaba, lleno de gozo, para que se acercaran. Mas todo era inútil, pues en vez de acortarse la distancia que les separaba, se hacía cada vez más y más grande como si las mirase a través de unos prismáticos puestos al revés. Al fin, desesperado, vio cómo eran engullidos por la puerta del fondo, una puerta muy parecida a la del cuadro de *Las Meninas* de Velázquez que acabó cerrándose en un portazo seco dejándole a oscuras. Hundió la cabeza entre las manos para llorar, y cuando abrió los ojos... ¡Oh, milagro! Allí estaba la Virgen del cuadro flotando en el aire. ¡Habían transcurrido tantos años...! Lo miraba con aquellos ojos enigmáticos, azabachados y rasgados que parecían tener vida propia, y sus labios, sensuales y afrutados, le sonreían. Pero Pablo seguía sin poder moverse y, arrodillado, le tendía las manos pidiéndole que se acercara.

–¡Ven! ¡Ven! No me dejes.

Apareció Bernardo y quedó pasmado ante la actitud de Pablo.

–¿Qué te ocurre? ¿Con quién hablas?

–Está ahí. ¿No la ves?

Le tomó por los hombros y le zarandeó varias veces para que volviera en sí.

–Vamos Pablo, deja ya de soñar y levántate. Aquí no hay nadie.

Quedó por un momento obnubilado, sin habla, con los ojos en blanco, hasta que fue saliendo de aquel extraño sueño y volvió a la realidad.

–La he encontrado –balbuceó.

Al ver la caja que sobresalía entre los escombros, Bernardo se asustó. De nuevo se veía envuelto en la aventura de Pablo, que era la prolongación de su desagradable peripecia.

Empuñaron las palas y fueron retirando la tierra de su alrededor hasta que lograron desenterrarla. Abrieron la tapa de madera y quedó al descubierto el envase de zinc. Con ayuda de unas tijeras de hojalatero cortaron la chapa de metal. Al primer corte se desprendió una fuerte vaharada áspera y picante que les obligó a retirarse. Bernardo tuvo la seguridad de que aquel olor azufrado delataba la presencia del demonio; pero esta vez había tomado sus precauciones y, antes de tener dificultades para respirar, se aplicó el nebulizador y, al momento, lo invadió una nube de bienestar. No en vano había mezclado con el medicamento unas gotas de agua bendita.

–¿No pusisteis los barnices de conservación? –Se extrañó Pablo.

–La verdad es que fue todo muy rápido.

Siguieron cortando el metal y dejaron al descubierto el contenido de la caja. Pese a los papeles con que se habían envuelto, los lienzos estaban medio pegados unos con otros. Pablo reconoció el cuadro de inmediato por el marco de caña de bambú. Logró separarlo a duras penas y lo llevó con gran cuidado al estudio de restauración. Le comía la curiosidad por observarlo al trasluz de la lámpara de acetileno para comprobar el prodigio de la doble imagen y ver el desnudo de su querida Virgen. Bernardo le seguía sin decir palabra preocupado por la reacción de Pablo cuando, en vez del desnudo, viera la figura horrible del Macho Cabrío. Volvió a sentir cierto malestar, una desazón que le erizaba el vello y tuvo que aplicarse otra vez el nebulizador.

Pablo sumergió el cuadro en aceite de linaza para que no sufriera ningún daño y, uno a uno, con sumo cuidado, fue retirando los papeles que lo protegían.

–¿Qué es esto? ¡No es posible!

La tela estaba completamente chamuscada y apenas se adivinaban unos someros trazos de la Virgen. En el semblante de Pablo se dibujó un rictus de tristeza. Había perdido lo que más amaba en el mundo; la mujer a la que con tanto ahínco su madre le encomendaba y bajo cuya mirada, en

compañía de la doncella, aprendió todas las maravillas del amor. Con la esperanza todavía de ver el desnudo, encendió la luz de acetileno y maldijo de rabia al no encontrar nada. Bernardo, sin embargo, respiró aliviado. La Virgen y el Macho Cabrío habían desaparecido juntos.

Pablo seguía observando el cuadro con detenimiento sin poder resignarse ante aquella pérdida. Volvió al sótano y comprobó asombrado que los otros cuadros, pese a las malas condiciones de conservación, se mantenían en perfecto estado. ¿Por qué solamente su cuadro había sufrido aquel deterioro? No pudo dejar de recordar a su maestro don Leonardo Durán. Seguro que él habría tenido la respuesta. Volvió a mirar y remirar el lienzo. No estaba dispuesto a dejarse vencer por el misterio y exclamó:

–Restauraré la tela como sea y recuperará todos sus encantos.

–No te empeñes. Está demasiado estropeada.

–No importa. Lo conseguiré.

Limpio meticulosamente el lienzo y aparecieron en tonos muy apagados, apenas visibles, el paisaje de palmeras y las figuras envueltas en llamas.

–Fíjate. Fíjate, en la parte inferior ya pueden apreciarse algunas figuras del purgatorio.

Con la meticulosidad y paciencia de un cirujano, ayudándose de disolventes, conservantes, pinceles y finísimas espátulas, trabajó sobre una pequeña superficie del cuadro y, de pronto:

–Mira. Mira. Este es mi abuelo.

–No digas tonterías. Creo que este asunto del cuadro te ha trastornado.

–Te lo juro Bernardo. Míralo con la lupa. Ese es mi abuelo, El capitán Pedro Salcedo.

–¿Y qué hacía ahí tu abuelo?

–Fue él quien trajo el cuadro desde Cuba.

Bernardo no podía borrar de su mente la figura macabra que vio al trasluz de la Virgen y sugirió a Pablo lo que él ya sabía, para que no se llevara una sorpresa desagradable:

–Es posible que ese cuadro llevara la semilla del maligno.

—¿Qué tonterías dices? No me digas que ahora los viejos republicanos creen en los demonios. Eso son patrañas.

—No Pablo. Tú dirás lo que quieras, pero en la historia de ese cuadro debió de haber algún hecho extraordinario. Te lo aseguro.

—¿Por qué lo dices con tanta seguridad?

—Por lo que se veía con la luz de acetileno.

—¿El desnudo?

—No. No era su desnudo. Era la figura terrible del Macho Cabrío. ¡El demonio! Y te juro que lo vi con mis propios ojos.

Pablo recordó las palabras de Matías: *«Esa Virgen del cuadro que tanto te ocupa y te preocupa, no es ninguna Virgen. Es una joven de origen antillano que murió violada y sodomizada por tu abuelo. Siento decirte que te has enamorado de un fantasma y el amor te ha hecho ver visiones»*.

—¿Sabes lo que te digo Bernardo? Que yo la pintaré y regresará.

—Ve con cuidado Pablo. No olvides que hay cosas que ,aunque no creas en ellas, existen.

Acabó de limpiar la tela por ambos lados con una mezcla de trementina y espíritu de vino, la dispuso sobre el caballete y, empujado por aquella fuerza especial que tanto sorprendía a su maestro, comenzó a pintar la imagen que durante años le acompañó a los pies de su cama. Cuando finalizó, se sentó para contemplarlo a placer, pero enseguida se dio cuenta de que aquel rostro había perdido toda la magia. Apagó las luces dejando la habitación en penumbra esperando ver el brillo de la mirada, pero los ojos permanecieron opacos. Tampoco sonreía ni movía la cabeza. Era como todos los cuadros, una figura estática, muerta, incapaz de mostrar un destello de vida. Pablo, decepcionado, se dejó caer en una silla sin apartar la vista del cuadro.

Bernardo se acercó a los ojos de Pablo y le miró las pupilas. Luego se puso las gafas, volvió a observar el cuadro y sentenció:

—Es exacta. Te ha salido perfecta.

—Sí. Es posible que su rostro sea una copia perfecta. Pero no es el original. A mí no me sirve para nada. Está muerta. He fracasado.

–No desesperes, amigo mío. Recuerda que nadie se hace hombre sin haber triunfado en sus fracasos.

–Gracias Bernardo. La frase es bonita pero no me consuela.

Bernardo admiraba la maestría y los conocimientos de Pablo y le subyugaba el misterio que envolvía la enigmática historia del lienzo endemoniado. Pero sobre todo, estaba enamorado del muchacho, aunque no se atrevía a planteárselo seriamente viendo la pasión que este sentía por lo femenino. Se conformaba con quererle, con admirarle en silencio. No era pequeño el sacrificio, pero merecía la pena. Pablo, por su parte, encontró en Bernardo, un fiel amigo y consejero que, con su enorme experiencia, le había guiado desde que apareció por Madrid tras un largo peregrinaje por iglesias y conventos en busca del cuadro de la Virgen.

Al contrario que Bernardo, conversador ameno y detallista que nunca se cansaba de hablar, Pablo hablaba poco, sintetizaba con facilidad cualquier explicación. Era incapaz de entrar en detalles, pero le encantaba escuchar, durante horas, las andanzas que conformaban la dilatada vida de su amigo. Hasta que un buen día, vencido por la curiosidad, Bernardo le comentó:

–¿Te das cuenta de que conoces todas las historias de mi vida y, sin embargo, yo de ti apenas sé nada?

Y era verdad. Solo sabía que vivió en Málaga, que abandonó su casa a los quince años de la mano de una doncella que le inició en el sexo. Que estuvo unos años en la Escuela de Náutica de Cádiz y que llevaba mucho tiempo buscando el cuadro. Pero aunque Pablo hubiera querido contarle más cosas le habría sido muy difícil, tenía grandes lagunas en su memoria; apenas recordaba algunas escenas inconexas de su infancia y no guardaba noticia de las vicisitudes por las que atravesaron las vidas de sus padres, de sus abuelos, de sus tías... Por eso, cuando Bernardo quiso conocer el carácter y las relaciones de los miembros de su familia, Pablo le explicó:

–Perdóname. No es que no quiera hablar, pero salvo algunos detalles concretos, me resulta imposible hacer un relato pormenorizado de lo que

fue mi infancia y adolescencia. Siempre quise conocer las aventuras de mi abuelo el Capitán y, salvo lo poco que me contó un marino medio loco en la Escuela de Náutica de Cádiz, nunca conseguí que nadie me hablara de él. Mis padres me querían mucho y me colmaban de regalos, pero estaban constantemente de viaje por no sé qué negocios. Prácticamente me crié con la abuela Adelaida que era encantadora y con mis tías Pasión y Sacramento, dos cuervos negros, que me adoraban. ¡Ah! Y Matías, el Contramaestre de mi abuelo. Pero el que más huella dejó en mí fue mi maestro de pintura don Leonardo Durán.

Durán, Duranelli, pensó Bernardo recordando que el cuadro de la Virgen que guardó en la caja de los prohibidos llevaba la firma de Leonardo Duranelli, pero no se atrevió a hacer ningún comentario.

Pablo le mostró, por primera vez, su cuaderno de bitácora, el cuaderno de dibujo de tapas de hule negro que milagrosamente conservaba después de tantas odiseas.

—Mira. Aquí puedes ver los retratos de mi familia y algunos rincones de la casa de Málaga.

Bernardo contempló con gran interés los magníficos dibujos.

—Es curioso el enorme parecido de tu madre con la señora del Ministro. Y tú eres clavado a tu padre, debió ser un buen mozo. Tu abuelo con el uniforme de capitán tampoco está mal, me recuerda un personaje de Julio Verne, el capitán Nemo. Y tu abuela, no digamos, además de guapa, debió de ser una mujer con mando en plaza. Tus tías me parecen sacadas de un dibujo de Regoyos. No cabe duda de que forman una buena galería de personajes para escribir una novela. ¿Por qué no te decides?

—Yo no soy escritor.

—Por cierto. ¿Dónde está el retrato de tu maestro del que tanto me hablas?

—Ocurrió algo muy extraño; las dos veces que le dibujé, se esfumó el dibujo del papel.

Bernardo se preguntaba qué habría ocurrido para que Pablo abandonara su casa. ¿Qué se ocultaba en el verdadero pasado de la familia Salcedo?

Además, ¿qué habría sido de aquella extraordinaria casa de Málaga? Pero sobre todo tuvo la certeza de que aquel curioso maestro de pintura llamado Leonardo Durán, que hizo de él un superdotado en el arte de la pintura, era el Leonardo Duranelli que firmara aquel diabólico cuadro de la virgen.

Todo el desasosiego de los primeros meses en busca del cuadro se había atenuado. Pablo andaba ahora centrado en sus trabajos de restauración del museo y, Bernardo, lleno de curiosidades, creyó llegado el momento de conocer las raíces de su amigo.

–No logro comprender cómo no se te ha ocurrido nunca volver a Málaga.

–Han pasado muchos años.

–Pero, según lo poco que me has contado, allí tenías tu casa y tu familia.

–Mis padres murieron ahogados. La abuela era muy mayor y las tías... Ya no quedará nada de ellas. El tiempo lo borra todo.

Parecía que Pablo no tuviera ningún interés en encontrarse con los fantasmas de su infancia. Pero Bernardo insistió:

–¿No sientes curiosidad por saber qué ha sido de todos ellos? Además, la casa en que vivías rodeada de un gran jardín tendrá un valor incalculable. ¿Por qué vas a dejar perder lo que es tuyo?

–No tengo papeles para reclamar nada. A mí lo único que me interesaba era el cuadro y ya viste cómo acabó todo. ¿Y sabes qué te digo? Que va siendo hora de que empiece también a olvidarme de la Virgen.

Bernardo no le creyó, pero no hizo ningún comentario y siguió dando vueltas en su cabeza a los interrogantes que envolvían la vida de su amigo.

Pablo descolgó el teléfono. Era el director de la pinacoteca.

–Amigo Salcedo. Me ha telefoneado el Ministro para recordarme su promesa de pintar a su señora y a la del Embajador inglés. No hace falta que le diga que puede disponer del tiempo que necesite.

No se lo pensó dos veces. Todavía colgaban en la pared de su habitación, como un exvoto, las bragas de encaje y seda, que le regaló la señora del Ministro mientras la mujer del Embajador recitaba el salmo de Isaías.

Al día siguiente, por la tarde, preparó sus bártulos de pintura y se

encaminó a la residencia del Ministro. Sentía la urgencia de ver de nuevo a aquellas dos benditas mujeres que tanto amor le demostraron, y pintarlas como dos vírgenes paganas. Estaba seguro de que a su maestro don Leonardo Durán le hubiera parecido una magnífica idea. Cuando se lo explicó a las dos señoras, se mostraron muy complacidas.

–Eres muy amable, pero hace tiempo que perdimos la virginidad.

–No importa. La virginidad se conserva siempre como una fantasía para no perder nunca el recuerdo de la primera vez. La emoción de lo primerizo: el primer amor, el primer beso, el primer contacto, son muy importantes.

–No lo pongo en duda –habló la señora del Ministro–, pero es difícil que las cosas salgan bien la primera vez. Aunque no cabe duda que el recuerdo más vivo, como tú dices, es el de ese momento. El del descubrimiento, diría yo.

Pablo, poniendo una pizca de picardía en la mirada, les preguntó mientras montaba el caballete:

–¿Ustedes recuerdan su primera vez?

–Para mí fue muy excitante –respondió la señora del Embajador inglés que, haciendo gala de su sentido del humor, contó una historia digna de Samuel Richarson, el autor de *Pamela o la virtud recompensada*.

La señora del Ministro no se quedó atrás. Encendió un *Abdulla* de boquilla dorada y recitó con mucha aplicación la poesía de Nicolás Fernández de Moratín titulada *El arte de las putas*.

El sentido del humor de aquellas encantadoras mujeres tenía la virtud de hacer que Pablo se encontrara feliz en su compañía. Y esta delicia, enriquecida por la imaginación de los tres, se iba convirtiendo en gozosa complicidad.

–Creo que estaremos más cómodos en el saloncito rosa –propuso la dueña de la casa.

Pablo recogió el caballete y la caja de pinturas y las siguió como un perrillo faldero hasta un acogedor salón de suelo alfombrado presidido por una chimenea encendida que lo hacía extremadamente confortable.

–Somos muy frioleras y nos gusta estar cerca del fuego –Le dijeron al unísono.

–Pero sin quemarnos –subrayó la inglesa.

Frente al fuego, un sofá de grandes dimensiones y dos sillones Chipendale tapizados en terciopelo rosa. En las paredes, cuadros franceses de Wateau con bellas señoritas columpiándose. En la radiogramola giraba un disco de Carlos Gardel y sobre una mesa auxiliar en un cubo de plata lleno de hielo asomaba una botella de Moët Chandon.

Pablo se sentó en el sofá, la esposa del Embajador ocupó un sillón y la señora del Ministro sirvió tres copas y se apoyó en el brazo del mismo junto a su amiga.

–Brindemos por el éxito del cuadro.

A través de los ventanales se filtraba la luz morada de un atardecer velazqueño que creaba una atmósfera propicia a las intimidades. Pablo dispuso de nuevo el caballete y la mujer del Ministro le preguntó:

–¿Cuánto crees que tardarás en pintarnos?

–He calculado que unas siete sesiones serán suficientes.

–Eso significa una semana gloriosa –Sonrió con un gesto de malicia la esposa del Embajador.

–¿Una semana gloriosa? No comprendo.

–Habíamos pensado un juego para que las sesiones no fueran aburridas.

–Como ustedes deseen.

–Por favor Pablo, deja de tratarnos de usted. A partir de ahora, para este juego, tú te llamarás Gabriel. Nos encanta tener un Arcángel. Ella se llamará Pura y yo Azucena. Pura quiere decir limpia de lujuria y obscenidad y Azucena es el símbolo de la castidad. Una flor que parece una réplica exacta de la vagina. ¿Digo bien?

Pablo la escuchaba sin acabar de creerse todo lo que presentía y la mujer del Ministro le preguntó adoptando un aire de inocencia:

–¿Le gustan los nombres a nuestro Ángel de la Guarda?

Hechizado por sus encantos, no acertó a contestar y se dispuso a seguir

a pies juntillas todas las ocurrencias de aquellas dos diablas angelicales, con la seguridad de que serían muy gratificantes.

–Para ser admitido en nuestra cofradía del amor, empezaremos bautizándote. Acaba de quitarte la corbata y tumbate en el sofá.

Pablo obedeció y, mientras Carlos Gardel cantaba *Me siento esclavo de tu pasión*, las dos amigas comenzaron a moverse a su alrededor en un ritual iniciático contoneando su cuerpo al ritmo del tango. Pura se quitó las bragas blancas de satén y, con mucha parsimonia, se puso a horcajadas sobre el pecho del neófito mostrándole toda su oculta belleza y, ante el éxtasis de Pablo contemplando el divino orificio, derramó mansamente su lluvia de oro al tiempo que decía con voz angelical:

–Por el efecto milagroso de estas aguas menores, pasas a formar parte de nuestra ardiente trinidad. Tres personas unidas en una sola pasión.

Azucena, junto a ellos, recitó:

Tres personas en una sola pasión.
El amor uno y trino,
y el corazón ardiente apasionado
latiendo alborozado
con el ardor del sexo desbocado.

Pablo no pudo resistir la tentación y, arrebatado por una fuerza sobrenatural, comenzó a lamer, con mucha devoción, el excelso coño rasurado de Pura, que parecía el pubis angelical de una muñeca china. Poco a poco, el clítoris, rojo como la carne del bogavante, se puso erecto y el Arcángel lo tomó en su boca chupándolo a placer y haciendo amago de morderlo sin consumir la dentellada. Azucena sintió celos y acercó su boca para degustar el delicioso manjar de su amiga. Pura suspiraba de felicidad y el Arcángel abandonó su puesto y, con el miembro inflamado, se acercó a Azucena por la retaguardia.

–¿No será ésta la batalla de Waterloo? –preguntó la inglesa con un mohín de sorpresa.

–No temáis señora, que esta ha de ser batalla de placer y no de sufrimiento.

Y, aunque ante la angostura del camino, recurrió al aceite de linaza que llevaba en la caja de pinturas, los primeros intentos fracasaron, y Pura, compadecida por los lamentos de placer y dolor de su compañera, viéndola a las puertas del deliquio, detuvo el santo ritual.

–Recordad, querido Gabriel, que Zamora no se tomó en una hora.

Con la discreta elegancia del disimulo, como si no hubiera sucedido nada, vistiéronse los tres de nuevo y se sentaron en el sofá para descansar y brindar por el feliz encuentro. La sencilla acción de vestirse y desnudarse era una de las rúbricas más importantes en el gozoso ceremonial de los juegos eróticos. En estos menesteres del *ars amandi*, Pablo fue siempre muy imaginativo, pero nunca llegó a pensar que gracias a la pintura viviría un suceso tan maravilloso.

Había anochecido y a través de los ventanales se asomaban una pléyade de estrellas haciendo guiños de complicidad. Tras apurar las doradas burbujas, envueltos en la melodía del viejo bandoneón gardeliano, Pura desabrochó la blusa de su amiga y, como si manipulara un objeto delicado y frágil, dejó al descubierto un hermoso y rotundo seno de agradable turgencia, coronado por una aureola amoratada de la que emergía un delicioso pezón apetitoso como fruta del paraíso. Lo mojó con champán y preguntó al arcángel San Gabriel:

–¿Te gustaría probarlo?

Sin responder, acercó sus labios y se aplicó gozoso al dulce banquete. Azucena sintió cómo se endurecía y pidió a Pura que le liberara el otro pecho aprisionado por la copa del sostén y lo tomara en su boca sensual que tan bien conocía. Con los gloriosos pechos en boca de sus amigos, sintió que el placer le bajaba hasta las entrañas y, queriendo tener una visión gloriosa de la bóveda celeste, le rogó al arcángel Gabriel que se separara de ellas y les mostrara su victorioso estandarte con todo su poder y majestuosidad.

Por la bocina del fonógrafo salía otra vez la voz de Carlos Gardel, *Solo, fané y descangayado* lamentándose de su mala suerte con las mujeres,

seguramente por no poseer la gracia fálica del joven Pablo. Pura, sin dejar de chupar el sabroso pezón de su amiga, palpole el coño humedecido y, al comprobar que había llegado la hora, le indicó al Arcángel que introdujera su polla mirífica entre los labios mayores de Azucena que parecían pedir a gritos el delicioso manjar.

–Pero antes, por caridad, acaríciame el tafanario con tus manos de artista.

Gabriel, incapaz de negar nada a su sacerdotisa, le metió el simpar cipote a la mujer del Ministro y se permitió la licencia de introducir su dedo índice en el culo de la mujer del Embajador para aliviar sus estrecheces. Inició entonces, entre gritos de júbilo, un vaivén de mete-saca en aquellas cavernas de los mil placeres, hasta que, al fin, extenuados y corridos los tres, brindaron de nuevo con champán y acordaron una nueva cita para pintar el cuadro.

Tres personas en una sola pasión
El amor uno y trino
y el corazón ardiente apasionado
latiendo alborozado
con el ardor del sexo desbocado.

–¿De quién son estos versos? –preguntó Pablo a la señora del Ministro.

–Los escribió mi marido para un amigo.

–Me dijo el director que habías ido a casa del Ministro para comenzar el retrato de su señora. ¿Qué tal te ha ido?

Pablo titubeó un momento. Apenas había comentado a Bernardo lo que sucedió en los lavabos del museo y decidió no entrar en detalles de lo ocurrido aquella tarde. Acabó de mezclar las hierbas para la infusión y respondió:

–Bien. Bien. Hoy se trataba de un simple contacto para romper el hielo. Es importante establecer una buena relación entre pintor y modelo. ¿No te parece?

—Supongo que te habrás dado cuenta que es un encargo de gran responsabilidad, tanto por el museo como por el Ministerio. Se trata casi de una misión diplomática.

—Por supuesto que me doy cuenta.

—¿Y has pensado ya qué tipo de retrato vas a hacerles?

—¿Recuerdas la Escuela de Fontainebleau?

—Sí. La serie de retratos cortesanos de Caron, Dubois y Dubrevil es magnífica.

—Pues he pensado inspirarme en el retrato de *Gabrielle d'Estrées, la amante de Enrique IV*. ¿Qué te parece?

—¿No te referirás a *Gabrielle d'Estrées y su hermana*, en que aparecen bañándose desnudas mientras una de ellas pellizca cariñosamente un pezón de la otra?

—Efectivamente. A ese me refiero. Creo que es una perfecta alegoría para iniciar el boceto. Luego, sobre la marcha, iría introduciendo modificaciones.

—Muchas modificaciones tendrás que introducir. No creo que ni el Embajador ni el Ministro vayan a permitir que pintes desnudas a sus esposas.

Ahora dime cómo se te ocurriría pintarlas a ti.

—Quizá como dos vírgenes mulatas. Tú en ese tema eres un experto —Sonrió Bernardo.

—Ya lo había pensado. Pero los temas religiosos no parecen ser de su interés.

Bernardo bostezó. Apuró su taza de tisana y se puso en pie dispuesto a irse a la cama.

—Bueno. Mañana, si quieres, seguiremos hablando. Ya verás como se nos ocurre una buena idea.

Pablo continuó sentado en el sillón, se sirvió una copa de coñac y, hechizado todavía por los recuerdos de aquella tarde y embriagado por el perfume de las dos mujeres, dejó que se le desbordara la imaginación y se durmió arrullado por la música de los tangos.

El paso del tiempo no lograba apagar en Bernardo la curiosidad por conocer el escenario y las personas que acompañaron los primeros años de Pablo. Pese a lo poco que pudo conocer de la vida de su amigo, tenía el presentimiento de que entre el capitán Salcedo y el maestro de pintura se cruzaba alguna historia que, de un modo u otro, le afectaba directamente.

Al fin, tras no pocos esfuerzos, logró convencerle y aprovechando las vacaciones de Navidad se fueron a Málaga.

La ciudad les recibió con la benignidad de su clima, la luminosidad de su cielo azul y el *pescaito* frito que hacía las delicias de Bernardo. En cuanto terminaron de comer, a Bernardo le faltó tiempo para sugerir:

–¿Podríamos ir a ver la casa?

A Pablo no le fue difícil explicarle al taxista el lugar donde se alzaba la espléndida mansión de los Salcedo rodeada de jardines.

–¿Hace mucho tiempo que no ha estado por aquí?

–Diez o doce años.

–Pues no lo va a conocer. Toda aquella zona está muy cambiada.

Tenía razón el taxista. Pablo no salía de su asombro observando los cambios surgidos en el espléndido paseo flanqueado de palmeras que corría paralelo al mar. Habían crecido altas edificaciones robándole el encanto a aquel paraje único que, como escribiera su bisabuelo el célebre arabista don Melchor Salcedo, «*sedujo a fenicios, griegos, cartagineses, romanos y árabes*».

Pablo no dijo nada más. Se bajó del taxi y, acercándose a la cancela de hierro forjado, se quedó cogido a los barrotes. El jardín, en estado salvaje por el paso del tiempo, apenas dejaba entrever el esplendor de la gran casona que se erguía en el centro, todavía orgullosa, con los huecos de puertas y ventanas tapados a cal y canto.

Aquel terreno –Pensó Bernardo– debía de valer una verdadera fortuna. ¿Cómo era posible que permaneciera todavía en tan lamentable estado? Tuvo la certeza de que habían llegado en el momento oportuno para reclamar la herencia de Pablo que, sin salir de su silencio, permanecía con

la mirada fija en el lucernario de vidrios de color que coronaba la casa y reflejaba el sol dorado del atardecer.

Transcurrieron varios minutos y Pablo seguía inmóvil, como hipnotizado, sin dejar de mirar la casa. Una pequeña vena de su frente latía sin cesar, lo que denunciaba la emoción de su corazón. Bernardo le hizo subir al taxi y volvieron al hotel. Estaba preocupado por aquella reacción tan extraña de Pablo. Por un momento se arrepintió de haberle empujado a este viaje al pasado, pero de inmediato llegó a la conclusión que lo mejor para él era desentrañar de una vez todo aquel misterio que le atenazaba y, sobre todo, reclamar la propiedad de aquella magnífica casa cuyo solar, hoy, tendría un valor incalculable.

Al día siguiente, Pablo se levantó con su talante normal y Bernardo respiró aliviado. No hubo ningún comentario de lo ocurrido la tarde anterior y, en cuanto desayunaron, abandonaron el hotel para iniciar las averiguaciones.

Por su condición de abogado, Bernardo era un hombre acostumbrado al papeleo y a la burocracia, y dispuesto a encontrar el inicio del ovillo, comenzó por las oficinas de la catedral pidiendo el certificado de bautismo de Pablo Salcedo Pizarro.

El viejo cura de misa y olla, que en ausencia del canónigo se ocupaba del registro, con la sotana nevada de caspa y un apestoso cigarro de tabaco negro pegado en la comisura de los labios, tomó el libro de bautismos y leyó:

–Pablo Salcedo Pizarro, hijo de Adrián Salcedo y Victoria Pizarro, fue bautizado en esta catedral el día 20 de agosto de 1909. Fueron padrinos, sus abuelos paternos D. Pedro y Dña. Adelaida Fernández.

Como si la breve lectura del acta bautismal le hubiera refrescado la memoria, el sacerdote dejó el libro, se quitó las gafas, y mirando a Pablo detenidamente, le preguntó:

–¿No serás tú el santito? –Se repantigó en el sillón y sin esperar la respuesta comenzó a hablar como si le hubieran dado cuerda—. Yo conocí a tu

abuelo el capitán Salcedo. ¡Menudo personaje! Bueno, y a tu abuela, que tampoco era manca. No lo podrás creer muchacho, pero yo también estuve enamorado de ella. Por supuesto que fue antes de ordenarme sacerdote.

Bernardo no daba crédito a lo que oía, la voz del cura, cascada por el tabaco, parecía salir del fondo de un pozo y la colilla amarillenta se movía sin despegarse del labio inferior.

—Tu abuelo apenas paraba en Málaga, pero tu abuela... Era una mujer espléndida. Si yo te contara... Nos llevaba locos a todos los amigos y conste que no revelo ningún secreto de confesión, pues las andanzas de la capitana eran públicas y notorias en toda la ciudad. Tu abuela poseía madera de actriz y los pocos días que el Capitán recalaba por Málaga se les veía a los dos cogidos del brazo paseando por la calle Larios para dar envidia a la ciudadanía. Eran muy presumidos y los amigos comentaban: «Hay que ver con qué elegancia lleva los cuernos el capitán Salcedo».

Bernardo y Pablo le miraban sin parpadear, porque, a medida que hablaba, aquel viejo cura parecía transformarse en un consumado actor: vocalizaba, administraba los tiempos marcando con gran énfasis comas y puntos, y el tono de la voz subía y bajaba para reforzar ciertos detalles de su narración.

—Yo nunca entendí cómo tu abuelo, tan serio y orgulloso, no sabía lo que sucedía en su casa y tampoco de las relaciones prematrimoniales de tu abuela, que, por supuesto, no llegó virgen al matrimonio. Pero lo mejor de aquella casa eran tus tías, así lo consideró también su Eminencia; parecían dos garzas reales vestidas de negro. Además, recuerdo que cuando venían a visitarle a Palacio, le traían una botella de ron cubano, del que era muy aficionado, y muchas veces lo usaba sacrílegamente para sustituir el vino de consagrar —Se persignó repetidas veces y continuó—: ¿Y tus padres?

¡Menuda pareja! Siento decírtelo. Eran el estandarte de la homosexualidad. Todavía no logro comprender cómo viniste a este mundo.

Detuvo por un momento su discurso, sacó un pañuelo y se sonó las narices con inusitado ruido. Escupió en el pañuelo, lo dobló con gran

parsimonia y se lo guardó en el bolsillo interior de la sotana como quien esconde un tesoro.

–Del viejo contraamaestre Matías ¿qué te voy a contar? Presumía que por su boca hablaba su tío el Obispo de Mondoñedo. ¡Casi nada! Les voy a confesar un secreto. Yo siempre le consideré como el demonio que el capitán Salcedo, después de morir, mandó a Málaga para vigilar a su mujer.

Al decir la palabra demonio, el cura mojó los dedos en un pocillo de agua bendita que tenía sobre la mesa y asperjó el rostro de Pablo que escuchaba perplejo toda aquella sucia historia mientras Bernardo, sin salir de su asombro, comenzaba a arrepentirse de haber empujado a Pablo a conocer su pasado.

El cura se bebió de un trago el agua bendita y continuó:

–Era falso todo lo que se decía del famoso cuadro de una Virgen mulata. Parece que fue una argucia inventada por la mente calenturienta de una profesora de dibujo llamada Leonora o de un joven notario enamorado de tu abuela. Pero ya hablaremos luego del cuadro.

Hizo una pausa. Encendió por enésima vez el apestoso cigarro y con la primera bocanada añadió:

–Para librar a tu abuelo de tanta iniquidad y evitarle el oprobio de aquella libidinosa familia, el Señor Misericordioso se lo llevó al cielo cuando tú deberías tener tres o cuatro años. En realidad, no tengo la certeza de que esté en el cielo, pues tuvo la desgracia de morir en aguas de infieles, frente al puerto de Alejandría y, en vez de latines, lo despidieron las algarabías de los mucines –Señalando a Pablo con un dedo índice nicotínico y tembloroso, añadió–: Tú tuviste la suerte de ser un elegido de Dios y, por extraño que parezca, tu familia procuró mantenerte aislado de todos sus escándalos. Hasta que un día, la Virgen María te sacó de allí. Justamente cuando mandó Las Siete Plagas de Egipto contra aquella casa endemoniada y murieron todos menos tú, que eras el único inocente. ¿No te acuerdas? Todos los sábados tus tías celebraban una misa en honor de aquella Virgen, que luego resultó ser más diablesa que santa, donde tú

actuabas de monaguillo. ¿Sabes lo que te sucedía al tocar la campanilla para la consagración?

Pablo, atónito y asombrado por lo que oía, no acertó a contestar. Bernardo miraba al cura cada vez más fascinado por el relato y el viejo clérigo les aclaró:

—¡Levitabas! Recuerdo que el señor Obispo cuanto te vio, aseguró que estaba en presencia de un santo.

Se santiguó de nuevo. Hizo una pausa contemplando a Pablo por encima de las gafas. Volvió a beber del pocillo de agua bendita y añadió:

—Por la cara que pones parece que lo has olvidado todo. En fin, ya era hora de que aparecieras por aquí. Supongo que habrás venido para encargar unos buenos funerales por tu pecadora familia.

La entrada en el despacho de un canónigo solemne, de sotana impoluta, alto y grande como un armario, interrumpió el apocalíptico sermón del viejo cura e hizo caer la colilla que tenía pegada en el labio inferior. Como si hubiera sido cogido en falta, se levantó y, seguido por la fulminante mirada del eclesiástico, abandonó el despacho.

—Disculpen. No hagan caso de nada de lo que les haya dicho. Está algo trastornado. Lo tenemos aquí solo para que nos avise cuando viene alguien. Díganme en qué puedo servirles.

El relato del cura había despertado todavía más la curiosidad de Bernardo, y ansioso de más información le explicó al canónigo:

—Buscamos a la familia de Pablo Salcedo Pizarro. Mi amigo salió de Málaga a los dieciséis años y para cuestiones de herencia necesitamos su partida de bautismo.

Esperaba algún comentario por su parte, pero este, encerrado en su seriedad, se limitó a transcribir los datos del libro de bautismos y, tras la rúbrica y el sello episcopal, les entregó el certificado sin añadir palabra.

—Muchas gracias. Ha sido usted muy amable.

—Vayan con Dios.

Los acompañó hasta la puerta y echó la llave. Hacía años que se esperaba

la visita del único heredero y, siguiendo las instrucciones del Obispo, llamó por teléfono al notario:

–Por fin ha aparecido el demonio.

–Muy bien. Ya era hora. Espero verlo pronto en mi despacho. Dígale a su Eminencia que estamos dentro de los plazos legales y no habrá ningún problema.

En cuanto salieron a la calle, a Bernardo le faltó tiempo para preguntar:

–¿Es posible que no recordaras nada de lo que ha contado el cura?

Pablo no contestó. Andaba otra vez silencioso con las manos en los bolsillos mirándose la punta de los zapatos. Se le notaba incómodo. Bernardo insistió:

–Dime si por lo menos sospechabas algo.

–La verdad es que yo era el niño mimado de todos y solo pensaba en la Virgen, en la doncella y en la pintura. Nunca supe las historias que encerraban sus vidas.

–¿Quieres que lo dejemos?

–No. No. Ahora también empiezo yo a sentir curiosidad.

Bernardo lo tenía todo calculado y marcharon al registro civil para pedir los certificados de defunción de los abuelos, las tías y los padres. Se dirigió al oficial de más edad esperando algún comentario sobre la familia Salcedo, pero el hombre, un tipo huraño de cabeza ahuevada y rostro pajaril, se limitó a expedir los certificados y, cuando se los entregó, hizo la siguiente aclaración:

–De los que no existe constancia de defunción es de Adrián Salcedo y de Victoria Pizarro.

–Lo suponíamos. Los padres murieron ahogados y no se encontraron sus cuerpos. ¿Usted les conoció? Preguntó Bernardo con la esperanza que el oficial se animase a hablar, pero el hombre, bajando la voz, se limitó a decir:

–Yo no tengo obligación de conocer a nadie y menos a esa familia de locos.

Se confirmaban los presentimientos de Bernardo. Algo muy especial había en la estirpe de los Salcedo para que, al nombrarla, nadie quedara indiferente. Pero al observar que la fecha de defunción de la abuela y de las tías era la misma, tuvo la certeza de que aquel era un rompecabezas endemoniado. ¿Qué había ocurrido para que murieran las tres el mismo día? La curiosidad por conocer los misterios que encerraba aquella familia se le hacía cada vez más acuciante. Sin pensárselo dos veces se dirigió a la Biblioteca Municipal y en la hemeroteca pidió los periódicos del mes de septiembre de 1924. No le costó mucho encontrar la noticia, venía a tres columnas en la sección de sucesos bajo el título de *Tragedia en la casa de los Salcedo*.

Más que leer, Bernardo y Pablo devoraron el artículo sobre el curioso fenómeno que sucedió en la casa: las muertes de las tres mujeres de la familia y la misteriosa desaparición de una doncella y el nieto de doña Adelaida, la viuda del capitán Salcedo.

Destacaba un recuadro con estas palabras del inspector de policía: «*Será difícil atar todos los cabos de este desgraciado suceso. Baste decir, como muestra de las misteriosas rarezas con que nos hemos encontrado en la investigación, que la casa estaba completamente cerrada desde dentro y, en la habitación donde aparecieron los cuerpos, siguen ardiendo todavía en la chimenea unos extraños troncos de olivo que no desprenden calor*».

—Sí. Eran troncos de olivo que trajo mi abuelo del huerto de Getsemaní. Bernardo no pudo dejar de sonreír.

—¿De qué te ríes?

—¡Troncos del huerto de Getsemaní! ¡Tus tías muertas por besar tu cuadro! ¡Y tres personas desaparecidas como por arte de magia! No me negarás que todo lo que sucedía en tu casa era, por lo menos, extravagante.

—Yo nunca supe establecer esa frontera.

—¿No te dabas cuenta de las cosas tan extrañas que sucedían?

—A mí siempre me pareció todo normal.

—¿Normal no sentir el calor del fuego? A veces me pareces un tipo raro. Como si no fueras de este mundo.

–Como viste en mi cuaderno de bitácora dibujé perfectamente todos los rincones de la casa, del jardín y los rostros de los personajes, pero no recuerdo qué asuntos les preocupaban. Es como si estuviera ante una película muda y sin subtítulos –Bernardo lo escuchaba con atención y Pablo añadió–: Algunas veces oigo dentro de mí las voces de la familia, los rezos de las tías, las palabras de amor de mi madre, los exabruptos de la abuela, las explicaciones científicas de mi padre, las palabras mimosas de la doncella... pero son apenas retazos de la historia que envolvía a todos ellos y de la que, según decía esta mañana el cura, procuraban mantenerme al margen –Hizo una pausa y añadió–: De lo que sí estoy seguro es de que todos me querían mucho. Lo último que recuerdo de aquella casa es la noche que bajé las escaleras de la mano de la doncella. Si por lo menos pudiera encontrarla –Suspiró.

–Eres incorregible. Te has pasado media vida buscando un cuadro cargado de veneno y ahora vas a dedicarte a buscar a una doncella.

–Era una mujer divina.

–Ya, ya. Por lo que me has contado no lo dudo. Pero lo que a ti te interesa es volver a la realidad. Porque tú eres el único heredero. ¿Te das cuenta de la fortuna que supone el terreno donde se alza la casa?

–Por supuesto que me doy cuenta, pero en verdad, más que la casa, me gustaría encontrar todo el amor que se guardaba en ella.

–No te pongas romántico. Lo único que te queda es la casa.

–¿Y tú qué me aconsejas?

–Lo primero instar una declaración de defunción de tus padres y...

Al día siguiente se presentaron en la notaría. En cuanto se anunciaron, el oficial les introdujo directamente en el despacho del notario.

–¡No es posible! –El notario, un setentón de lengua barba y aspecto venerable, se levantó de su sillón abacial, se acercó a Pablo y tomándolo por los hombros le miró detenidamente a los ojos. ¡Tú eres Pablo Salcedo!

Bernardo suspiró aliviado y cruzó los dedos. Por fin, todo un señor

notario en pleno uso de sus facultades mentales, daba fe y reconocía a Pablo. Parecía que las cosas comenzaban a ir por buen camino.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? Nos hemos vuelto locos buscándote. Cuando ocurrió la terrible desgracia y registramos la casa, habías desaparecido tú y la muchacha. A ella la encontramos una semana más tarde vagando por la playa. Pero ¿qué fue de ti? El Obispo, desde que te vio levitar, siempre sostuvo que eras un santo y pensamos que te habrías recluido en algún convento en busca de paz por la gran desgracia que se cebó en tu casa. ¿Pero qué te ocurre? ¿No dices nada?

Pablo no salía de su asombro. Tenía la absoluta certeza de que nunca había visto a aquel hombre que parecía saberlo todo y, otra vez, se encerró en un silencio lleno de dudas. Bernardo le aclaró al notario:

—No recuerda casi nada. Parece que tiene la memoria invadida por una legión de hormigas empeñadas en comerse sus recuerdos.

—Pero qué dice usted, hombre de Dios ¿Cómo no va a recordarme? —Le miró fijamente a los ojos y vocalizando, como si hablara con un sordo, le repitió—. Soy don Gabriel Gómez, el notario, el amigo de tus abuelos.

—Tiene dificultades de memoria para recordar su infancia —insistió Bernardo.

—¿Es posible? Qué raro. ¿Desde cuándo lo conoce usted? ¿Qué le ha contado?

—Hace varios años que nos conocemos. Vive en Madrid y trabaja como restaurador del Museo del Prado. Todo comenzó buscando un cuadro que tenía en su casa.

El notario levantó la nariz como un perro de caza que venteara una pieza importante.

—¿Y lo encontraron?

—No sé exactamente si era lo que buscaba —explicó Bernardo—, porque la pintura se había borrado casi por completo y apenas se veían unos trazos sobre la tela.

—Es muy curioso lo que me cuenta. Robaron un cuadro de una Virgen el mismo día en que desapareció él y murieron la abuela y las tías.

Hizo un aparte con Bernardo y le preguntó al oído:

–¿Lo sabía él?

–Nunca me dijo nada. Seguro que no.

–¿Y siempre está tan silencioso?

–No, no. Todo este silencio ha comenzado al llegar a Málaga. Seguramente han sido demasiadas las impresiones que ha recibido. Menos mal que le hemos encontrado a usted que, por lo que parece, conoció a sus abuelos y a toda la familia.

–¿Conocerles? Fuimos íntimos amigos. ¡Qué tiempos aquellos! Eran una pareja ejemplar. Pero ¡qué le voy a decir! Desde siempre, la familia Salcedo fue un modelo de virtudes para la sociedad malagueña. Tu abuela –dijo dirigiéndose a Pablo–, a la que yo conocí recién llegado de notario a Málaga, era la Camarera Mayor del Cristo Resucitado, una de las principales instituciones en nuestra Semana Santa. Y, en confianza le diré, que tuve que intervenir más de una vez para ponerla a salvo de tus tías, porque, aunque eran unas santas, tenían una enfermiza obsesión por el dinero. Recuerdo que cada vez que tu abuelo rendía viaje en Málaga, organizaban una solemne función religiosa y repartían limosna en los asilos y en todas las asociaciones de caridad. Constituía todo un espectáculo ver a tus abuelos, acompañados de tus padres y tus tías, presidir la misa cantada en honor a la Virgen del Carmen a la que tanta devoción tenía el Capitán. Ahora la gente vive más disipada, se han relajado las costumbres y ya no quedan familias como los Salcedo.

Bernardo andaba completamente perdido. Las piezas del puzzle, que intentaba acoplar basándose en lo que había oído y leído desde que llegó a Málaga, comenzaban de nuevo a desencajarse. Era evidente que Pablo tenía abuelos, padres y tías, pero ¿qué clase de gente era? ¿Santos como los describía el notario o demonios como les contó el cura de la catedral?

–Mi mujer y yo tuvimos la suerte de pertenecer, junto con tus abuelos y otros jóvenes matrimonios, a la Adoración Nocturna y, todos los primeros viernes de mes, después de cenar, hacíamos la vela ante el Santísimo

Sacramento. Sin duda, el Señor derramó todas sus gracias en tu abuela, faro y timón de toda la familia Salcedo. Una mujer irrepetible a la que yo, como ya te he dicho, conocí recién llegado a Málaga. ¿Recuerdas el escritorio con incrustaciones de lapislázuli en el que dibujabas? Ese fue un regalo mío a tu abuela –Hizo una pausa y añadió–. Como veo que sigues dudando, fíjate en ese cuadro que tienes detrás.

Pablo volvió la cabeza y lo miró sorprendido. Le vino un ramalazo de memoria. Era el cuadro de la abuela Adelaida que pintó él, pocos días antes de abandonar la casa; precisamente el mismo día en que la abuela recibió la carta de Francia, llena de malas noticias que nunca quiso explicarle.

–¿Es tu abuela? –preguntó Bernardo.

–Sí.

–¿La pintaste tú? –Volvió a preguntar admirado por la perfección de la pintura.

–Es un retrato soberbio –subrayó el notario–. No me negará usted que el chico pintaba como los propios ángeles.

Se levantó del sillón y sacó del armario de la biblioteca una botella de licor de jengibre y tres copitas.

–¿Os apetece? Este licor hacía las delicias de tu abuela.

–Yo siempre creí que era el ron lo que más le gustaba –comentó Pablo con un hilo de voz.

–Eso fue más tarde. En su juventud enloquecía por el jengibre. Por supuesto en pequeñas dosis y porque se lo recomendó el médico para sus problemas de vesícula.

El notario hablaba con gran aplomo, mientras Pablo escuchaba sin parpadear y Bernardo, asombrado, se llenaba de dudas oyendo la segunda versión de la historia.

–Tras la muerte del Capitán yo dejé de frecuentar la casa por ciertas disputas que surgieron debidas a cuestiones de herencia, pues no quise que por mi culpa se enfrentaran tus tías con tu abuela. Por aquel tiempo llegó a Málaga el Cónsul Inglés y su mujer y, aunque pertenecían a la iglesia

luterana, hicieron muy buenas migas con tus padres, hasta el punto que pasaban muchos días juntos inmersos en el estudio de la Biblia. Pero los caminos de Dios son inescrutables y, un buen día, el Señor llamó a tus padres y al matrimonio inglés a su lado. Fue una verdadera desgracia. Habían ido a pasar el día a la playa y, de pronto, una enorme ola se los llevó y desaparecieron en el fondo del mar como si se los hubiera tragado una ballena. Siempre he pensado que el Señor quiso alejarlos de las desgracias de este mundo al igual que a Jonás. Pocos años más tarde ocurrieron los misteriosos sucesos que ocasionaron la muerte de tu abuela y de tus tías, el robo del cuadro, tu desaparición y la de la doncella. Una semana más tarde, como ya te he dicho, ella apareció; pero de ti ya no tuvimos ninguna noticia –Ante el gesto de Pablo el notario decidió finalizar su discurso–. Comprendo que te sientas impresionado al escuchar lo que te estoy contando. Será mejor que lo dejemos. Si te interesa conocer algún detalle más, ya sabes que me tienes a tu entera disposición.

El notario hizo ademán de levantarse, pero Pablo permaneció inmóvil. Desde que llegó a Málaga vivía inmerso en una mezcla de nuevos descubrimientos, recuerdos, sueños y realidades que no lograba asimilar. Había oído dos historias completamente distintas. ¿Dónde estaría la verdad? Nunca había visto por su casa a aquel notario que se erigía ahora en amigo y benefactor de la familia. Sin embargo, conocía la existencia de la mesa de lapislázuli y tenía en su despacho el retrato que él le pintó a su abuela. Pero al notario todavía le quedaba un as en la manga para demostrar su relación con la familia. Ante la sorpresa de Pablo, abrió un cajón del escritorio, sacó la foto de boda de sus padres, y se la mostró a Bernardo diciendo:

–Este es un documento único. Es una fotografía de la familia que se conservaba en el salón principal de la casa. Supongo que le gustará conocerlos a todos –Y señalándoles con el dedo se los fue presentando–. El capitán don Pedro Salcedo y doña Adelaida, su señora, abuelos de Pablo. Las tías Pasión y Sacramento y los padres de Pablo, Adrián y Victoria, el día de su boda.

Bernardo los observó detenidamente. Solo faltaba que pudieran hablar para que cada uno de ellos contara su verdad; pero, desgraciadamente, sobre los personajes de las viejas fotografías pesa siempre la maldición de ser mudos.

—Aparte de Pablo, que todavía no había nacido —continuó el notario—, aquí faltan dos personas que, bien podría decirse, formaban parte de la familia. ¿Te acuerdas tú, Pablo?

—Por supuesto. El contraamaestre Matías y la doncella.

—Exacto. Ya veo que vas recuperando la memoria. Del Contraamaestre tuve noticias hace tiempo. Lo vieron por Marsella intentando enrolarse en un barco de cabotaje. El pobre estaba alcoholizado por el ron. Cuando encontraron a la doncella estaba algo trastornada. No tenía familia y la llevamos al convento de las Oblatas de María.

Pablo se levantó dispuesto a marcharse, pero Bernardo lo detuvo con un gesto y le aclaró al notario:

—En realidad el principal objeto de nuestra visita a Málaga es saber en qué situación se halla la casa, porque, según parece, Pablo es el único heredero.

—Por supuesto. Por supuesto —dijo el notario volviendo a ocupar su sillón abacial y llenando las copas de nuevo con licor de jengibre—. Debí de haber empezado por ahí. Sentaos, por favor. De verdad siento lo que voy a decir. Nunca pensé que iba a llegar esta situación, porque quince años son muchos años.

Sacó del cajón principal del escritorio una carpeta repleta de papeles y, abriéndola sobre la mesa, continuó:

—Aquí está perfectamente documentado todo lo que voy a explicarles. Poco después de morir el Capitán, la abuela descubrió que todas las acciones, títulos, valores y pagarés que constituían la fortuna de la familia Salcedo, habían desaparecido. Siento decirles esto que empaña la memoria de un gran hombre, pero así fue. Durante años, tu abuelo había ido transfiriendo toda su fortuna a un banco de Marsella, dejándoos a todos en la ruina.

La palabra Marsella despertó por un momento la memoria dormida de Pablo. Recordó aquella tarde en que la abuela recibió de allí la misteriosa carta que de tan mal humor le puso y de la que solo le dijo: «*Es una historia muy desagradable. No merece la pena que la conozcas*».

—Cuando tu abuela acudió a mí, dada nuestra amistad, para explicarme su situación económica, pensé que lo más conveniente para ella y sus hijas, sería vender la casa. Con este dinero hubieran podido saldar la deuda con el banco y vivir desahogadamente varios años, pero habrían perdido la propiedad de la casa. Fue entonces cuando tus tías, que tenían muy buena relación con el Obispo, ante lo delicado de la situación, le pidieron también su consejo. Al fin, el señor Obispo y yo, con el ánimo de velar por sus intereses, les propusimos hacer un contrato de venta con pacto de retro para un plazo de quince años, tiempo más que suficiente para poder regular la situación económica.

Bernardo explicó a Pablo:

—Pacto de retro quiere decir que tu abuela o sus herederos podían recuperar de nuevo la propiedad devolviendo a don Gabriel y al señor Obispo, en un plazo de quince años, la cantidad que adelantaron ellos para saldar sus cuentas con el banco.

—Exacto. Este plazo, como podéis ver por los documentos, venció el año pasado —Hizo una pausa y añadió dirigiéndose a Pablo—. Por supuesto, si yo hubiera sabido que tú vivías, habríamos prorrogado el pacto, pero al no existir herederos puse el procedimiento en marcha para tener la escritura de propiedad a mi nombre y al del Señor Arzobispo.

Desde que entraron a aquel despacho presidido por la máxima *Nihil prius fide*, y el notario comenzó a hablar, Bernardo tuvo la sensación de que aquel hombre estaba representando un papel largamente preparado. Y cuando llegó a aquel final tan redondo, de la venta con pacto de retro, tuvo la seguridad de que todo era un montaje y que aquellos papeles, que con tanta diligencia les mostraba, encerraban una gran estafa.

Pablo, que nunca albergó ningún interés sobre la herencia, dio por válida

la historia que acababa de escuchar. Su cabeza, sus ilusiones se movían siempre por otros derroteros: las mujeres, las vírgenes, la pintura,...

En cuanto Pablo y Bernardo abandonaron la notaría, don Gabriel llamó al Obispado:

–Eminencia. El joven demonio ha mordido el anzuelo. Como le prometí en su día, ya puede tomar posesión de la mitad del solar para levantar la iglesia.

–Dios se lo pagará don Gabriel.

–A mí ya me lo paga con la otra mitad.

Bernardo había aprendido a leer en los ojos de Pablo y al salir de la notaría le faltó tiempo para decirle:

–Supongo que ahora querrás ir al convento de las Oblatas.

–¡Taxi! ¡Taxi!

Dejaron atrás la ciudad. Tomaron la carretera general y a los pocos minutos el coche se desvió a la derecha por un camino rural que serpenteaba entre olivos y chumberas.

–Aquel que se ve en lo alto es el convento de las Oblatas.

Era un cenobio albo enclavado en la cima de un pequeño montículo rodeado de centenarios cipreses llenos de mirlos blancos que cantaban a la hora de maitines imitando gregoriano. En su espadaña, coronada por una cruz, una veleta giraba como loca sin tener en cuenta la dirección del viento. Tenía fama de misterioso, no solo por el canto de los mirlos y las campanas que sonaban a impulsos del viento solano, sino por los cantos de una monja milagrera que, desde hacía quince años, se oían al atardecer.

Les recibió sor Matilde, la Madre Abadesa, y Bernardo le explicó quién era Pablo y el objeto de su visita. La Superiora les dedicó su mejor sonrisa y todo fueron facilidades.

–Qué alegría me da conocerle –Y dirigiéndose a Bernardo añadió–. Yo fui discípula de su tía abuela, la reverenda madre María de los Dolores Rafaela Quiroga. Y sus tías, Pasión y Sacramento, se educaron conmigo. ¡Hay que ver las vueltas que da la vida!

Bernardo, que comenzaba a estar harto de tantas historias, intentó ir al grano.

–Mire, madre, voy a serle franco. Desde que he llegado a Málaga hemos estado en el archivo de la catedral y en las oficinas del notario don Gabriel Gómez y cada uno nos ha dado una versión diferente sobre la familia de Pablo. Quizá usted...

–Comprendo su extrañeza, pero la familia Salcedo era muy especial, incluso fantasiosa diría yo. Tenía varias facetas y cada uno la observaba desde un ángulo diferente. No es raro que se haya encontrado usted con un rompecabezas y no le encajen las piezas. También es cierto que el cura del registro de la catedral está algo loco, pero los locos, como los niños, suelen decir grandes verdades. Por supuesto, el notario tenía gran ascendiente en la familia y quizá se tomara algunas licencias que no conocemos.

–Yo no recuerdo haber visto al notario en mi casa –insistió Pablo.

–¿Y por qué te reconoció cuando entraste en su despacho? –Le apuntó Bernardo.

–Tus tías me hablaron alguna vez de él –aclaró Sor Matilde–. No le tenían ninguna simpatía. Según parece era muy asiduo de tus abuelos hasta que la abuela sufrió el accidente que la llevó a la silla de ruedas. A partir de entonces no volvió a poner los pies en la casa. Por eso no me extraña que no lo conocieras; tú todavía no habías nacido. Se decía que la doncella era una hija secreta de tu abuela y del señor notario. Pero vaya usted a saber –añadió dirigiéndose a Bernardo–, porque el notario es un señor de misa y comunión diaria y no creo...

Bernardo se encontraba cada vez más desorientado. Aquella familia era un *totum revolutum* y ahora, al oír a aquella extraña monja hablando con tanta ligereza, empezaba también a dudar de lo que decía. Se dio por vencido. Ya no tenía ningún sentido seguir intentando desentrañar la verdadera historia de la familia, puesto que tampoco era posible recuperar la propiedad.

Salieron al jardín. Comenzaba a caer la tarde y una ligera neblina

difuminaba el contorno de los cipreses. Junto al estanque, una mujer con el pelo ceniciento como la barba del capitán Salcedo, podaba con mucho mimo las ramas de un olivo plateado.

A Pablo se le iluminaron los ojos y por primera vez desde que llegaron a Málaga apareció una sonrisa en su rostro. ¡Allí estaba su primer amor! La doncella que le llenaba siempre de felicidad. En el agua tranquila del estanque se reflejaba su rostro con toda nitidez. Sus ojos habían perdido el brillo del deseo y la piel ajada se fruncía alrededor de su boca borrando la lozanía de antaño.

–Siempre está de espaldas a la gente –explicó la monja– y, cuando la llaman, nunca quiere volverse, porque cree que se convertiría en estatua de sal como la mujer de Lot.

Impresionado por su aspecto, Pablo apenas se limitó a decir:

–¿Cómo es posible que haya envejecido tanto?

–Fue un caso curioso. Cuando la encontraron vagando por la playa, a los pocos días de ocurrir los desgraciados sucesos de tu casa, había envejecido más de cuarenta años, y desde que llegó no hemos logrado que diga una palabra –explicó la Superiora– Cantar, sí. Canta como un pájaro, pero hablar, ni una palabra.

Pablo observó cómo encendía un fuego con las ramas de olivo que había podado. Luego tomó las brasas y se las introdujo por el escote para calentarse los pechos huérfanos durante tanto tiempo de sus caricias. Sintió deseos de acercarse a ella, pero Bernardo le detuvo.

–Es inútil. La doncella de tu infancia ya no existe. Y tampoco tus manos pueden calentar sus pechos. Ahora solo es un recuerdo.

La madre Superiora asintió con la cabeza y les acompañó a la puerta del convento.

La luz del cielo moría lentamente. El viento solano hizo sonar las campanas y comenzó el gorjeo de una legión de mirlos blancos mientras la doncella se convertía en brasa.

Para Bernardo, aquellas brasas simbolizaban los últimos rescoldos del

amor de Pablo. Un amor que todavía soñaba compartir con su amigo, sin querer darse cuenta de que Pablo solo deseaba consumirse en el fuego de las mujeres.

En el tren, de vuelta a Madrid, mientras Bernardo observaba el desfile de los olivos alineados con absoluta perfección sobre una sucesión infinita de lomas ondulantes, Pablo hojeaba su bloc de dibujo contemplando los rostros de todos los miembros de su familia. Tenían clara la existencia de los personajes, pero, ¿cuál fue su verdadera historia? Tendría razón el Obispo de Mondoñedo cuando decía: *«Así como no hay un pensamiento único, tampoco hay una verdad única. Cada uno elige la verdad que más le agrada, porque lo importante es gozar con la verdad que nos hace felices»*.

Acunado por el balanceo del tren, Bernardo cerró los ojos pensando en Pablo. Con el lamentable estado en que habían encontrado a la doncella y la destrucción del cuadro, se había quedado sin las dos mujeres que perseguía desde su infancia y, ahora, nadie mejor que él para mostrarle un nuevo amor que le hiciera feliz. Pero recordando las saturnales tardes en casa del Ministro, en aquella mezcolanza de sexos, no veía a Pablo muy interesado por el amor oscuro; aunque la esperanza siempre la mantendría viva en su corazón como aquel fuego sagrado de los troncos de olivo del Huerto de Getsemaní.

Comenzó a llover; primero mansamente en gruesas gotas como lagrimones que se deslizaban por el cristal de la ventanilla. Luego arreció el temporal; llegó el frío, y los cristales se empañaron difuminando el paisaje. Parecía como si lloviese sobre la memoria de Pablo y los recuerdos se desvanecieran o desvaneciesen todavía más borrados por el incesante aguacero.

En la puerta del Teatro Real, el cartel anunciaba las próximas funciones de ópera. Por nada del mundo Bernardo se perdía cada año su abono para

la temporada. Aunque su vida estaba llena de *bohems*, *manons* y *buterflais*, siempre albergaba la ilusión de un nuevo montaje o de nuevos cantantes para saborear en éxtasis las músicas de Verdi, Donizetti, Wagner y Rossini, que junto a Caravaggio, Rembrandt, Velázquez y Goya formaban el santoral de su más profunda devoción.

La cola en busca de entradas comenzaba a formarse a primeras horas de la mañana y los devotos del bel canto soportaban estoicamente las inclemencias del tiempo para conseguir las mejores localidades.

—No puedo creer que una persona culta como tú no haya asistido nunca a una función de ópera.

—Para mí solo existe la pintura.

—Eso es mala cosa. Las bellas artes son siete y tú no puedes quedarte con una sola.

Pablo se encogió de hombros y Bernardo insistió:

—Tendré que comenzar a educarte.

La cola había avanzado y se hallaban ya dentro del vestíbulo en cuyas paredes colgaban una serie de grandes fotografías, con las escenas más sobresalientes de las obras que se anunciaban para la temporada.

—Fíjate qué magníficas escenografías. No me negarás que son verdaderos cuadros.

—Sí. Pero me parecen demasiado académicos. Muy fríos.

—Espera a que los actores comiencen a actuar. Verás cómo el escenario se llena de vida.

—No creo. Seguro que es aburrido.

Bernardo intentó animarle:

—En las óperas hay también fragmentos de ballet y a ti te gustan las mujeres...

—Esas bailarinas clásicas me parecen acartonadas, sin vida.

—No formes juicios prematuros. Espera a verlas. La compañía es la del Covent Garden y sus montajes son antológicos.

Compraron las entradas y, antes de abandonar el vestíbulo, Bernardo le

señaló una fotografía de un bailarín sosteniendo en el aire a su pareja con una sola mano en un vuelo imposible.

—Mira. Es el final de *La Bella Durmiente*.

Pablo se detuvo. Se acercó para ver con detalle y no pudo evitar una exclamación:

—¡No es posible!

Sacó un carboncillo y dibujó sobre el cuerpo de la bailarina el manto de la Virgen. Esbozó con cuatro rayas el purgatorio y, juntando los pulgares, observó el dibujo encuadrándolo como si fuera el marco de un cuadro.

—¡Sí que es posible!

Arrancó la fotografía con disimulo y se la guardó debajo del abrigo. Bernardo no pudo evitar un comentario:

—Presiento que vas a volver a las andadas.

En cuanto llegó a su despacho del Museo del Prado colocó la foto junto al cuadro de la Virgen que había pintado y preguntó a Bernardo:

—¿Qué opinas?

—He de admitir que tienen cierto parecido.

—Es preciso que hable con ella.

—¿Para qué?

—Estoy enamorado. Ya te lo dije.

—Pero hombre, no seas loco. Deja ya esa historia de una puñetera vez.

—No puedo. Necesito tenerla a mi lado.

—Anda, olvídate del dichoso cuadro. Ya hemos tenido bastantes historias desagradables con todo lo que hemos oído en Málaga.

—No, Bernardo. No busco ninguna historia pasada. Ya no me importa el cuadro ni mi familia. ¿No te das cuenta de que por fin he encontrado a la mujer? Necesito hablar con ella. ¿A qué hora es la función?

—No seas ridículo Pablo. ¿Qué va a pensar de ti esa chica cuando le digas que te has enamorado viéndola en escena? Porque supongo que no querrás contarle la historia de la mulata violada y asesinada por tu abuelo.

—Por supuesto que no. Ya estoy harto de historias macabras.

Llegaron puntuales al teatro. Pablo se aburrió durante los espacios cantados, hasta que la aparición del cuerpo de baile evolucionando sobre el escenario, atrajo su atención. La música había cobrado color y viveza y, sin darse cuenta, se encontró cautivado por el baile. No apartaba los ojos de la primera bailarina y sentía una especial excitación cuando el bailarín acompañaba con sus manos el cuerpo de su pareja. Nunca pudo imaginarse que aquella Virgen de su adolescencia pudiera convertirse en bailarina. Estaba allí en carne y hueso, y no apartaba sus ojos azabachados de aquel bailarín enamorado que corría tras ella en inverosímiles piruetas. Bernardo le cedió sus gemelos de teatro y pudo observar con todo detalle el rostro de la bailarina que tan bien conocía. Hasta los más pequeños gestos de su boca afrutada, al sonreír, eran la copia fidelísima de su querida Virgen. Al finalizar la función, acudió a la puerta de salida de los artistas y la vio de cerca un instante. Cruzó la calle corriendo acompañada de otra mujer, se metieron en un coche que les aguardaba y desaparecieron a toda velocidad. Sonaba la música de un organillo y un hombre cantaba: «*Julio Romero de Torres pintó a la mujer morena con sus ojos de misterio y el alma llena de pena*». Se quedó inmóvil sobre la acera con la mirada perdida hasta que Bernardo le sacó de su ensoñación.

—¿Dónde está la chica?

—Se fue con una mujer.

—Bueno, ya volverá ¿Qué te ha parecido el espectáculo? ¿Valía la pena?

—Por supuesto que sí. Sobre todo el ballet.

—Sí. Es lo más efectista. Por ahí se empieza. Luego te irás aficionando a la ópera.

—Si la bailarina cantara, seguro.

—¿Qué tal, vista de cerca?

—¡Preciosa! Es una mujer divina. Estoy enamorado. He de conocerla cuanto antes. No puedo dejarla escapar.

—Tranquilízate. Lo tuyo no es amor. Esa mujer solo se parece a la imagen del cuadro que te obsesionó en tu infancia. ¿Qué culpa tiene ella de pare-

cerse a un fantasma? ¿Cómo puedes decirme que estás enamorado de una mujer con la que nunca has hablado, ni sabes cómo piensa, ni conoces sus ideas? En realidad no sabes nada de ella. ¿Por qué de una vez no te quitas de la cabeza esa maldita obsesión?

—La quiero, Bernardo. Estoy seguro de que la quiero. La Virgen se ha hecho mujer y no puedo renunciar a ella.

—¿Pero no tienes suficiente con tus dos amigas?

—Esto es otra cosa muy diferente.

—¿Entonces?

—Te lo repito. Yo no tengo la culpa de seguir enamorado.

—Anda. Vamos a tomar algo.

Se sentaron en un lugar tranquilo y, mientras se limpiaba las gafas con el pañuelo, Bernardo observó asombrado que en la pupila del ojo de su amigo ya no brillaba la imagen de la Virgen.

—Desapareció en cuanto la vi bailando en el escenario. ¿No crees que debe de haber algo especial en todo esto?

—¿Y tú me lo preguntas? Claro que hay algo especial. La muerte. Recuerda que los cinco hombres que me ayudaron en el enterramiento de los cuadros que hicieron burla de ella murieron en una semana. Escuchaste lo que el Obispo pensaba de aquel cuadro maldito. Tus tías murieron por besar el cuadro y ahora has visto a la Virgen convertida en bailarina. ¿No es cierto? —Y sin esperar respuesta le preguntó: ¿Para qué quieres buscarte más desgracias?

—A mí no puede hacerme daño.

—¿Por qué? ¿Es que tú eres especial?

—Mi madre, desde pequeño, me decía que me encomendara a ella.

—Naturalmente. Es lo que dicen todas las madres a sus hijos. Que se encomienden a la Virgen. ¡Pero menuda Virgen resultó!

—Sin embargo, el año pasado, cuando acompañé al Ministro y al Embajador en su visita al museo, me lo volvió a decir.

—Estás verdaderamente loco. No me digas que tu madre vino desde el más allá. Lo que tuviste fue una alucinación.

—No, no. Estoy seguro de que no te hablo de una alucinación.

Bernardo sacó del bolsillo el vaporizador, se lo aplicó a la nariz, y apretó varias veces la pera de goma para hacerse las nebulizaciones. Las largas discusiones con Pablo lo ponían cada vez más nervioso y ahora, en Madrid, al salir a relucir de nuevo la dichosa Virgen, se le agudizó la obstrucción nasal impidiéndole respirar con normalidad.

—Perdóname si te he molestado Bernardo. Te prometo que no te hablaré más de este asunto.

—No, no. Ya me pasó. Ahora siento curiosidad por saber quién te dijo que te encomendaras a la Virgen. ¿No sería el Embajador inglés? Supongo.

—No. No fue el Embajador. La persona que me lo dijo me indicó también el lugar exacto donde estaban enterrados los cuadros. Luego alguna relación debería haber.

—Dime de una puñetera vez quién te lo dijo.

—La mujer del Ministro.

—¿La que se parecía a tu madre? No puede ser. Eso es cosa del diablo.

—¿Por qué del diablo?

Bernardo dudó un momento. Parecía que otra vez le costaba respirar. Volvió a hacerse las nebulizaciones y, algo más calmado, confesó:

—Porque detrás del cuadro de tu Virgen, entérate bien, estaba pintada la figura del demonio.

—Eso ya me lo dijiste. Si te consuela, te diré que siempre he notado a mi alrededor un tenue olor a azufre —bromeó Pablo—. Deja de preocuparte por el demonio. Eres ya demasiado mayor. Verás cómo respiras mejor si te olvidas de él.

—No puedo negar que desde que te conozco voy de sorpresa en sorpresa. Tienes tanta imaginación que no me explico por qué no te decides a escribir una novela. Aunque tengas la memoria llena de hormigas, podrías contar una buena historia.

No le fue difícil a Pablo conocer el hotel donde se hospedaba la compañía del Covent Garden y, a la mañana siguiente, la señorita Alicia Brown recibió en su habitación un espléndido ramo de rosas blancas con una tarjeta donde se leía: «*No soy un simple admirador. Necesito hablar con usted. Pablo Salcedo*».

Alicia no le dio ninguna importancia. Tiró la tarjeta a la papelera, dejó las flores sobre el escritorio, aspiró de nuevo su perfume y marchó al teatro para el ensayo.

A medio día, mientras comía en el hotel con dos de sus compañeras, el camarero le entregó un sobre de respetables dimensiones.

–Es de parte del señor Salcedo. La espera en el bar.

Ante la curiosidad de las amigas, se limitó a aclarar:

–Es de un pesado.

–¿Pero no vas a abrir el sobre?

Alicia lo abrió sin ganas y sacó una cartulina con una magnífica acuarela firmada por Pablo Salcedo. Era ella en un perfecto *grand jeté*.

–Será un pesado, pero no cabe duda que es un artista.

–¿Quieres que lo invitemos a tomar café?

Alicia no tenía ningún interés por las aventuras con desconocidos. Vivía totalmente inmersa en su trabajo y consideraba a los hombres como un estorbo para su profesión.

–Haced lo que queráis.

Pablo estaba eufórico. Se presentó como el conservador del Museo del Prado y durante unos segundos permaneció de pie contemplando a Alicia, arrobado y sin decir palabra. Al fin, se habían hecho realidad las palabras de su maestro don Leonardo Durán: «*Ella existe. Si persistes en buscarla, la encontrarás*».

–¿Le ocurre algo?

–Perdónenme. Pero soy muy sensible a la belleza.

Las tres mujeres rieron la respuesta. Tomó asiento y, al momento, se convirtió en el centro de la conversación. Se ofreció no solo a enseñarles

lo más interesante del museo, sino también a llevarlas a los más bonitos rincones de Madrid y, cómo no, a mostrarles un espectáculo del mejor flamenco que se bailaba en España.

Dos semanas más tarde, cuando la compañía finalizó sus actuaciones en Madrid, Alicia decidió quedarse para disfrutar con Pablo su mes de vacaciones. Había surgido una buena amistad entre ellos y, por primera vez, la bailarina comenzaba a sentirse a gusto junto a un hombre.

Pablo siguió el consejo de Bernardo y, aunque al principio tuvo que hacer grandes esfuerzos, no le habló para nada de la historia del cuadro ni de su infancia y adolescencia. Poco a poco, a medida que transcurrían los días, con la felicidad de tener a Alicia a su lado, se le iban borrando las obsesiones y los desagradables recuerdos del viaje a Málaga. Ahora, su mundo giraba única y exclusivamente alrededor de aquella mujer, de carne y hueso, en que se había convertido, la Virgen del Cuadro.

2ª PARTE

La otra familia del Capitán Salcedo

Nunca sentí un frío tan intenso como el de la Navidad de 1895 cuando el *Buenaventura* atracó en el puerto de El Havre. Tras haber permanecido una semana encerrada en la cámara por el temporal que nos acompañó los últimos días de navegación, salí a cubierta para desembarcar. La ventisca nos clavaba en el rostro pequeños alfileres de hielo, pero he de confesar que aquel frío inimaginable en mi Cuba natal me traía una gran alegría: llegaba a Europa en compañía de mi marido, el capitán Pedro Salcedo, y de nuestra hija Virginia para emprender una nueva vida.

Desde que nací, mi madre albergaba grandes preocupaciones por el color de mi piel, y mi padre, hombre de sabias palabras, como canónigo penitenciario que era, procuraba tranquilizarla:

—No sufras mi amor. Tienes una piel hermosa como el color de las avellanas recién tostadas.

En aquellos años, yo siempre me sentía inmensamente feliz, pues, amén de tener esa gotica de leche clerical que me hacía diferente por la condición sagrada de mi padre, y el color negro de mi madre, me daba la gracia de estar entre el resplandor de las blancas y el oscuro misterio de las mulatas. Lucía el rostro sonrisueño, los ojos azabachados y enigmáticos, la boca dulcemente afrutada, y una negra cabellera que, cuando me miraba desnuda en el espejo, me cubría los pechos como la María Magdalena del tapiz que presidía el despacho del señor Arzobispo de La Habana. Tuve además una educación muy esmerada, pues por recomendación de la Baronesa de Zafra, de la que mi padre era director espiritual, ingresé en el Colegio de las

Hermanas del Sagrado Corazón donde se formaba lo más selecto de la buena sociedad habanera. Por todas estas razones, mi padre, con la experiencia de sus años de confesionario, volvía a tranquilizar a mi madre, una mujer de ébano extraordinariamente bella diciéndole:

—No sufras mi amor. Será una mujer afortunada. Ha recibido todos los sacramentos y además, con ese cuerpo espléndido que Dios le ha dado, verás cómo consigue un excelente marido.

El día de mi graduación, con diecinueve años recién cumplidos, coronada de tirabuzones y vestida de blanco de la cabeza a los pies, en el baile de gala que el Gobernador de la isla daba en su palacio, se hicieron realidad las palabras de mi padre.

—Señorita Martina. ¿Me concede este baile?

Alto, sonriente, el pelo ensortijado, impecable uniforme de marino, me rodeó el talle. Sentí un estremecimiento y mirándole a los ojos como hipnotizada, incapaz de oponerme, me dejé llevar por la irresistible música del *Vals de los patinadores*. Bailé con los ojos cerrados envuelta en el exotismo de un lejano paisaje de nieve, como el que se veía en el pisa-papeles de cristal que mi padre tenía encima de su escritorio, junto al crucifijo y a la cajita de rapé.

Yo apenas sabía nada del amor, pero si el comienzo era el escalofrío que me produjo la proximidad del marino con olor a ron y a hierbabuena, imaginé que podría convertirse en algo extraordinario, y me fue fácil olvidar las promesas de pureza que, todos los sábados durante la sabatina, hacíamos en la capilla del colegio a los pies de la Virgen.

Bailábamos tan arrobados, que llegué a creer que estábamos solos en el salón y, con la respiración entrecortada, dejaba que me apretara contra su cuerpo sintiéndome feliz entre sus brazos, mientras susurraba en mis oídos las primeras palabras de amor que oí en mi vida.

Rompió mi carné de baile y me dijo muy serio:

—Te quiero solo para mí.

Al finalizar el baile me llevó al jardín y en verdad he de reconocer que,

cuando me besó a la luz de la luna, envuelta en aromas de jazmines y begonias, tuve la certeza de que el amor era lo más maravilloso del mundo.

Todavía ahora, a mis setenta y un años, aquí en Marsella, contemplando el extraño y fascinante cuadro que hizo pintar a la semana siguiente de nuestra boda, resuenan en mis oídos sus palabras durante aquel baile en el que me describió, *sotto voce*, los placeres que compartiríamos juntos, y que abrieron así mis inocentes oídos a todo un gozo de palabras, nunca oídas, que me llenaron de excitación. Y he de confesar que, aún hoy, siento en mi piel, ajada por el tiempo, el divino cosquilleo de nuestro primer vals. Así comenzó una relación que vino a durar exactamente treinta y cuatro años, doce en la Habana y veintidós en Marsella.

Si te enamoras de mí,
ha de gustarte la mar,
y en un velerito blanco
yo te llevaré al altar.

Nos casó mi padre revestido de pontifical mientras mi madre, arrodillada en su reclinatorio en la penumbra del trascoro, lloraba de alegría y el coro de las monjas del Colegio del Sagrado Corazón cantaba la maravillosa misa de Santa Cecilia, una obra maestra de Haydn por la que mi padre sentía una gran admiración.

Nos fuimos a vivir a un lindo palacete en El Cerro, frente al puerto de La Habana. Un lugar ideal para contemplar el trasiego de los barcos que entraban y salían a todas las horas del día. Tuve también la inmensa suerte de que el Capitán, aunque no tenía ningún interés por la lectura, me permitió llevar mis dos baúles llenos de libros que gracias a mi padre fui reuniendo desde que a los seis años aprendí a leer. La mayoría de ellos procedían de la biblioteca de un hijo de la Baronesa; un escritor maldito que fue expulsado de la Corte por sus escándalos que culminaron con la publicación de *El Rey del Azúcar* donde sacaba a la luz pública, no solo

los amores de Godoy con la reina María Cristina, sino también la venta fraudulenta de la Real Fábrica de Azúcar.

Siguiendo la tradición, atravesé el dintel de la puerta en brazos del Capitán.

—A partir de hoy, esta será nuestra casa —anunció el marino—. Espero que te encuentres a gusto en ella.

Quedé deslumbrada. He de reconocer que el Capitán tenía un gusto extraordinario por las cosas bellas y había decorado la casa con gran cantidad de detalles recogidos a lo largo de sus viajes. Sin embargo, en aquella mansión tan acogedora y rodeada de todas las comodidades, no podía disimular un cierto desasosiego, porque, pocos días antes de la boda, llegó a mis oídos que el Capitán pertenecía a una secta de adoradores del diablo. He de confesar que a causa de tantas emociones tengo un recuerdo confuso de aquellos primeros días mezcla de grandes alegrías y miedos infantiles.

Un buen día, mi marido llegó a casa acompañado de un elegante caballero de mediana edad y, sin ningún preámbulo, me dijo:

—Es el pintor don Leonardo Duranelli. Quiero que te immortalice.

No supe qué decir ante lo inesperado de la situación. No salía de mi asombro, y el Capitán, como si fuera la cosa más natural del mundo, le preguntó:

—Dígame señor Duranelli, ¿quién es entre todas las mujeres la más extraordinaria del mundo?

—La Virgen. Sin duda.

—Pues quiero que la pinte como una Virgen.

Me tomó de las manos, me atrajo hacia él y, ante mi sorpresa, me llenó de besos delante del pintor.

—Vístete con el manto de la Virgen. Debes hacer honor a tu condición.

Y es que, por extraño que parezca, permanecía virgen. Aún no se había consumado nuestro matrimonio, pues el Capitán, seguramente satisfecho por otras mujeres, se entretenía conmigo llenándome de caricias y sonriendo ante mis jadeos, mientras me debatía llena de excitación esperando

que penetrara en mí. Yo me preguntaba el porqué de esa incomprensible demora, y más de una vez sentí miedo por la cantidad de historias, a cual más extraña, que se contaban sobre su persona.

Cada vez que el *Buenaventura* llegaba a Cuba, el nombre del capitán Salcedo levantaba una estela de comentarios en el puerto de La Habana. Se decía que era un apasionado de la carne del color de avellana y hasta mí llegaron noticias de un trágico suceso. Me aseguraron que, en un raptó de locura, había dado muerte a una mulata tras someterla a las más terribles vejaciones. Confieso que viví días de intensa zozobra hasta que, al fin, decidí preguntarle por el suceso que me obsesionaba. Me miró sonriendo. Me tomó sobre sus rodillas con toda delicadeza y, abrazándome contra su pecho, me susurró al oído:

—Martina, amor mío, quiero que sepas que yo he hecho de ti el único tabernáculo para guardar todos los tesoros de mi amor.

Me cubrió de besos acariciándome los pechos y yo, enamorada del apuesto marino, solo supe decirle:

—Tú sabes que tengo siempre abierta la puerta de mi sagrario. Pero ¿cuándo vendrás?

—En cuanto Duranelli termine de pintarte. Podría romperse el encanto de tu rostro y mi deseo es que el cuadro sea el retrato de una verdadera virgen.

He de reconocer que muchas veces el capitán Salcedo me sorprendía con sus extrañas ocurrencias, pero era tal la veneración que me profesaba que fácilmente me adaptaba a sus deseos mientras esperaba paciente esa noche de bodas que tanto se demoraba.

Los tres meses siguientes a mi matrimonio, antes de que el Capitán lo consumara, estuve posando todas las tardes, vestida con el manto de la Virgen, para el pintor Leonardo Duranelli. Durante aquellas largas sesiones, interrumpidas muchas veces para mi descanso alrededor de una taza de café, nació entre nosotros una mutua simpatía que alentó interesantes conversaciones sobre lo divino y lo humano. En realidad a él no le gustaba

la palabra divino, se declaraba convencido evolucionista y, aunque creía en lo mágico, no mostraba ningún interés por lo religioso y negaba la existencia del cielo y del infierno. Aseguraba que esos lugares estaban aquí, en la tierra.

El pintor era un ameno conversador, la faceta que le faltaba al Capitán, poco dado a la charla que tanto nos gusta a las mujeres. Delgado y muy alto, de facciones agradables y pelo negro en forma de melena que le caía hasta los hombros, se adornaba con una ligera cojera, quizás fingida, que daba una extraña elegancia a sus movimientos y, aunque no eran tan viriles como los del Capitán, hacían de él un hombre interesante. Pero curiosamente eran sus ojos lo que más me turbaba, parecían dos brasas que cambiaban constantemente de color pasando del rojo incandescente al negro carbón. Me daba la sensación de que si los tocaba me quemaría, pero había tal dulzura en su rostro que nunca sentí ningún temor.

Leonardo Duranelli sabía de todo. Conocía infinidad de leyendas y, al contarlas, tenía la gracia de escenificarlas transmutándose en varios personajes como si estuviera sobre un escenario. Cómo me reía cuando, al vestirse con mis trajes, tomaba la paleta y los pinceles y, se asomaba por la puerta, mientras decía con voz de falsete:

—¿Puedo pasar? Soy la célebre pintora doña Leonora Durán. Vengo a inmortalizarla para la posteridad.

—¿Nunca oíste hablar de la doble sexualidad? Todos tenemos una parte de hombre y una parte de mujer. Algunos no tienen problema en aceptarlo y esa dualidad camaleónica les permite adaptarse sin traumas a las distintas situaciones a las que les lleva la vida. Otros se aferran desesperadamente a una sola y se convierten en machistas o feministas a machamartillo, lo que hace muy difícil la heterosexualidad.

Los razonamientos de Duranelli eran de una racionalidad aplastante. Además, poseía un don especial: acostumbraba a elogiar a la persona que pintaba, con lo cual, el modelo se abandonaba fácilmente a sus palabras y se le mostraba con toda la naturalidad.

–Así, así, Martina. Sin dejar de sonreír y con esa divina mirada propia de una virgen.

–¡Habéis dicho divina! –Le advertía yo con una sonrisa.

–Perdonad. Viéndoos tan hermosa se me va el santo al cielo.

–¡Y ahora habéis dicho cielo!

–Está bien. Está bien, he cometido un error. Para pagar mi culpa os contaré un cuento de *Las mil y una noches*.

Comenzó a hablar y, a medida que el relato avanzaba, solo tenía que cerrar los ojos para encontrarme sobre una alfombra voladora que me llevaba a Damasco, al palacio de mármol rosa del sultán Omar Al-Raschid. Al llegar, los eunucos me tomaban en brazos y me introducían en el serrallo para bañarme en leche de camella y ungirme con esencias, mientras la música de cítaras y violines me daba la bienvenida, y un coro de odaliscas disponía el harén para el encuentro con el Sultán. No me atrevo a escribir aquí las palabras tan bellas con que Duranelli me contaba los ágapes amorosos del Sultán, pero llegaba a sentir tal excitación que a veces tenía que pedirle que guardara silencio.

Duranelli tenía en su voz un enorme poder de persuasión. No era solo una voz monocorde y aflautada como la de los castrati que usaba cuando se travestía, sino que estaba llena de matices y subía y bajaba el diapason abemolándola hasta tal punto, que parecía arrullarte con la entonación armoniosa de sus palabras.

A medida que transcurrían los días, la amistad con aquel hombre extraordinario me resultaba cada vez más gozosa y experimentaba una enorme felicidad al sentirme atrapada en sus redes.

–La verdadera magia de un cuadro –decía Duranelli– solo se consigue mezclando la pintura con los fluidos corporales del modelo.

Y me pedía lágrimas para iluminar mis ojos, saliva de mi lengua para perfilar mis labios, e incluso llegó a pedirme unas gotas de menstruación para arrebolar la ligera morenez de mis mejillas. Yo creía a pies juntillas todo lo que me decía y la pintura iba surgiendo con tanta fidelidad sobre el lienzo

que, cuando la miraba, me parecía estar contemplándome en un espejo. No pude dejar de preguntar:

—¿Es posible que un cuadro llegue a tener vida propia?

—Por supuesto y te aseguro que con el paso del tiempo llegarás a comprobarlo tú misma.

Un buen día que el Capitán llegaba de viaje, maravillado de tanta perfección, ordenó a Duranelli que hiciera una copia del cuadro para llevárselo a España.

—La entronizaré en el salón principal de la casa para que todos te veneren como una santa —Y dirigiéndose a mí añadió—: Deshazte las trenzas. Así inspirarás mayor devoción.

Años más tarde supe que este segundo cuadro que el Capitán llevó a España, no solo inspiró una gran devoción, sino que llegó a tener vida propia.

—He pensado —apuntó Duranelli— poner a los pies de la Virgen una alegoría de escenas cubanas.

—¿Parecido a las estampas de la Virgen del Carmen con las ánimas del purgatorio? —preguntó el Capitán.

—Sí. Algo así, y también algunas escenas de naufragios.

—Es una idea magnífica. Ya sabe usted que la Virgen del Carmen es la patrona de los hombres de la mar y yo le profeso gran devoción.

Se acercó a mí y, despojándome del pesado manto recamado de oro y plata, me besó otra vez con cierta desverguenza como queriendo encelar al pintor. Luego supe que, desde que me conoció, Duranelli tuvo celos del Capitán. Además, aunque no me lo dijo hasta más tarde para no asustarme, estaba convencido de su culpabilidad en el trágico suceso de la mulata violada y asesinada y, para vengar aquel crimen, decidió pintar en el reverso del cuadro de la Virgen, usando una técnica secreta, la figura del demonio que solo aparecería al ser iluminado con la luz de acetileno.

Poco a poco, entre café y conversación, el lienzo iba llegando a su fin y,

un atardecer, mientras Duranelli me ayudaba a liberarme del manto, coincidiendo con la ausencia del Capitán, me dejé estrechar entre sus brazos. Me sentía como una gata en celo. Habiendo estado tanto tiempo al borde del divino precipicio ya no tenía fuerzas para soportar ni un día más el cruel ayuno al que me sometía mi marido y me entregué con pasión al festín del amor. Vivimos días apasionados llenos de nuevos descubrimientos donde al cerrar los ojos en el máximo delirio, alcanzaba a ver las estrellas del firmamento. Y fue todo tan excitante que, desde entonces, por extraño que parezca, se me acentuó todavía más el deseo de ser poseída por el Capitán, pues no dejaba de preguntarme cuántas serían las constelaciones que podría descubrir haciendo el amor.

Fueron nueve días los que tardó en llegar mi marido. Todo un glorioso novenario de gozos, cuyo recuerdo, todavía hoy, permanece imborrable en mi memoria porque, a mis años, recordar, es la única manera de detener el tiempo.

Con el regreso del Capitán volvieron a llegar a mis oídos nuevas noticias de sus aventuras extramuros y de su terrible crueldad. Sentí miedo y abandoné los encuentros con el pintor presa de remordimientos y atemorizada por lo que pudiera ocurrirme si se enteraba.

–Se dará cuenta de que he perdido la virginidad.

–No te preocupes. Tu rostro será siempre el de una virgen.

Estaba muy nerviosa la noche en que, para celebrar la última pincelada de los cuadros, nos sentamos a cenar los tres, y el Capitán, tras deshacerse en elogios por la belleza de las pinturas, dijo sonriendo, al tiempo que me tomaba de la mano:

–No sé si felicitar a la modelo o al pintor. Pero no cabe duda de que ha existido una gran compenetración entre los dos, ¿me equivoco?

Sentí un escalofrío y sacando fuerzas de flaqueza iluminé mi cara con una falsa sonrisa y propuse levantando la copa:

—¡Un brindis por el señor Duranelli!

El Capitán apuró su copa y acercándose a los dos lienzos los observó detenidamente entre comentarios de admiración. De pronto soltó una carcajada.

—¡Magnífico! Ya veo que me ha pintado a mí como una de esas ánimas del purgatorio que imploran el favor de la Virgen. Estoy seguro de que a mis padres les complacerá mucho verme a los pies de esta Virgen cubana.

Pero de lo que no se dio cuenta fue de que, entre aquellos personajes, Duranelli también se había pintado a sí mismo vestido de mujer.

Tras los elogios, el Capitán volvió a sentarse, escanció una buena dosis de ron y llevado por una de sus fantasías le propuso al pintor:

—Me gustaría que en el reverso del cuadro que se quedará aquí, pintara a mi mujer desnuda.

Lo dijo sin darle importancia, como si fuera la cosa más natural del mundo, mientras removía el azúcar y el ron en la taza medio llena de café.

Duranelli se quedó atónito. Creo que los dos pensamos que el Capitán conocía nuestra relación. Por un momento, el artista no acertó a contestar. Terminó de comer el dulce de papaya con el mismo placer con que lamiscaba mi cuerpo, encendió un aromático cigarro de Vuelta Abajo y, mirando fijamente al marino, le contestó con toda naturalidad:

—Será para mí un gran honor. El desnudo es uno de los temas más difíciles para un pintor.

—Confío en que lograréis una verdadera obra de arte.

—Espero no defraudaros. Os prometo que pondré mis cinco sentidos en el trabajo.

—Ver, oír, oler, gustar y tocar —Sonrió el Capitán— No creo que haga falta que pongáis los cinco sentidos. Será suficiente solo con el primero. Ver... y pintar

—Por supuesto. Era solo una frase.

Cuando se retiró el pintor y nos quedamos solos, el color avellana de mis mejillas se había teñido de púrpura. Estaba terriblemente nerviosa y el Capitán intentó tranquilizarme.

–No debes de preocuparte, amor mío. Necesito estar celoso para desearte más.

Se acercó a mí y comenzó a desnudarme explicándome las emociones que experimentaría el pintor cuando fuera descubriendo los encantos de mi cuerpo. Me estremecí horrorizada pensando qué sería de mí si descubría que todo lo que él imaginaba ya había sucedido.

–No tiembles. Será un juego. Un secreto compartido solo entre nosotros.

Le brillaban los ojos. Apartó platos, vasos y cubiertos de un manotazo dejando solo sobre el mantel los dos candelabros de plata coronados por la llama parpadeante de las velas, y me tendió desnuda sobre la mesa. Estaba cada vez más excitado, pero se movía y hablaba con lentitud recreándose en aquel extraño juego que acababa de idear. Tomó del suelo un cuchillo y un tenedor y fue tanteando mi cuerpo mientras decía:

–No cabe duda. Eres un bocado muy apetitoso digno de la mesa de un Cardenal. Te confieso –añadió con una sonrisa– que siempre deseé ser uno de ellos para poder gozar de estos bocados tan exquisitos.

Sentía las puntas del tenedor y el filo del cuchillo recreándose en mis partes más sensibles. No me hacía daño, pero el recuerdo del asesinato de la joven mulata y mi relación con Duranelli, me producía tal pánico que sudaba, hasta el punto que comenzó a salir humo por varias partes de mi cuerpo. Esto pareció entusiasmar al Capitán y exclamó relamiéndose los labios:

–Muy bien, amor mío. Ahora, después de este primer hervor, prepararemos el sazonado.

Me untó con manteca perfumada de especias. Coronó mis pechos con dos rodajas de piña. Espolvoreó sobre el vientre dulce de coco. Me trufó el culo con ciruelas claudias y cerezas. Vacío un tarro de confitura de papaya sobre el bajo vientre y, tras tañer con suavidad la campanita rosa de la entrada de la gruta del placer –como la llamaba Duranelli–, se entretuvo esparciendo mermelada de fresas hasta lo más profundo de mi sexo. Comencé a sentir la llegada del orgasmo y no pude evitar un grito de placer.

Él insistió en sus caricias y yo busqué entre sus ropas el bendito miembro. Lo tomé entre mis manos y acabamos los dos gimiendo de gozo. Luego derramó vino de malvasía sobre todo mi cuerpo, se anudó al cuello una servilleta y comenzó a lamerme desde la cabeza a los pies.

Al finalizar el glorioso ágape, tampoco penetró en mí, pero he de confesar que sus manos obraron maravillas y, puesta a comparar con los goces que experimenté con Duranelli, no supe decidir cuáles fueron los más placenteros, porque el Capitán, sin penetrarme, usando solo sus manos y su boca, me hizo sentir por tres veces la culminación del placer. Entonces comprendí que el número de constelaciones era infinito. El cielo del gozo estaba lleno de planetas, satélites, asteroides, cometas y estrellas fugaces del más variado colorido.

Después del banquete, tuve la certeza de que mi marido no sospechaba mi relación con Duranelli. Había entrado con su mano hasta el fondo de la cueva del tesoro sin echar de menos ningún impedimento. Le notaba feliz, seguro de sí mismo, pero no lograba comprender aquel deseo de querer mantenerme virgen y su entrega desafortunada al juego de los celos mientras posaba desnuda para Duranelli.

Ni qué decir tiene que las sesiones de pintura durante las ausencias del Capitán, se convirtieron en un tiempo de placer que no fue óbice para que Duranelli hiciera un magnífico trabajo, un retrato fidelísimo tan lleno de matices e insinuaciones que, yo misma, todavía hoy, no puedo dejar de sentir un ligero rubor de vergüenza cuando lo contemplo.

En esta ocasión, la pincelada final de mi desnudo la celebramos los tres con una cena a bordo del *Buenaventura*. Era la primera vez que me llevaba a su barco y se deshizo en amabilidades mostrándome aquel magnífico navío que, como siempre decía, amaba más que a las niñas de sus ojos. En su camarote, de madera de teca y muebles ingleses dignos de un hotel de lujo, percibí un olor especial que me hizo sospechar la presencia de alguna

mujer, y otra vez vinieron a mi mente las historias turbias del Capitán. Esperaba conocer entonces al contraamaestre Matías del que tanto me había hablado, pero aquel día estaba de permiso. Tampoco tuve ocasión de conocerlo durante el viaje a Marsella, pues en aquel tiempo el Contraamaestre se reponía en la casa de su tío el Obispo de Mondoñedo de unas fiebres tercianas que pilló en Malta.

Yo pensé que aquella noche el Capitán haría comentarios, más o menos atrevidos, sobre el cuadro para poner incómodo al pintor, pero la velada transcurrió en la más absoluta normalidad, hasta tal punto que me sentí molesta, pues los caballeros, con el habano entre los dedos y las copas colmadas de licor, se entretuvieron charlando sobre temas de política, como dos contertulios de casino, sin apenas reparar en mi presencia.

Finalizado el último brindis, antes de despedirnos, el Capitán se puso en pie, se acercó a mí, y soltándome el prendedor y las agujas que sujetaban mi pelo recogido en un moño, lo dejó caer en cascada sobre mis hombros. Se retiró unos pasos para contemplarme a placer y preguntó a Duranelli:

—¿Cómo cree usted que está más virginal, con el pelo suelto o recogido? —Sin esperar la respuesta, el Capitán le mostró las agujas diciendo—: La diferencia está simplemente en la punta de estas agujas. Fíjese bien en ellas y lo comprenderá.

Se las acercó para que las observara con detalle. Duranelli las miró detenidamente. Y de súbito, con un rápido movimiento, mi marido se las clavó en los ojos. El pintor profirió un grito y cayó al suelo desvanecido por el dolor.

—Así, amigo Duranelli, ya no podréis volver a ver el cuerpo de mi mujer.

Aterrada por el espanto, tuve que hacer de tripas corazón para no delatar mi amor hacia Duranelli; y solo cuando volvimos a casa y me encerré en mi habitación pude llorar la enorme desgracia.

Al día siguiente, todavía horrorizada, pensando que el Capitán estaba poseído por el demonio, fui a la Catedral para contárselo a mi padre. Me

escuchó con toda atención y luego, tomando un pequeño frasco de cristal, se acercó a la pila de agua bendita y lo llenó:

–Toma. Échala en la jarra de agua y procura que tu marido la tome durante la comida del mediodía. A esa hora yo celebraré el ritual del exorcismo.

–Estoy muy asustada padre.

–Tranquilízate hija. El demonio nunca ha podido con la Iglesia.

–Pero no me negaréis que su comportamiento es muy extraño. Nunca pensé que llegaría a ese grado de crueldad con el pintor.

–Es el pródromo del matrimonio no consumado –Me aclaró mi padre– Según aparece en los tratados de demonología, es un estado de ánimo, que se da en este tipo de sujetos celosos.

Regresé a casa sobrecogida por el espanto. La presencia del demonio en el cuerpo de mi marido me aterraba. Se sentó a la mesa para comer como si no hubiera pasado nada. Yo no me atreví a bendecir la mesa porque todavía aprecié en sus pupilas el brillo luciferino de los posesos. Procuré comportarme con naturalidad y, durante toda la comida, estuve pendiente de que no le faltara el agua en su vaso.

Por extraño que pueda parecer, a media tarde finalizaron mis miedos. Se despertó de la siesta y me llamó a su lado. Acudí atemorizada y me di cuenta al instante de que había desaparecido de sus pupilas ese brillo demoniaco. El agua bendita y las oraciones de mi padre le habían liberado del maligno.

Mandó a los criados que prepararan el landó. Nos vestimos los dos como en el día de nuestra boda, y dimos un largo paseo por las principales calles de La Habana. Cenamos en el mejor restaurante y regresamos a casa dando un largo paseo bajo las estrellas mientras las olas rompían sobre el malecón.

Habían transcurrido cuatro meses desde el casamiento, y por fin, aquella noche el Capitán consumó el matrimonio. Seguramente, por los miedos vividos durante aquellos días, fue para mí una noche nublada, exenta de

sucesos extraordinarios y ni siquiera pude contemplar la Vía Láctea, como si la bóveda celeste se negara a manifestarse.

Con el nacimiento de nuestra hija Virginia, mi vivo retrato, se cumplió uno de los máximos anhelos del Capitán, pero lo que nunca llegaría a saber es que su querida niña era en realidad hija de Duranelli. Yo lo presentí desde el día siguiente de una relación inolvidable con el pintor en un atardecer lluvioso de colores evanescentes impregnado de olor a faurestina y heliotropo, y lo confirmé el día de la primera falta de la regla.

Unos años más tarde, los armadores del *Buenaventura* cambiaron la ruta del barco con gran disgusto del Capitán y apenas nos veíamos cuatro o cinco veces al año. Entonces comprendí que la vida de las mujeres de los marinos estaba llena de soledades. Durante el día, la pequeña llenaba mis horas, pero en los atardeceres, cuando el cielo del trópico tachonado de palmeras se teñía de romanticismo y, sobre todo, durante las noches, dando vueltas desnuda en la cama vacía, la soledad se tornaba insoportable y se despertaba en mí el recuerdo de Duranelli. Muchas noches, llena de ansiedad, con el celo quemándome las entrañas, lo buscaba por todos los rincones de la casa rastreando el olor de la pintura tierna y la trementina que desaparecieron con él.

Una mañana, tras una noche de turbulentos sueños, me desperté presa de la desesperación y me lancé a la calle. Recorrí La Habana buscando, entre la caterva de mendigos y lisiados que poblaban las calles, a un ciego llamado Duranelli. Pero todo fue inútil y, al mediodía, extenuada por el calor de un sol de justicia que caía a plomo sobre la plaza de la catedral, después de indagar por enésima vez entre los pobres que se apelotonaban en las escalinatas, decidí preguntarle a mi padre.

Acababa de celebrar la misa y llegaba a la sacristía para quitarse los ornamentos. Me miró sonriente y comprensivo como siempre lo había sido conmigo.

–No sabía yo que Duranelli era santo de tu devoción.

–Todo sucedió durante los días que posé para el cuadro.

Bajé los ojos un poco avergonzada y él, cogiéndome las manos, me preguntó:

–¿Compartiste con él la felicidad?

–Sí, padre.

–Pues ¡alabado sea Dios!

Me quedé mirándolo a los ojos sin atreverme a decir lo mucho que necesitaba encontrarle, y él, sin dejar de sonreírme, me dijo:

–Y qué puede desear un padre para su hija, más que la felicidad. Escucha: Duranelli quedó ciego pero lo curó la Virgen del Cobre, la patrona de Cuba, cuyo retrato preside el altar mayor –Dobló la casulla sobre la mesa, se quitó la estola y el amito, y, mientras se desanudaba el cingulo, añadió–. Ahora está decorando la iglesia de Cienfuegos. Ya sabes que es un maestro de la pintura religiosa.

Le abracé llorando de alegría y salí corriendo de la catedral. Mandé que prepararan el landó y partí aquella misma tarde para Cienfuegos enfebrecida por la emoción de poder encontrarlo.

Los extensos valles de caña dulce y palmeras salpicados por blancos bohíos se sucedían cruzados a veces por la cinta de plata de algún riachuelo. De vez en cuando, las altas chimeneas con su penacho de humo indicaban la presencia de ingenios y trapiches donde se cocía el guarapo para el azúcar. Poco a poco, la extraña luz que iluminaba el cielo se fue amaratando hasta caer la noche. Descansé apenas lo justo en una posada a mitad de camino y, en cuanto amaneció, emprendí de nuevo el viaje.

Al llegar a Cienfuegos no me fue difícil encontrar la iglesia. Sonaba la campana anunciando la misa y varias personas se dirigían hacia la puerta principal. En su interior, un andamio de maderas entrelazadas se elevaba hasta la cúpula. Empujada por la fuerza irresistible del deseo no lo pensé dos veces y trepé escaleras arriba. Al verme, pinceles y paleta cayeron de sus manos. Le ví emocionarse por primera vez. Me abrazó llenándome de

besos y allí mismo, pegados a la bóveda, en la plataforma desde donde pintaba a las divinidades angélicas, hicimos el amor entre glorias y aleluyas arrullados por el coro que interpretaba la Misa Solemne de Monteverdi.

—¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Hosanna al que viene en nombre del Señor!

El Capitán siempre estuvo enamorado de la niña. Vivía pendiente de ella. La mimaba consintiéndole todo y se entretenía vistiéndola y jugando con ella como si fuera una muñeca. Recuerdo que, a las pocas semanas de nacer, la tomaba sobre la palma de la mano y la paseaba por los muelles de La Habana voceando orgulloso:

—¡Es mi hija! ¡Es mi hija Virginia!

El tiempo cubano giraba al son de danzas y danzones, y la niña, ya desde la cuna, sonreía feliz cuando hasta ella llegaba cualquier música. En cuanto comenzó a dar los primeros pasos mostró una pasión innata por el baile y en todas las fiestas y saraos, fueran de los amos o de los sirvientes, allí estaba ella moviéndose con la gracia alada de los ángeles.

Cuando a los siete años, mi padre, el penitenciario de la catedral, le dio la Primera Comunión, el Capitán, viéndola resplandeciente con su corona de flores de azahar y el traje blanco de organza ribeteado de encaje hasta los pies, me decía entre risas:

—Es tu vivo retrato, amor mío. Procura no morirte, porque acabaría casándome con ella.

Seguía con sus fantasías. Era incorregible. Lo bueno o lo malo, nunca lo supe, era que las expresaba en voz alta. No tenía ningún cuidado y muchas veces me hacía enrojecer en público. Yo descubrí muy pronto que aquella actitud mía de vergüenza y recato le excitaba sobremanera y, con el paso del tiempo, procuré seguirle el juego para mantenerle ilusionado.

Años más tarde, al instalarnos en Marsella, a Virginia le faltó tiempo para pedirnos ir a una escuela de danza, y el Capitán y yo removimos Roma con Santiago hasta lograr que fuera admitida en el Conservatorio. Al año

siguiente, el día del festival de fin de curso sonó el *Vals de los patinadores*, y mi marido, recordando nuestro primer baile, viéndola bailar en escena con todo el encanto de su cuerpo adolescente, no lo podía creer y volvió a decirme:

–Está divina. Si te mueres, me casaré con ella.

Y en realidad se hubiera podido casar con ella, porque Virginia no era hija del Capitán.

En 1895, cuando Virginia cumplió diez años, mi marido, preocupado por las revueltas independentistas que llenaban de sangre la isla y harto de las largas separaciones, decidió trasladar la casa de La Habana a Marsella. Tuvo la suerte de que le dieran el mando de uno de los nuevos barcos bautizado también con el nombre de *Buenaventura*, que hacía la ruta entre Málaga, Marsella y Alejandría.

No me fue fácil abandonar Cuba y a mis padres, lo peor fue tener que separarme de mi amado Duranelli con quien compartía muchos días de gozo durante las ausencias del Capitán. Después de que nos volvimos a encontrar en Cienfuegos, gracias a mi padre, se trasladó a La Habana, y, auspiciado por el Cabildo Episcopal, vivía en un antiguo palacio, en la misma plaza catedralicia, dedicado a la restauración de las pinturas religiosas que tanto abundaban en los principales conventos e iglesias de la diócesis.

Duranelli fue para mí un hombre excepcional, apasionante y extraño a la vez, del que muchas veces llegué a pensar que no era de este mundo. Con tantas confidencias como tuvimos, nunca me habló de su familia ni de dónde venía; ni siquiera logré adivinar su edad pues mezclaba la pasión de un joven con la sabiduría de un hombre maduro. Era tanto el bien que producía en mí, que llegué a pensar si sería un arcángel enviado por Dios, a instancias de mi padre, para alegrar mi vida. Antes de partir para Marsella le pregunté:

—¿Cuándo volveremos a vernos?

Sonrió y poniendo sus manos sobre mis hombros, como si fuera el maestro que habla al discípulo, me susurró:

—Yo estoy en todas partes. Si me necesitas, llámame y me encontrarás.

La respuesta la selló con un larguísimo beso que, todavía hoy, busco algunas veces acariciándome los labios con la lengua.

Ahora, con la perspectiva que dan los años, cuando pienso en mi amado Duranelli, todavía no logro comprender sus relaciones con lo divino y lo humano. No mostraba ningún interés por lo religioso, negaba la existencia del cielo y del infierno y, sin embargo, no solo era un excelente pintor de temas religiosos sino que le encantaba tocar en un pequeño armónium que tenía en su residencia las cantatas de Bach, las misas de Haydn y Haendel, los conciertos de Navidad de Corelli,...

Mi padre me había hablado muchas veces de las impresiones que tuvo cuando a los veinticinco años, recién ordenado sacerdote, desembarcó en Cuba. Desde el fascinante olor a especias, hasta la vegetación que todo lo cubría, pasando por la inmensa variedad de colores de hombres y mujeres, el Nuevo Mundo le subyugó en el mismo instante que puso pie en tierra cubana. Ahora, también experimentaba yo un cúmulo de emociones al describir Europa. Una tierra desconocida para mí, vislumbrada apenas en los libros y en las palabras de mi padre cuando me hablaba de su familia de origen sefardí que, tras vivir errantes por media Europa, acabaron instalándose en Zaragoza, donde curiosamente, para pasmo de toda la familia judía, acabó él ingresando en el seminario.

—Creo, Martina —Me dijo una tarde mientras me enseñaba en un mapa del Viejo Continente los itinerarios de diásporas de sus padres y abuelos— que debo ser al único cura circuncidado.

Como el *Buenaventura* debía permanecer en el puerto de El Havre para ser reparado, viajamos en ferrocarril hasta Marsella. El camino, atravesando

Francia, fue para mí el prodigioso encuentro con un nuevo mundo: viñedos, castillos, ciudades amuralladas... Marsella era una gran ciudad asentada a orillas del Mediterráneo con un mar y un cielo completamente diferentes a los del trópico. Entonces comprendí que no existía una única belleza, sino que en la diversidad habitaban todo tipo de preciosidades.

Reinaba una extraordinaria actividad en sus calles con tiendas lujosas, bares animadísimos y gentes elegantes que vivían envueltas en un estilo y un ritmo mucho más acelerado que el de La Habana. Desde el primer momento, tuve la intuición de que, en aquella ciudad, las ausencias del Capitán iban a ser mucho más llevaderas. ¡Y si para colmo hubiera estado allí Duranelli...!

El Capitán había comprado una magnífica casa en *Le Canebier*, asomada al mar, desde cuyos balcones se divisaba todo el ajetreo de los muelles. Era un lugar privilegiado para contemplar las llegadas y salidas del *Buenaventura* acompañada de la niña que me acosaba a toda hora preguntando: «¿Cuándo viene papá? ¿Cuándo viene papá?»

Virginia, exenta de la voz de la sangre, estaba enamorada del Capitán, para el que guardaba todos sus mimos y caricias, y yo me preguntaba qué extraños mecanismos de la mente hacían que mostrara sus preferencias por el falso padre dejándome a mí en un segundo plano. A medida que se hacía mayor, siempre tuve la sensación de que me consideraba su rival en el cariño de su padre. Por otra parte, nunca me dio problemas, siempre fue una niña modélica y, aunque era mi vivo retrato, su carácter serio, tan diferente al mío, dejaba entre nosotras poco lugar para las confidencias. Había cumplido catorce años y vivía inmersa entre los estudios de música que prolongaba en casa frente al piano, y las clases en el conservatorio de danza de donde regresaba cansada y con pocas ganas de charlar.

De nuevo, la vida comenzó a resultarme monótona y los días se me llenaban de hastío que yo intentaba combatir con los libros que me traje de Cuba. Pronto aprendí francés y luchaba contra las horas de soledad refugiada en la Biblioteca Municipal, hojeando libros y revistas. Hasta que un

buen día, tropecé con un peculiar libro titulado *Les voyages du capitaine Salcedo*. Lo abrí llena de curiosidad y comencé a leer.

Adquirí durante una estancia en Barcelona un delicioso libro de Félix María de Samaniego en el que se cuentan los días de los hechos marineros de España con singulares noticias. Hablando Samaniego de los marinos me encuentro con mucha gente conocida, y con aquellas familias de capitanes sonoros en las que me inspiré cuando escribía As Crónicas do Sochantre e inventaba yo las ilustres estirpes marineras de los Erquy y de los Trebaul. Allí aparece, con catalejo debajo del brazo diestro, el capitán Salcedo que fue el primer español que mandó barco en el comercio de esclavos. El Capitán era oficial patentado del Rey de España y en tierras de Málaga se alzaba su palacio blasonado donde se celebraban con harta frecuencia banquetes y saturnales de las que Choderlos de Laclos da cumplida noticia en Las Amistades Peligrosas. El Capitán presumía de haber tenido en su mocedad las más bellas pantorrillas del Reino. En el libro de Pleven vienen muy bellas estampas y deliciosos mapas, y uno de los grabados nos muestra al capitán Salcedo teniendo en sus brazos a una linda mulatita de dieciocho años.

Cerré los ojos sin dar crédito a lo que estaba leyendo. Por un momento el libro me tembló entre las manos. ¿Estaría soñando? Los abrí y seguí leyendo.

Contaba Samaniego, con gran lujo de detalles, el final de una partida de cartas entre el Capitán y un Sochantre de la catedral de La Habana y decía:

El Capitán tenía fama de jugador afortunado y el Sochantre era un impenitente jugador cubierto de deudas. ¿Tenéis miedo de seguir jugando? –Le preguntó el Capitán– ¿Miedo yo? ¿Nos lo jugamos todo a la carta más alta? Los ojos del Sochantre brillaron de codicia y aceptó el envite. Con mano temblorosa, descubrió un seis. El capitán Salcedo, con mucha parsimonia,

como si fuera consciente de que iba a ganar, levantó un rey. El Sochantre contempló atónito cómo el Capitán recogía el montón de dinero que había sobre la mesa y, enloquecido por el juego, todavía tuvo valor para hacerle una oferta. – ¿Aceptáis a mi hija de diecisiete años contra todo lo que habéis ganado?

Se me cayó el libro de las manos. ¿Quién habría escrito todo aquello? En la tapa Solo figuraba el título *Les voyages du capitaine Salcedo*. La primera página estaba en blanco. En la segunda aparecía el nombre del editor y en la tercera se repetía el título y en letra más pequeña, como si quisiera pasar inadvertido, aparecía el nombre del autor: Álvaro Cunqueiro.

Robé el libro, lo escondí en el bolso y abandoné la Biblioteca.

Había caído la luz de la tarde y llovía insistentemente. Andaba a toda prisa deseosa de llegar a casa para proseguir la lectura. Al cruzar la calle resbalé en un charco, me levanté manchada de barro, recogí el libro empapado de agua y por fin llegué a casa aterida de frío. Me cambié de ropa y fui a sentarme junto a la chimenea. Prendí el quinqué y me dispuse a proseguir la lectura de *Les voyages du Capitaine Salcedo*. El libro todavía estaba húmedo y al abrirlo, comida por la curiosidad, observé que la tinta se había corrido y las páginas, huérfanas de letras, parecían llenas de dibujos surrealistas.

Nunca llegué a sentirme a gusto en la ciudad que tan agradable impresión me causó al llegar. El clima y el color de las avellanas recién tostadas de mi piel marcaron siempre una sutil separación de todo lo francés. Aquellos años fueron los más grises de mi existencia. Sin apenas conocer a nadie en la gran ciudad, la vida con el Capitán, sujeta a la cotidianidad de un barco de línea regular, se hizo también aburrida. Tampoco ahora tenía que escribirle aquellas cartas inflamadas de pasión que tanto le agradaban, ya que las ausencias apenas duraban un par de semanas. Y es que, las cartas que él me pedía cuando vivíamos en La

Habana, eran cada vez más vehementes y apasionadas. Pero lo que nunca supo es que estaban escritas al dictado de Duranelli que ponía en mi pluma excitantes historias amorosas adornadas con gran lujo de detalles eróticos, pues muchas veces, entre el dictado, me sentaba en sus rodillas y penetrándome con una pizca de dureza, me decía:

—Seguro que el Capitán, cuando lea la carta no podrá gozar como lo hacemos nosotros.

¿Dónde estará ahora mi querido Duranelli? Me sentaba en todas las sillas y sillones de la casa, pero en ninguno de ellos me encontraba como entre sus brazos. Llegué a comprar una caja de tubos de pintura y una botella de trementina para envolverme entre aquellos olores que me avivaban su recuerdo, y el deseo llegaba a hacerse tan irreprimible que fue entonces cuando decidí poner en práctica sus consejos para darme placer en soledad.

Al contrario que les ocurre a los marinos, que por el color de la mar, la dirección del viento o la forma de las nubes, presienten la proximidad de la tormenta, yo no advertí ningún signo especial que me anunciara la desgracia que se avecinaba.

Virginia acababa de cumplir veinte años y era tal nuestro parecido que si mis padres la hubieran visto la habrían confundido conmigo. Muchas veces, mi marido, mirando el cuadro que me pintó Duranelli vestida de Virgen, le daba la vuelta y al verme completamente desnuda sonreía complacido y me repetía:

—Martina, si no te tuviera a ti, me casaría con nuestra hija.

A Duranelli le habría hecho gracia conocer esta obsesión de mi marido y también él hubiera compartido la idea del Capitán. Pero estoy segura de que aquellas bodas no hubieran sido felices, pues Virginia, en su particular egoísmo, solo vivía para la danza. Había terminado con éxito los estudios y formaba parte del cuerpo de baile del Ballet de la Ópera de Marsella y aunque, pese a sus esfuerzos, no logró la plaza de primera bailarina, nunca

la vi decepcionada. Su pasión era el baile y la música y se sentía dichosa ocupando la mayor parte de sus horas en el Conservatorio.

No le conocía amigos fuera de su ambiente y aunque a veces intenté iniciar alguna conversación sobre los hombres, apenas me hacía caso, como si no sintiera el más mínimo interés. Llegué a pensar si le gustarían las mujeres. Pero me equivocaba. Lo supe una tarde de domingo en la que después de despedir al Capitán desde el balcón, me dijo con la mayor naturalidad:

–Llevo seis meses de embarazo.

La tacita de té se me cayó de las manos. *El Buenaventura* atravesaba en aquel momento la bocana del puerto y se alejaba rumbo a Alejandría. Virginia esbozó una sonrisa y recogiendo los pedacitos de porcelana me aclaró:

–No mamá. No es lo que supones. Papá no tiene nada que ver en esto.

Por un momento respiré aliviada pensando que el próximo matrimonio de nuestra hija y la llegada de un nieto iban a ser dos magníficos regalos en el momento más oportuno, cuando la vida con el Capitán comenzaba a ser aburrida. Pero aquella misma tarde Virginia me privó de uno de los regalos. No habría boda, y el hijo que venía, del que por nada del mundo quería desprenderse, era el resultado de un cuento de hadas. Algo parecido al ballet de *La Cenicienta* –Me dijo sintiéndose la protagonista–. Yo me alegré de que también ella hubiera gustado los goces del amor primero, pero al querer ser confidente de sus alegrías y preguntar por el padre, fue tajante:

–No, mamá. Nada de nada. Solo te diré que he vivido tres meses en el cielo. Además, él ni siquiera está en Francia. Y no creo que le vuelva a ver.

–¿Qué dices?

–Si te sirve de algo, te diré que se llama Adrián.

A mí no me servía de nada que se llamara Adrián. Pero si ella estaba dispuesta a llevar el embarazo adelante, ya era mayor de edad para tomar sus propias decisiones.

Para el Capitán, la noticia del embarazo fue un golpe muy duro que despertó en él atávicas costumbres españolas y, en aras de su honor de padre ofendido, quiso lavar a toda costa la honra de su hija. Pero por mucho que insistió, de los labios de Virginia no salió una sola palabra. Estuvieron un mes sin hablarse y, al fin, el cariño que siempre hubo entre ellos los reconcilió.

–Al menos dejarás que cuidemos del niño.

–Claro que sí. Será como si tuvierais un nuevo hijo.

–Querrás decir una hija, porque tu madre y yo queremos una niña. ¿Verdad Martina?

–Por supuesto. A mí también me gustaría.

Sin haber nacido todavía, la futura nieta se apoderó de la casa. El Capitán trajo de Londres un precioso papel asalmonado, que imitaba terciopelo, para decorar la habitación de la princesa que todos esperábamos. Yo le compré una cuna a la última moda de París y, junto con Virginia, pasaba los días preparando el pequeño ajuar para la niña. He de confesar que el Capitán y yo volvimos a rejuvenecer. La dulce espera trajo a la casa un clima de buena armonía que nos unió a los tres aguardando felices el nacimiento. Como si hubiera sido engendrada por obra y gracia del Espíritu Santo, nadie volvió a hacer conjeturas sobre la identidad del padre, y mi marido bromeaba diciendo:

–Voy a ejercer de padre y abuelo al mismo tiempo.

Yo también, uniéndome a la broma, le decía a Virginia:

–Te imagino de gira bailando por esos mundos de Dios, y nosotros, a nuestros años, aquí en casa, haciendo de padres de la niña.

Decía mi padre que los dados del destino siempre caen bien de la mano de Dios. Pero esta vez los dados cayeron mal y el destino se encargó de desbaratar todas nuestras ilusiones. Nuestra hija Virginia murió al dar a luz.

Fue un duro golpe para los dos, pero me atrevería a asegurar que el Capitán lo encajó mucho peor que yo, y el estado de abatimiento en que quedó sumergido llegó a preocuparme. Yo comprendí enseguida que tenía

que suplir a mi hija para sacar adelante a mi nieta. Pero desde el primer momento me di cuenta de que la recién nacida no iba a ser santa de la devoción del Capitán. Apenas reparaba en ella y, en el colmo de la desesperación, me llegaba a decir que aquella niña había sido la causa de la muerte de su hija. De la hija de Duranelli, tendría que haberle dicho yo. Pero nunca me atreví a confesarle el secreto. Y dio la casualidad, según me contó más tarde el contraamaestre Matías, cuando vino a comunicarme su muerte, que por aquellos días le había nacido un nieto en la casa de Málaga.

Yo pasaba el tiempo entregada de lleno al cuidado de la pequeña Alicia, pensando en Duranelli y esperando la llegada de aquel hombre de nariz aguileña y barba cenicienta, que cada vez que hacía escala en Marsella aparecía por la casa con urgencias para meterse en la cama conmigo. Porque, a decir verdad, mi marido tuvo siempre necesidad de mi cuerpo y es que nunca dejó de sentir debilidad por la carne del color de las avellanas recién tostadas, como dijo el primer día que me conoció mientras bailábamos el *Vals de los patinadores*.

Si en su aspecto físico mi nieta Alicia parecía un calco exacto de su madre, también heredó su afición por la música y el baile. Sus juguetes preferidos fueron el gramófono de bocina y el piano, que permanecía mudo desde la muerte de mi hija. Cuando cumplió los cinco años logré que la admitieran en el Conservatorio gracias al buen recuerdo que allí dejó su madre y, desde entonces, vivió entregada en cuerpo y alma a la música y a la danza.

A medida que Alicia iba creciendo, el Capitán comenzó a mirarla con mejores ojos y la niña le correspondió mostrándose más cariñosa cada vez que aparecía con algún regalo para ella. Acababa de cumplir siete años cuando mi marido me confesó:

—Me gustaría verla comulgar con un precioso traje blanco como si fuera una novia —Me rodeó el talle y mirándome a los ojos añadió—. Como

aquella novia que encontré en La Habana coronada de tirabuzones y vestida de blanco de la cabeza a los pies en el baile de gala que el Gobernador daba en su palacio. ¿Te acuerdas?

No pude por menos que abrazarme a él y besarle llena de recuerdos y nostalgia.

Pero no vio comulgar a su nieta. Aquella fue la última vez que estuvo en Marsella. Como siempre, la pequeña Alicia y yo le despedimos desde el balcón mientras el *Buenaventura* ponía rumbo a Alejandría donde le esperaba la muerte.

El Capitán siempre fue muy generoso conmigo. Me repetía muchas veces que yo era la mujer que más felicidad le había dado y la felicidad había que pagarla. Si además tengo en cuenta el cariño que sentía por su querida “hija”, no me extrañó que se preocupara de nuestro futuro. Desde que llegamos a Marsella abrió una cuenta mancomunada que engrosaba mes a mes. Oí voces de que andaba metido en asuntos de contrabando, pero yo nunca me atreví a preguntar de dónde venía el dinero y, a su muerte, me encontré con una respetable fortuna en bonos y acciones, gracias a la cual, Alicia y yo pudimos vivir con todas las comodidades. Pero he de confesar una maldad: la mayor alegría me la dio el contraamaestre Matías cuando me dijo que todo este dinero que el capitán Salcedo trasladaba a nuestra cuenta en Marsella, supuso la ruina de la familia de Málaga y fue el inicio de todas las desgracias que ocurrieron en aquella casa.

El Capitán nunca me habló de su familia, pero yo presentía que en España, y concretamente en Málaga, donde recalaba muchas veces, tenía otra mujer. De quien me hablaba hasta la saciedad era de su hombre de confianza, el contraamaestre Matías, al que profesaba verdadera devoción. Era su mano derecha a bordo del *Buenaventura*, pero desgraciadamente, por un cúmulo de casualidades, yo no llegué a conocerlo hasta el día en que se presentó en Marsella para comunicarme la fatal noticia de la muerte

del Capitán. Muy emocionado, me contó que murió frente al puerto de Alejandría envuelto en la luz púrpura del atardecer y acompañado por el graznido insistente de las gaviotas, mientras llegaban hasta el *Buenaventura* las plegarias del muecín que, desde el minarete de la mezquita, invitaba a rezar a los fieles.

Fue entonces cuando el Contraamaestre me contó las historias de la casa de Málaga, donde él vivía desde la muerte del Capitán, y se hicieron realidad mis presentimientos. Todavía sentí celos y no pude evitar preguntarle sobre la otra mujer.

–¿Y cómo es ella? ¿Tiene la piel morena?

–Es de tez muy blanca. Fue una mujer espléndida. Pero ahora está en una silla de ruedas.

Confieso que sentí una sensación de alegría. Matías pareció darse cuenta y con gesto serio me recalco:

–Le advierto que doña Adelaida es una gran señora de extraordinaria belleza.

Me di cuenta de que, pese a sus años, existía algo entre los dos. No podía imaginar que aquel hombre de aspecto insignificante pudiese ocupar el puesto del Capitán. Me pidió permiso para sentarse y puso sobre la mesa una abultada cartera de cuero.

–Antes de morir, el Capitán me ordenó que se la entregara en propia mano.

Eran mis cartas. Toda la correspondencia amorosa que durante tantos años le había escrito cumpliendo su deseo: «*Acuérdate durante mis ausencias de guardar las tardes de los sábados para escribirme una carta*».

El Contraamaestre pareció adivinar mis pensamientos y con un extraño timbre de voz dijo:

–A su familia de Málaga encargó que todos los sábados se dijera una misa en honor de una Virgen mulata que trajo de Cuba.

Me sorprendió y me halagó al mismo tiempo lo que acababa de decir

Matías. Lo llevé al dormitorio y, mostrándole el cuadro que me pintó Duranelli, le pregunté:

–¿Era una Virgen como esta?

Se quedó lívido y tuvo que apoyarse en la pared para recuperarse de la impresión.

–Es exacta a la de la casa de Málaga.

–¿Me reconoce? Soy yo cuando tenía dieciocho años.

–¡No es posible! –Hizo una pausa y balbuceó–: Si la señora llega a saber quién era la Virgen, nunca se lo hubiera perdonado.

–¿Es celosa doña Adelaida?

–No lo digo por ella, lo digo por su nieto.

–¿Qué le ocurre al nieto?

–Está locamente enamorado de la Virgen.

–¡Qué curioso! Parece que los españoles se empeñan siempre en enamorarse de las vírgenes.

Volvimos al salón y para que se tranquilizara le serví un vasito de ron.

–Al Capitán le gustaba mucho. Me decía que seríamos felices mientras hubiera ron en la casa –Le comenté.

–A su mujer le decía lo mismo –Sonrió Matías–. ¡Menudo era el Capitán!

Sentí una enorme curiosidad por conocer la doble vida de mi marido y antes de que se despidiera le dije:

–Me gustaría que volviese alguna vez por aquí para contarme más cosas de la familia del capitán Salcedo.

–Le prometo que volveré.

Quando el viejo contraamaestre Matías abandonó mi casa tras comunicarme la noticia, tuve la sensación de ser libre e, inconscientemente, respiré aliviada pensando que aquellas manos que a veces oprimían mi cuerpo sin importarle mi estado de ánimo, como si yo fuera un animal obligado a soportar al amo, habían desaparecido embullidas por el mar.

A la muerte de mi hija Virginia encontré entre sus cosas un diminuto guardapelo de plata. Grabado en el interior de la tapa podía leerse. «*De Adrián a Virginia, con amor*». Además del mechón de pelo, contenía un pequeño daguerrotipo del rostro de un joven rubio de aspecto agraciado y sonrisa cautivadora. Algunas veces se lo mostraba a la pequeña Alicia diciéndole:

–Fíjate qué guapo era tu papá.

Me inventaba toda suerte de novelerías explicándole el gran amor que sentía su padre hacia ellas y el desgraciado accidente que sufrió a bordo del *Buenaventura*, el barco que mandaba el abuelo Pedro Salcedo, cuando, en medio de una tempestad, fue arrebatado de cubierta por un golpe de mar.

Alicia nunca se cuestionó aquellas bonitas historias y, cuando yo me interesaba por sus amistades, sonreía diciéndome que no me preocupara, porque algún día ella también encontraría un hombre tan fantástico como su padre que la llevaría en su barco y le pintaría un maravilloso retrato como el que colgaba en mi dormitorio.

*Si te enamoras de mí,
ha de gustarte la mar,
y en un velerito blanco
yo te llevaré al altar*

Pocos meses después de la muerte del Capitán, recibí una carta de mi madre diciéndome que mi padre había fallecido. Toda la carta, más que tristeza, rebosaba alegría explicando, con todo lujo de detalles el magnífico funeral de *corpore insepulto* con misa de réquiem que celebró el mismísimo Arzobispo. El féretro de caoba con herrajes de plata descansaba en catafalco de paños negros, rodeado de velas y crisantemos. El Cardenal Primado, en persona, había presidido la ceremonia y, ella, como siempre, arrodillada en su reclinatorio desde un oscuro rincón del trascoro, presencié todo el solemne ritual dejando que las lágrimas bañaran la piel ajada de su rostro que, años atrás, enloqueció al penitenciario. Me decía al final de su carta: «*Lo único que siento, querida Martina, es que lo han enterrado junto*

al altar mayor y no creo que el señor Arzobispo permita que me entierren junto a él cuando yo muera».

Pasados unos años, el contraamaestre Matías volvió a aparecer por Marsella. Apestaba a ron. Tenía un aspecto deplorable y las hormigas le corrían por las piernas.

—Perdone mi aspecto, pero he tenido un viaje muy accidentado.

No tenía ya ron en la casa y le serví un orujo. Se le avivaron los ojos y, al probarlo, soltó lo que nunca se había atrevido a decir:

—He sido toda la vida el hombre de confianza del Capitán y ¿sabe qué le digo? Que era un personaje engreído, mandón y cornudo.

Al fin, el eterno servidor, había vomitado ese poso amargo de envidias que los fieles criados almacenan sobre los amos al cabo de los años. Confieso que, al principio, me molestaron las palabras del Contraamaestre, pero a medida que me hacía partícipe de sus confidencias, fueron abriéndose a mis ojos las mil facetas que se ocultaban en el carácter de aquel Capitán que mezclaba lo siniestro con lo extraordinario.

Sin saber que iba a ser el último día de su vida, aproveché aquella tarde de confidencias para conocer los entresijos de la familia. Supe de la magnífica casa de Málaga; de sus hijos, Adrián, Pasión y Sacramento; de Victoria, la mujer de Adrián, y de aquel nieto que se había enamorado perdidamente de mi retrato vestida de Virgen. Pero sobre todo, Matías me confirmó la esterilidad del Capitán, un asunto que ninguna de sus mujeres le cuestionó para no turbar su orgullo.

Contemplando la maqueta del *Buenaventura* con todo el velamen desplegado, que el capitán Salcedo había colocado sobre la chimenea del salón, el Contraamaestre no pudo reprimir una exclamación:

—¡Si este barco pudiera hablar!...

—¿Por qué no me lo cuenta usted? Me prometió que lo haría —Le animé volviéndole a llenar el vaso de orujo.

Permaneció un instante con los ojos fijos en el velero y, de repente, salió por su boca la voz de su señor tío Dom Cunqueiro, el Obispo de Mondoñedo. Habló sin descanso durante más de una hora, de vientos, de eclipses y de auroras boreales. Del regreso del Citéreo. De los naufragos del Peloponeso. Del estrecho de Malaca. De los bienaventurados del mar de los Sargazos. Del mar Muerto. Del mar moribundo. De Simbad el Marino. De las Mocedades de Ulises. Del regreso a Ítaca. Del capitán Nemo y de otros famosos navegantes que el Capitán conoció a lo largo de sus singladuras. Al final me confesó:

—No sé si debiera decírselo, pero el Capitán siempre llevó en su camarote a una mujer que cambiaba con cierta frecuencia, pero que, curiosamente, llamaba siempre Martina. Me decía que estaba tan enamorado de usted que no podía soportar las largas separaciones sin la compañía de una mujer.

A estas alturas ya no me sorprendía nada. Nunca fui celosa y este descubrimiento de Matías no me afectó lo más mínimo. Además, a los muertos se les perdona todo.

Antes de despedirse, acabado el orujo, me pidió que le mostrara otra vez el cuadro de la Virgen. Entramos en la habitación, se arrodilló ante el lienzo y comenzó a rezarle en latín. El tono de la voz era cada vez más imperativo y me pareció que se mezclaban diferentes registros, como si toda la familia del Capitán hablara por su boca. Le dejé a solas un momento y cuando volví, observé que le había dado la vuelta al cuadro y se masturbaba contemplando mi desnudo. Al fin, cesó en su empeño, me miró con los ojos desorbitados y, ante mi asombro, cayó de bruces al suelo. Las hormigas salieron en cascada de sus zapatos y cubrieron todo su cuerpo. Horrorizada, salí de la habitación.

Cuando mi nieta Alicia llegó a casa, ya no quedaban del Contraamaestre ni los huesos. La habitación estaba completamente limpia. Solo acerté a ver dos pequeñas hormigas que se escondieron entre el hueco de dos baldosas.

Al igual que el Capitán vivió su vida a caballo entre dos mujeres, yo también con la ayuda de Duranelli supe llenar mi tiempo con dos hombres maravillosos que me hicieron feliz cada uno a su manera. Lo que nunca pude presentir es que, al final de mis días, iba yo a pasar de la dualidad a la trinidad al conocer a un hombre completamente diferente a ellos. Un amor con el que, por primera vez, experimenté el placer de la posesión exclusiva que tan difícil resulta a las mujeres. Quizá fue una prueba más de la dualidad de lo femenino y masculino que hay en todas las personas, como me decía Duranelli.

Desaparecidos los dos hombre de mi vida, crecida mi nieta Alicia y acompañada solo por los sueños, la soledad se hacía cada vez más difícil de soportar, y creo que fue mi padre desde el cielo quien puso en mi camino el amor último que faltaba para completar la trinidad de amores que me profetizó antes de abandonar La Habana. Se llamaba Jacobo. Un joven sacerdote recién exclaustado a causa de una disputa teológica con el superior de su orden que, huyendo de París, había venido a parar a Marsella donde regentaba una librería de lance.

Leídos y releídos los libros de mi pequeña biblioteca y espantada todavía por el desasosiego que me produjo la lectura de las primeras páginas de *Les voyages du capitaine Salcedo* que acabó borrado por la lluvia, entré una tarde en la librería preguntando si tenían novelas en español.

Me recibió con una sonrisa. Parecía un efebo escapado de un cuadro de Caravaggio con la cabeza cubierta de rizos de oro, la piel sonrosada y los ojos como zafiros. Exhalaba un agradable olor a lilas. Me miró ligeramente turbado como si necesitara mi protección y, fue tal la expresión de su mirada, que comprendí enseguida que estaba viendo en mí a la Virgen, a la madre y a la amante, la combinación perfecta para un hombre religioso.

Rebuscó en los estantes y extendió sobre el mostrador media docena de ejemplares. Aunque hubiera podido comprarlos todos aquella misma tarde, fue tan intensa la sensación que sentí atraída por su extraordinaria belleza, que decidí acudir cada semana y adquirirlos de uno en uno para poder

contemplantarlo a placer y pecar de deseo, porque aunque parezca extraño, pese a mi edad, todavía mantengo vivo el deseo del goce sexual.

Como si hubiera leído mi pensamiento me dijo en voz baja:

–No puede haber pecado por desear amar y ser amada –Puso sus manos calientes como el pan recién hecho sobre las mías y añadió–. Creo que usted y yo solo queremos paz.

–Sería maravilloso a mi edad encontrar la paz –Le respondí entornando los ojos y añadí–. La necesito tanto...

Aunque el otoño vino muy cerrado en aguas y la ciudad quedó envuelta en un cielo de plomo, le visitaba religiosamente contra viento y marea todos los viernes para recoger el libro de sus manos. Si yo necesitaba aferrarme a su juventud, él temblaba de emoción cuando me veía. Se acercaba a mí con extraordinario afecto, me ayudaba a secarme las gotas de lluvia y me ofrecía un café caliente y reparador en la trastienda de la librería mientras comentábamos la última novela que acababa de leer.

–La próxima semana me llegará un nuevo libro de Blasco Ibáñez.

–No sabe cómo le agradezco su interés. La lectura se ha convertido en el mejor antídoto para mi soledad.

–Se titula *A los pies de Venus*. Si me lo permite, se lo llevaré personalmente a su casa.

Apenas pude conciliar el sueño durante aquella semana. El puerto envuelto en brumas y la lluvia que repiqueteaba en los cristales me tenían presa. Obsesionada por la belleza de Jacobo me pasaba las horas contemplando un magnífico volumen de *La historia de las civilizaciones* para admirar las esculturas griegas de cuerpos espléndidos y atributos en estado de reposo.

Retiré la maqueta del *Buenaventura* que presidía el salón y en su lugar puse el cuadro que me pintó Duranelli vestida de Virgen.

La tarde transcurría con excesiva lentitud y para entretener la espera puse en el fonógrafo los discos con la música de los ballets que seguramente mi nieta Alicia bailarían por esos mundos de Dios. Había llegado a

primera bailarina en la compañía del Covent Garden y solo venía a Marsella durante las vacaciones, cuando terminaba la temporada. Comencé a leer por enésima vez las cartas de amor que le escribí al Capitán en brazos de Duranelli y me asomé cien veces al balcón. Por fin, anocheció. Encendí todas las luces de la casa. Me acaricié las orejas con unas gotas de perfume y volví a contemplarme en el espejo ensayando mi mejor sonrisa. No tardaría mucho en llegar y me preguntaba, ¿por qué a mis años volvía a notar el latido acelerado del corazón?

—Tiene usted una casa preciosa.

—Me alegro de que le guste.

Le invité a que tomara asiento en el sofá y, cuando regresé de la cocina con el servicio de té, lo sorprendí, como años atrás le ocurrió al contraamaestre Matías, arrodillado frente al cuadro.

—¿Qué le parece?

—¡Fantástico! Es la Virgen más hermosa que he visto en la vida.

—Era yo cuando tenía dieciocho años...

—Lo supe en cuanto la vi.

Sobre la mesilla, enmarcado en un portarretratos de plata, había una magnífica fotografía del último acto de *La bella durmiente*.

—Veo que también fue usted bailarina.

—No, es mi nieta Alicia.

Volvió a sentarse en el sofá. Serví el té y mientras revolvía el azúcar, sin levantar la mirada de la taza, me dijo con voz queda:

—He de confesarle que desde el primer día que entró en la librería sentí una profunda devoción hacia usted.

Tomamos el té con mucha ceremonia disimulando la emoción que sentíamos al estar por primera vez solos en la intimidad de la casa. Al finalizar la merienda, me levanté y, acercándome al cuadro, le di la vuelta y apareció la pintura de mi desnudo. ¡Se quedó pasmado! Apenas se atrevió a coger mis manos. Yo comprendí enseguida que por mi edad y experiencia debía llevar la iniciativa y comencé a desabrocharle la ropa. Él se dejaba hacer

sin moverse y sin apartar los ojos del cuadro para no romper el encantamiento. Al fin, encontré su sexo extrañamente menguado como el de las esculturas griegas. Lo fui llenando de caricias como me enseñara Duranelli y contemplé maravillada el milagro de su erección.

«Y manó leche y miel hasta que las mujeres de Israel quedaron saciadas con gran contento de los filisteos». Salomón – Libro de la Sabiduría.

Había cerrado los ojos. Resoplaba como una ballena y en el paroxismo de aquella sensación de felicidad me susurró:

–Perdóname. Es la primera vez que me ocurre.

Creí a pies juntillas lo que me decía el bendito Jacobo y tuve la agradable sensación de que iba a convertirme en su maestra.

Por suerte o por desgracia, él tenía muy poca imaginación y se limitaba a seguir mis consejos, con lo cual yo tuve la inmensa suerte de gozar por primera vez en mi vida de un amante a mi gusto, sumiso y obediente, sin salirse ni un ápice de las pautas que le marcaba. Era como tener un perro de compañía dispuesto siempre a obedecer los caprichos de su dueña. Pero esta vez el perro era un magnífico efebo. Una dulce luna de amor que, entre mis brazos, se convertía en cuarto creciente.

Venía a casa todas las tarde al cerrar la librería. Yo le esperaba con el té y charlábamos largo y tendido contándonos nuestras vidas tan diferentes. Él me escuchaba boquiabierto y lleno de curiosidades, y un buen día me preguntó:

–¿Has leído *Les voyages du capitaine Salcedo*?

–No conozco ese libro –Le mentí.

–Es curioso. En algunas partes de la historia parece como si el autor se hubiera inspirado en tu propia vida.

No me atreví a preguntarle qué pudo leer en las páginas del libro que borró la lluvia y contesté:

–Me decía mi amigo Duranelli que las vidas, a veces, se repiten.

–¿Quieres decirme que tú has tenido dos vidas?

–Yo solo recuerdo una y no me puedo quejar.

—Mejor así. Eran demasiadas desgracias las que le ocurrían a la protagonista. Te confieso que lloré pensando en ti —Se acercó para ofrecerme sus labios y me lo comí a besos.

Pese a mis años nunca naufragamos en el aburrimiento de un amor monótono. Con Jacobo lograba amores plácidos o tormentosos, de acuerdo con mi estado de ánimo, y siempre quedaba gratamente complacida pues era tal su devoción y fuerza de voluntad que lograba gobernar su cuerpo según mis apetencias. Me obedecía en todo y a veces llegó a preocuparme su veneración.

No me explicaba aquella obsesión enfermiza de Jacobo, pero era tal la felicidad que le producía, que me propuse no cuestionarme nada y vivir el placer de cada día como si fuera el último.

No dejaba de dar gracias a mi padre por haberme mandado desde el cielo aquel paráclito consolador que tanto alegraba mis días. Pero la dicha apenas me duró diez meses. La noche de Navidad, mi fiel y buen Jacobo, sentado en el sofá junto a mí, murió mientras leía la última página de *A los pies de Venus*. Su cabeza quedó doblada sin vida sobre mi regazo con los ojos abiertos, como preguntándome si quería alguna cosa más de él. Yo, creyendo que todavía podría responderme, le pregunté: «¿Dónde estás? ¿En el cielo o en el infierno?» Pero no me contestó y tuve la certeza de que no estaba en ninguna parte, porque aquel cuerpo que me enloqueció ya no era nada. Solo polvo que pronto iba a volver a la tierra. «*Pulvis eris et in pulvis reverteris*», como decía mi padre miles de veces a los feligreses que asistían a la ceremonia del Miércoles de Ceniza, marcando en sus frentes la señal de la cruz.

El tiempo se me hacía interminable. Me costaba mucho resignarme a la ausencia de mis tres grandes amores y, para distraerme, salía a dar largos paseos por la ciudad. Una tarde, al pasar frente a la Catedral de la Asunción, observé un grupo de gente apiñada alrededor de la puerta principal.

Pensando que era una boda me acerqué curiosa para ver a los novios. Pero la aparición de una carroza fúnebre me sacó del equívoco. No obstante, el recuerdo de mi padre me empujó a entrar en la iglesia. Sentada en un banco y envuelta en el olor a incienso y cera, me entretuve para contemplar la solemnidad de la liturgia y para escuchar el maravilloso *Réquiem* de Mozart. De nuevo me vino a la memoria mi padre cuando interpretaba en el órgano de la Catedral de La Habana el *Magnificat* que tanto le gustaba, mientras yo, de pie junto a él, le pasaba las hojas de la partitura. ¿Por qué corría el tiempo y nos dejaba huérfanos de tantas cosas? ¿No sería posible detenerlo y hacer eternos los momentos de felicidad? Cuando en las largas conversaciones con Duranelli le hacía estas preguntas, siempre me decía: «*Mientras vivas estarás condenada al tiempo; solo cuando mueras te librarás de él*». La luz que entraba por las espléndidas vidrieras góticas bañaba en colores mis manos manchadas por la edad que me acercaba irremisiblemente hacia la muerte. *¡Requiem eternam dona nobis pacem!*

En uno de los ángulos del presbiterio nacían las maderas de un andamio que se elevaba hasta la bóveda. Mi memoria voló a Cienfuegos y, allá en lo alto, por un momento, creí ver a Duranelli pintando vírgenes y ángeles. Di una cabezada y me desperté. A lo largo de todos los años transcurridos en Marsella siempre lo tuve en mi pensamiento; incluso estando en brazos del Capitán, a veces, cerraba los ojos imaginando que era él. Resultaba imposible borrarlo de mi mente. Recordaba nuestra despedida, cuando tomándome por los hombros me dijo: «*Yo estoy en todas partes. Si me necesitas me encontrarás*». Sonreí con resignación pensando que de toda aquella felicidad solo quedaba el recuerdo de unas bellas palabras. Por mucho que le llamaba, Duranelli no aparecía por ninguna parte. Los monaguillos no dejaban de mover el incensario y el aroma a olíbano y orobías me trajo de nuevo el recuerdo de mi padre el venturoso día en que me dio la mejor noticia de mi vida: «*Duranelli quedó ciego, pero le curó la Virgen del Cobre. Ahora está pintando la Iglesia de Cienfuegos. Ya sabes que es un maestro de la pintura religiosa*». Duranelli era maestro de muchas cosas

y yo estaba siempre necesitada de él. De repente, allí en medio de la multitud que llenaba la iglesia para el funeral, me sentí completamente sola y lloré.

Recordaba el cuento de *Irás y no volverás* que de pequeña me contaba mi padre y tuve la sensación de que, todas las cosas hermosas que me habían ocurrido, sucedieron en ese extraño país de los recuerdos al que ya nunca se puede regresar.

Había anochecido cuando llegué a casa. Mi nieta, que había llegado unos días antes para sus vacaciones, me esperaba preocupada.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Nada, nada. Se me fue el tiempo.

—Vino un señor preguntando por ti. Está en el saloncito esperando.

—¿Un señor? ¡Ah claro! No me acordaba. Es el agente de bolsa. Había quedado con él para ver unas acciones que dejó tu abuelo.

Estaba sentado frente a la chimenea y apenas oyó que se abría la puerta dijo sin dejar de mirar las llamas:

—¿Es posible que este fuego no queme?

¡No lo podía creer! ¡Dios mío! ¡Era su voz!

Cerré los ojos y permanecí inmóvil.

Hubo un silencio quebrado solo por el crepitar de las llamas que me pareció eterno y, de pronto, sentí sus manos acariciándome el rostro. Ahora sí tenía la certeza. ¡Era Duranelli!

—¿Ocurre algo abuela?

—Nada. Nada.

Apenas me dio tiempo para correr el pestillo. Ya no pudimos desprendernos del abrazo y, sin dejar de comernos a besos, en el diván tapizado de raso, hicimos el amor mientras Alicia ensayaba en el piano, una y otra vez, el interminable *Bolero de Ravel*.

Todos mis sueños acababan de hacerse realidad. ¿Tendría que creer en los milagros?

—Te dije que si me llamabas me encontrarías.

—Perdona que haya dudado —Le respondí sin dejar de abrazarlo—. Me has tenido demasiado tiempo abandonada. Pensaba que estabas en el país de *Irás y no volverás*.

—Quizá no me deseabas tanto como dices —Sonrió, volviendo a introducirse dentro de mí.

Parecía que el tiempo no hubiese pasado para él. Seguía con aquella mezcla de fuerza juvenil y experiencia de hombre maduro que tanto me sorprendieron cuando lo conocí en La Habana. En mi piel se notaba claramente el devenir de los años y, al observarlo a la luz de las llamas en la esplendidez de su desnudo, tuve la certeza de que era un ser de otro mundo. Sentí que ya no viviese mi padre; era el único que podría haberme sacado de dudas para decirme si era ángel o demonio. Aunque yo siempre pensé que era una mezcla perfecta de los dos espíritus celestiales y me encontraba feliz con ellos, pues aquel exagerado terror que de joven sentía por el demonio había desaparecido. Todavía me tenía entre sus brazos cuando me dijo:

—Sentí mucho la muerte del Capitán.

—¿Cómo lo supiste?

—Andaba entonces por Málaga.

—¿Pintando vírgenes? —Le pregunté sonriendo.

—No. Esta vez tenía el encargo de enseñarle a un niño los secretos de la pintura.

—Seguro que no llegaría a pintar como su maestro.

—Sí. Fue un buen alumno y hoy es un magnífico pintor. Pero puedo asegurarte que nunca tuvo una modelo tan maravillosa como fuiste tú.

Me abrazó de nuevo avivando otra vez en mí todos los buenos recuerdos y sentados en la mullida alfombra de hilo de seda que el Capitán trajo de Samarcanda, inició de nuevo, dulce y lentamente, el regalo de sus caricias... Y otra vez los gozos, tantos años reprimidos, me encendieron el placer y la bóveda celeste se iluminó. Luego, con la respiración entrecortada por la excitación y el divino sofoco que sentía en los pechos y en el bajo vientre, me quedé dormida en brazos de Duranelli.

Me despertó el olor a café recién hecho.

—¡Abuela! ¡Abuela! El desayuno está servido.

La luz incierta del amanecer entraba en el salón. Miré a mi alrededor. ¡Duranelli había desaparecido! ¿Cómo no me había dado cuenta?

—¿Qué te sucede? Hace días que te quedas dormida en cualquier sitio. ¿Qué te dijo el señor del banco?

—Nada. Nada. Bueno, sí, las acciones ya están puestas a tu nombre.

No acertaba a comprender cómo había ocurrido. Me sentía confusa. Al mirarme en el espejo observé en mi hombro la huella de su boca apasionada. Sin embargo, ¿por qué llevaba puesta toda mi ropa? ¿Tendría que admitir que fue un sueño? Pero, si en verdad Duranelli era un ángel y tenía poderes especiales, ¿por qué no pudo haber sido realidad? ¿No sería él quien estaba pintando ayer, en lo alto del andamio en la catedral de la Asunción?

—Qué raro abuela. ¿No notas un olor extraño en la habitación?

—No. No noto nada. Solo huelo el delicioso café que acabas de preparar. Anda vamos a desayunar.

—¡Ya lo tengo! ¡Huele a trementina!

No podía borrar de mi mente los sucesos de la noche pasada. En cuanto desayunamos, Alicia se marchó de compras, yo me dirigí de nuevo a la catedral. Me senté en el mismo banco de la tarde anterior, cerré los ojos y recé como me enseñara mi padre, con la certeza de lograr lo que pedía. Levanté la cabeza y abrí los ojos. ¡No había sido un sueño! En lo alto del andamio estaba Duranelli llenando la bóveda de ángeles gloriosos. Ahora ya no sucedió como en Cienfuegos que volé escaleras arriba para abrazarlo. A mi edad ya no me sentía con fuerzas y permanecí sentada esperándole.

Siempre me gustaron los placeres parpadeantes de las velas, el olor a iglesia y la música del órgano tan rica en tonalidades para expresar tanto el gozo como la tristeza. No podía negar que lo llevaba en la sangre. En aquel ambiente, esperando con alborozada paciencia el santo advenimiento, desfilaron por mi mente los momentos felices vividos con Duranelli. Al

fin, cuando sonaron las campanadas del mediodía, comenzó a bajar las escaleras. Me levanté del banco y me abrí paso entre los fieles que abandonaban el templo para ir a su encuentro. ¡No era él!

–Por favor, ¿dónde está el señor Duranelli?

–¿Quién?

–El pintor que estaba en lo alto del andamio.

–El único pintor que estaba trabajando allí soy yo, señora.

«*Yo estoy en todas partes. Si me necesitas llámame*». Palabras. Palabras. Solo palabras. Tú ya no estás en ninguna parte. Me alimentaste con palabras pero yo necesito algo más que palabras. Ahora sí que tengo la certeza de que todo fue un sueño.

Aunque yo no tengo dotes adivinatorias, presiento que el final de este cuaderno de bitácora está cerca. La súbita desaparición de Jacobo y el extraño sueño de Duranelli me han dejado sin fuerzas. Para colmo, Alicia terminó sus vacaciones y marchó para reincorporarse a su compañía de ballet. Sus ausencias son cada vez más largas. Comienzo a notar que la soledad me muerde las entrañas; y vienen a mi memoria las hormigas que acabaron con el contramaestre Matías.

Al atardecer, paseo por las animadas calles de Marsella para vencer la soledad. Al anochecer acabo refugiándome en la iglesia como una vieja beata buscando a un Dios en el que no acabo de creer.

Me asomo todos los días al balcón de la desesperanza para convencerme de que la silueta del *Buenaventura* no aparecerá en la línea del horizonte y me engaño a mí misma cada vez que suena el timbre esperando la llegada de Duranelli. Empiezo a comprender la existencia de la nada, hacia ella voy. Siempre tuve presente la inutilidad del sufrimiento, por ello procuré gozar de todos los momentos de la vida viviendo cada día como si fuera el último, porque según predicaba mi padre desde el púlpito de la catedral de La Habana: «*Nadie conoce ni el día ni la hora*».

A mi nieta no la echo de menos. Ella tiene su vida y ojalá encuentre tres grandes amores tan distintos como los que yo tuve. Aunque a lo mejor Alicia no necesita el amor de un hombre. Pero tendrá que enamorarse de algo: de la música, de la danza, de un perro, de una mujer, de Dios... Porque sin amor, sin pasión por algo, no hay vida. Aunque yo no comprendo más amor que el de un hombre que me haga feliz. ¡Cómo los echo de menos!

Durante este tiempo, en medio del silencio, con los recuerdos a flor de piel, la soledad que me atormenta se hace insoportable. Nunca le agradeceré lo bastante a mi padre las lecciones de música y la afición que me inculcó por la lectura, aunque ahora la vista y el oído se encaprichan en adormecerse.

Hoy he puesto en su sitio la maqueta del *Buenaventura*, he tomado el cuadro de mi retrato que colgué en el salón para sorpresa de Jacobo y lo he vuelto a poner a los pies de la cama de mi habitación. He tenido la tentación de volver a mirar el reverso del cuadro. Al observar toda la esplendidez de mi desnudo, que fue banquete de bodas tanto para Duranelli como para el Capitán y objeto de devoción para Jacobo, me doy cuenta, horrorizada, de los estragos del tiempo y de su brevedad. Ahora comprendo el significado de las palabras de mi padre cuando me decía: «*Procura ser feliz cada hora y cada minuto. Recuerda las palabras de Santa Teresa: la vida es una larga noche en una mala posada*».

He llenado con mis recuerdos este cuaderno de bitácora que me regaló el Capitán, rememorando los momentos estelares de mi larga noche en la mala posada. Necesitaba hacer desfilar todos los fantasmas que se cruzaron en mi camino, que entonces fueron mi vida y tuvieron un cuerpo espléndido y glorioso. Ahora, sin ser y sin estar, ya no son nada y no habrá más noche ni posada.

Duranelli, que odiaba la vulgaridad, me enseñó a no perder las formas: «*El estilo y la elegancia son irrenunciables. En vez de ahogar las penas en la desesperación, es más elegante ahogarlas en champán*».

Cerraré las ventanas por donde ya nunca más veré llegar el *Buenaven-*

tura. Abriré la llave del gas. Pondré en el fonógrafo el *Vals de los patinadores* y esperaré el sueño apurando una copa de champán.

En cuanto Alicia y Pablo llegaron a la estación de Marsella tomaron un taxi. Durante el trayecto, Alicia le fue explicando el paisaje urbano de aquella ciudad donde había vivido la mayor parte de su vida.

—Mira, mira. Ese es el conservatorio donde yo estudié. Y ese es el paseo de la Canebier, donde está la casa de mi abuela. Estoy deseando que la conozcas. Es una mujer extraordinaria.

El taxi se detuvo ante el número 58. El portero salió a cogerles las maletas.

—Está usted cada día más guapa señorita Alicia.

—Gracias, Maurice. No me diga que ya tenemos ascensor.

—Sí. Lo acabaron de instalar el mes pasado. Su abuela está encantada.

El ascensor se detuvo en el segundo piso y a Alicia le faltó tiempo para salir al rellano y pulsar el timbre.

—Qué raro. No contesta.

—Habrá salido.

—¿A estas horas?

Alicia volvió a llamar con los nudillos y, en el momento que cesaron los golpes, escuchó que dentro de la casa sonaba la música.

—¡Abuela! ¡Abuela! ¿Estás ahí?

Martina se levantó de la mecedora, cerró la llave del gas, detuvo el fonógrafo y se dispuso a abrir la puerta. ¿Sería posible que no la dejaran morir en paz?

—¡Abuela! Te estás quedando sorda.

—¡Pero Alicia! ¿Qué haces tú aquí?

—Perdóname que no te avisara, pero he querido darte una sorpresa.

Pablo, cargado con las maletas, esperaba en el rellano sin atreverse a entrar en la casa y Martina le indicó:

–Pase. Pase y deje las maletas. Anda niña, págale al maletero y que se vaya.

–Perdóneme señora, pero no soy un maletero. Soy un admirador de su nieta.

Rieron los tres. Alicia les presentó y tomaron asiento en el salón. Martina trajo dos copas más y brindaron por el feliz encuentro. La oportuna aparición de su nieta le acababa de devolver las ganas de vivir.

–Pensé que no volvería a verte más –Le dijo cogiéndole las manos y llenándoselas de besos.

–Pero abuela, ¿qué te ocurre? Nunca te había visto así. –Era la primera vez que Alicia veía lágrimas en los ojos de Martina–. ¿Qué va a decir Pablo? Le había hablado de ti como la mujer más alegre del mundo y no quiero que parezcas una vieja llorona.

En un instante Martina compuso el gesto y adoptó el aire amable y tranquilo que le acompañó durante toda su vida.

–Tienes toda la razón. Perdóname. Por un momento... Bueno, bueno. Ahora sentaos y contadme cosas vuestras. No sabes la alegría que me has dado.

–¿Recuerdas tus preocupaciones porque nunca me veías con chicos? Pues, por fin he encontrado uno.

–Yo la buscaba desde que era pequeño –apuntó Pablo.

–¿Qué dices?

–No le hagas caso abuela. Es un fantasioso. Pablo es pintor y se enamora de los personajes de los cuadros.

–No me extraña –dijo recordando a Duranelli–. Cuando yo era joven tuve un amigo pintor que se enamoraba de las modelos.

–Nunca me has contado que tuviste un amigo pintor –Se sorprendió Alicia.

–En realidad, a ti nunca te gustó escuchar. Has vivido siempre como una monja entregada a la música y a la danza. Me alegro de que ahora te hayas enamorado. Porque estáis enamorados, ¿verdad?

–Aunque no se lo crea, yo estuve enamorado de Alicia toda mi vida y cuando vi la fotografía de su nieta en el vestíbulo del teatro, tuve la certeza de que el amor se iba a hacer realidad.

–Tú ves, abuela, como está un poco loco. Pero no me importa –añadió pasándole el brazo por el hombro– estamos muy enamorados y no me negarás que es un chico guapo.

–¿Cómo lo voy a negar? Se ve a la legua.

–He venido para pedirle la mano de su nieta.

–Por favor, Pablo. Nunca te había visto tan solemne –Se ruborizó Alicia. Martina esbozó una sonrisa, apuró la copa de champán y contestó a Pablo:

–Yo no tengo nada que decir. Eso es cosa de ella.

Alicia se estrechó todavía más contra él y besuqueándole los labios confesó:

–Él ya sabe lo mucho que le quiero.

–Pues cuanto antes os caséis mejor. A ver si todavía me da tiempo a conocer a un biznieta.

–Aún no me has dicho qué te parece Pablo.

–Guapo. Simpático. Educado... ¿qué más quieres que te diga? Vamos a ver –Se levantó del sillón, dio una luz que había sobre la mesilla y mirándolo detenidamente añadió–. No me disgusta. Es más, me recuerda a tu abuelo el día que nos conocimos.

–¿Quiere decir que me parezco a su marido?

–No. No te pareces físicamente, pero tienes estilo como lo tenía él. Por favor Alicia, ¿quieres poner otra vez el disco que sonaba en el fonógrafo?

–Era vuestra pieza preferida, ¿verdad abuela?

–Sí –Entornó los ojos para rememorar–. Le estoy viendo el día en que apareció ante mí. Tendría tu misma edad. *«Alto, sonriente, el pelo ensortijado, impecable uniforme de marino. Me rodeó el talle...»*.

Sonaba ya *El Vals de los patinadores* y, Martina, en el centro del salón, comenzó a moverse sola siguiendo la música mientras decía:

—Sentí un estremecimiento. Le miraba como hipnotizada y me dejaba llevar por la irresistible música, envuelta en el olor a ron y a hierbabuena que exhalaba su cuerpo...

Pablo la observaba asombrado por la gracia con que se movía pese a sus años. Acercándose a ella, la tomó por el talle y siguieron bailando mientras Martina continuaba con su ensoñación:

—Bailamos tan arrobados durante toda la noche que llegué a creer que estábamos solos en el salón y, con la respiración entrecortada, dejaba que me apretara contra su cuerpo sintiéndome feliz entre sus brazos.

Martina y Pablo siguieron bailando en silencio y, al finalizar la música, Alicia prorrumpió en aplausos.

—¡Bravo! ¡Bravo! Abuela, has estado magnífica.

Llorosa de emoción y sofocada por el esfuerzo, Martina tomó asiento junto a su nieta, mientras Pablo llenó las copas de champán y, tras el brindis, propuso:

—Ahora, si a tu abuela le apetece, podríamos ir a cenar a un buen restaurante.

—Por favor. No me llames abuela. Llámame Martina. Me horroriza la vejez.

Cenaron en *François Villon*, un restaurante de grandes espejos en los que se reflejaban las mesas rutilantes de cristal y plata, y los muebles de raíz de nogal tapizados en terciopelo rojo. Un lugar cargado de recuerdos para Martina, donde el Capitán acostumbraba a llevarla durante los primeros años de su estancia en Marsella.

En un momento en que Alicia se ausentó de la mesa, Martina se dirigió a Pablo:

—¿Prometes guardarme un secreto?

—Por supuesto.

—Un secreto que Alicia nunca debe conocer.

—Sí. Lo prometo. Confíe en mí.

—No sé tus planes respecto a Alicia, pero hace veintiséis años, un

español, al que yo nunca llegué a conocer, vino a Marsella y se enamoró de su madre, de mi hija Virginia. La embarazó y desapareció. Nueve meses después nació Alicia y mi hija murió en el parto. Yo no quisiera por nada del mundo que esta historia se volviese a repetir.

–Por Dios, señora. Yo he venido a casarme con su nieta.

–¿Y quién eres tú? Si puede saberse.

–Me llamo Pablo Salcedo y soy restaurador del Museo del Prado. Nací en Málaga y no tengo familia. Mis abuelos, mis padres y mis tías murieron hace muchos años.

–Qué curioso. Mi marido también se apellidaba Salcedo y era malagueño.

–El apellido Salcedo abunda en Málaga. Es un apellido corriente. ¿Y el Brown de Alicia?

–También es vulgar. Se lo pusimos por el color de mi piel –Sonrió Martina.

–Es muy bonito. Tiene el suave color de las avellanas recién tostadas.

–Si supiera cuántas veces me decía eso mi marido...

–Su marido debió ser una persona de muy buen gusto.

–Parece que habéis hecho buenas migas –dijo Alicia sentándose de nuevo a la mesa.

Se había creado entre los tres un clima distendido como si se conocieran de toda la vida. Comieron con buen apetito y bebieron a placer saboreando aquel *Chatonet du Pape* que tanto agradaba al Capitán. Se encontraban a gusto haciendo planes para el futuro. Martina ya se veía con un biznieto en brazos en una nueva etapa de su vida sin el lastre del pasado tormentoso que parecía tenerla amarrada a los recuerdos.

–Hasta que decidáis otra cosa, mi casa de Marsella puede ser el punto equidistante entre Madrid y Londres para vuestros encuentros.

–Es una buena idea, ¿verdad Alicia? –respondió Pablo tomándole las manos entre las suyas y añadió–: Pero no sé si podremos estar mucho tiempo separados, ¿verdad amor mío?

La luna llena alumbraba las calles y la noche templada, envuelta en el aroma de las lilas, invitaba a volver a casa dando un paseo. En cada calle, en cada esquina, en cada plaza, Martina encontraba un recuerdo de sus muchos años en Marsella y, contagiada por la felicidad de la pareja, se preguntaba si sería posible comenzar otra etapa de su vida.

—Os cedo mi habitación. Vosotros sois dos y la cama es más grande. Seguro que estaréis más cómodos. Yo dormiré en el cuarto de Alicia.

Llegaban muy cansados del viaje y apenas se metieron entre las sábanas se durmieron.

Desde que conoció a Alicia, Pablo tenía un sueño recurrente: estaba en su maravillosa habitación de la casa de Málaga y, al mirar a la Virgen del cuadro antes de dormirse, la imagen tomaba cuerpo y saliéndose del lienzo venía a su lado para dormirse junto a él. Al día siguiente se despertaba abrazado a Alicia. Pero esta vez, al despertar, Pablo descubrió sobresaltado que el cuadro de su infancia se encontraba colgado frente a la cama. ¡Se estremeció sin dar crédito a lo que veía!

—¿Qué te ocurre? ¿También hoy has vuelto a soñar? Menuda noche me has dado.

No contestó. Permaneció incorporado en la cama con la vista fija en el cuadro. Cuando Alicia volvió a insistirle, preguntó en un tono apenas perceptible:

—¿Desde cuándo está ese cuadro en la casa?

—Toda la vida. Es mi abuela. Cuando se casaron, el abuelo quiso que la pintaran vestida de Virgen. Esta guapísima ¿verdad?

Pablo se hallaba desconcertado. Sin apartar los ojos del cuadro, comenzaron a desfilar por su mente con absoluta nitidez todas las historias vividas en la casa de Málaga. Por fin las hormigas que se habían instalado en su memoria durante tanto tiempo llenándola de agujeros de olvido habían desaparecido como por ensalmo.

En aquel momento Martina llamó a la puerta.

—¿Puedo entrar? Os traigo el desayuno.

Pablo seguía sentado en la cama. Estaba como hipnotizado y le temblaba ligeramente la barbilla poniendo de manifiesto su excitación por los interrogantes que ahora se abrían ante él.

—¿Qué te ocurre? ¿No te gusta mi retrato?

—No es posible. No puede ser.

—¿Qué es lo que no puede ser?

—Mi abuelo trajo de Cuba un cuadro exactamente igual a ese.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí. Lo tuve quince años enfrente de mi cama.

Martina cayó en la cuenta. Comenzó a temblarle la bandeja con el desayuno y tuvo que dejarla sobre la mesilla de noche. Sin decir palabra, se sentó frente al tocador y observó en el espejo su semblante visiblemente alterado.

—¿Qué te ocurre abuela?

—Nada. Nada. Sentí un pequeño mareo. Tomaré un poco de café.

«Un buen día el Capitán, maravillado de tanta perfección, ordenó a Duranelli que hiciera una copia del cuadro para llevárselo a Málaga.

-La entronizaré en el salón principal de la casa de mis padres, para que todos la veneren como una Virgen».

Los deseos del Capitán se habían cumplido, pensó Marina. Duranelli hizo un retrato portentoso y, tal y como se lo confirmó el contraamaestre Matías, en la casa de Málaga la veneraron como una Virgen. Ahora, aquel muchacho que había llegado con su nieta, acababa de confirmárselo. Además, estaba locamente enamorado de ella como su abuelo. Dejó que Pablo terminara su rezo. Aguardó un instante en silencio, y al fin, haciendo de tripas corazón, le aclaró:

—Este cuadro es una copia fidelísima del que tenías colgado en tu casa.

—¿Cómo lo sabe?

—¡Porque tú eres el nieto del capitán Pedro Salcedo! ¿Me equivoco?

Alicia saltó de la cama.

—¿Qué dices abuela? ¿Te has vuelto loca? El capitán Pedro Salcedo era mi abuelo.

—Por supuesto que sí, pero también era el abuelo de Pablo —Hizo una pausa mientras la pareja la miraba con los ojos como platos y, prendiendo de sus labios una sonrisa de complicidad, añadió—: ¿Tiene gracia verdad?

Como si se hubiera quitado un peso de encima, Martina recuperó su aplomo.

Pablo no entendía nada. Él solo tenía la certeza de que el cuadro lo trajo su abuelo de Cuba, y, según se decía, era el retrato de una mulata que padeció la cólera del capitán Salcedo, que luego, arrepentido, intentó elevarla a los altares. Obsesionado por aquella historia, únicamente acertó a preguntar:

—Entonces... ¿es verdad que mi abuelo la sodomizó y violó?

Martina cerró los ojos, suspiró como queriendo atraer los recuerdos, y sin dejar de sonreír contestó con un mohín de coquetería:

—Quizá un poco.

—¿Qué quiere decir?

—Que olvides todo lo malo que te hayan contado de tu abuelo. El capitán Salcedo no fue un hombre malo, pero tuvo una vida muy difícil porque se empeñó en vivir tres vidas a la vez: la de su familia de Málaga, de donde tú vienes; la de su familia de Cuba, de donde viene Alicia, y la de su otro gran amor que fue el *Buenaventura*.

—¿El barco que está sobre la chimenea del salón?

—Sí, lástima que no pueda hablar.

—¿Pero qué tuvo que ver usted con mi abuelo? —insistió Pablo.

—Tú eras muy pequeño cuando él murió. Por supuesto que tu abuela no te contaría nada, pero pensé que quizá Matías, el Contramaestre, te habría hablado de mí.

—¿Pero usted conoció a Matías?

—¿Cómo no iba a conocer yo al hombre de confianza del Capitán? Curiosamente Matías murió en esta misma habitación, contemplando el cuadro.

—No es posible.

–Sí lo es. Recuerda que la última vez que lo viste en Málaga, antes de que desapareciera sin dejar rastro, tu abuela ya advirtió que comenzaban a salirle hormigas por los zapatos.

–Sí, es cierto. Pero ¿qué me tenía que contar Matías?

–Nuestra boda en La Habana. Por ejemplo.

–Usted se está burlando de mí.

–Te juro que no. El capitán Pedro Salcedo, natural de Málaga, hijo de don Melchor Salcedo de Malaespina, se casó conmigo en la Catedral de La Habana el día seis de enero de 1883. Un año después de haberse casado en Málaga con tu abuela Adelaida.

Aquella historia era demasiado asombrosa para ser cierta. Pero Pablo estaba cada vez más interesado y Martina continuó sembrando interrogantes.

–¿Llegaste a ver lo que había pintado en el dorso del cuadro que llevó a la casa de Málaga?

–¿Cómo sabe usted eso? –preguntó Pablo visiblemente molesto recordando la peripecia de Bernardo en el enterramiento de los prohibidos.

Martina se sentó a los pies de la cama y con voz pausada y dulce, le respondió:

–La Virgen lo sabe todo. Y, por supuesto, velará por ti. ¿No recuerdas que tu madre te decía que te encomendaras a ella? Tranquilízate y dínos qué había pintado al dorso del cuadro. Anda, cuéntale a Alicia quien estaba detrás de aquel cuadro que te enamoró.

Pablo no contestó y Martina descubrió el secreto:

–Estaba el demonio ¿No es verdad?

–Me parece ridículo que digas eso, abuela –intervino Alicia–. El demonio no existe. Eso son paparruchas de los católicos.

–No querida. Pablo podrá explicarte algo de eso.

–Sí. Tu abuela tiene razón. En el dorso del lienzo aparecía pintado el

macho cabrió. Si no lo crees, mi amigo Bernardo puede contarte la historia con todo detalle.

–Los dos estáis locos. No cabe duda.

–Lo que ocurre es que vuestro abuelo, mejor dicho, el que creéis que es vuestro abuelo, el capitán Salcedo, estaba tan locamente enamorado de mí que hizo pintar dos cuadros iguales.

–¿Por qué dices “el que creemos” que es nuestro abuelo?

–Eso vendrá más tarde. Como os decía –Se dirigió a Pablo–, uno de los cuadros se lo mandó a tu abuela. ¿Te acuerdas de tus tías? Murieron envenenadas de tanto besar ese cuadro. La noticia apareció en los periódicos de Málaga.

Pablo se levantó de la cama y acercándose al cuadro lo observó detenidamente; la copia no podía ser más perfecta. Luego se volvió hacia Martina y le preguntó:

–¿Y qué pintó detrás de este cuadro?

–Me da un poco de vergüenza, pero te lo voy a enseñar.

Se levantó. Le dio la vuelta al cuadro y apareció el magnífico desnudo. Pablo se quedó atónito. Tuvo que sentarse y, con los ojos pasmados, contempló el lienzo. Una obra excepcional, que por su perfección, el mismo Goya hubiera firmado como suya, a no ser porque el florido sexo de Martina, abierto como una flor, con el clítoris en sazón, era demasiado provocativo para la corte de Fernando VII.

–¿Quién lo pintó?

–Un hombre maravilloso, mitad ángel, mitad demonio. No digas que no existe el demonio, Alicia. Si no hubiera sido por él, tú hoy no estarías aquí –añadió Martina *«recordando una relación plácida y profunda con Duranelli en un atardecer lluvioso impregnado de olor a fraurстина y heliotropo»*. Se llamaba Leonardo Duranelli.

–Mi maestro de pintura se llamaba don Leonardo Durán. Era un...

Le interrumpió Martina:

–*«Un formidable pintor y extraño personaje que vivía desterrado en Málaga por un contencioso que tuvo con el Nuncio»*.

–¿Cómo lo sabe usted?

–Yo lo sé todo sobre el gran Leonardo. *«Un tipo de edad indefinida, delgado, alto, de facciones agradables y pelo negro en forma de melena que le caía hasta los hombros».*

–Sí. Sí. ¡Es él! ¡Lo estoy viendo! *«Vestía con estudiada extravagancia y en el hablar se le notaba la gracia del acento cubano. Se adornaba con una curiosa cojera, quizá fingida, que le daba una misteriosa distinción».*

–Exacto –continuó Martina– *«Era todo un espectáculo verlo pasear al anochecer por la calle Larios envuelto en su capa negra ribeteada de raso rojo, tocado por un amplio sombrero de ala ancha».*

Desde que se encendió la luz en la memoria de Pablo contemplando en el cuadro lo que en un principio le pareció extraño, comenzó a cobrar visos de realidad.

–¡El Gran Leonardo! –Suspiró Pablo–. La última vez que lo vi tenía yo catorce años. Recuerdo que me regaló una gorra de capitán de barco poco antes de desaparecer de Málaga.

–Era la gorra del capitán Salcedo. Me la trajo Matías cuando vino a comunicarme su muerte.

Martina buscó en el altillo de su armario. Sacó la gorra del Capitán y se la entregó a Pablo.

–Póntela. Creo que te sentará bien.

Alicia, andaba cada vez más sorprendida en aquel laberinto de historias.

–Me vais a permitir que dude de todo lo que estáis diciendo. Ese pintor Durán, Duranelli o como se llame, ¿dónde está? Según tú –dijo dirigiéndose a su abuela–, desde que saliste de Cuba hace casi cincuenta años no lo has vuelto a ver, excepto en sueños. Y tú, Pablo, lo viste la última vez cuando tenías catorce años. ¿No sería también un sueño?

–Por supuesto que no –aclaró Martina–. Pablo conoció el cuadro que llevó el capitán Salcedo a su casa de Málaga, firmado por Duranelli. Y ahí tienes el que se quedó en nuestra casa de la Habana firmado también por Duranelli.

—¿Quieres decirme que eso prueba la existencia de ese extraño personaje?

—Solo puedo decirte que esos cuadros prueban la existencia del maestro de Pablo, don Leonardo Durán y de mi querido Duranelli. Un personaje de carne y hueso, ¿verdad Pablo?

—Por supuesto que sí y, tal como habla, parece que le querías mucho.

—Le quise con locura.

—¿Y qué decía el abuelo? —preguntó Alicia—. ¿Cómo permitió que te pintara desnuda?

—El que creéis vuestro abuelo, el capitán Salcedo, era un personaje bastante fantástico y además... Esbozando una sonrisa añadió— era estéril. Por eso os puedo asegurar que no sois sus nietos.

En el rostro de Pablo se dibujó una mueca de disgusto.

—Mi abuela nunca me dijo...

—Las mujeres no suelen ir por ahí proclamando la esterilidad de sus maridos, ¿no te parece?

—¿Y de quién era hijo mi padre?

—No podría asegurarlo, solo te diré que antes de casarse, e incluso durante los primeros años de casada, tu abuela tuvo dos excelentes amigos: un notario llamado Gabriel y una pintora llamada Leonora. ¿Lo sabías?

—Sí, es posible. Hace poco, en Málaga, conocí al notario. Y sé de un retrato mío por una tal doña Leonora.

—Que en realidad era el nombre de Duranelli cuando se travestía en mujer.

—¿Qué quiere usted decir?

—Sencillamente que tu abuelo, igual pudo ser tu maestro de pintura o el notario amigo de tu abuela.

El mar de dudas parecía llenar la habitación y Alicia preguntó:

—¿Y quién fue mi abuelo?

—Duranelli. Esto te lo puedo asegurar yo. Ocurrió en La Habana mientras pintaba mi retrato vestida de Virgen.

Alicia y Pablo escuchaban a Martina sentados a los pies de la cama cogidos de la mano como si intentaran protegerse del cúmulo de noticias que, como una legión de termitas, fueran socavando la figura del capitán Salcedo que, hasta el día de hoy, había sido su principal referente.

—Con tanto hablar se os habrá enfriado el desayuno. Vestíos y saldremos a dar un paseo para que Pablo conozca Marsella.

Pablo pasó el día con Martina atando cabos del enmarañado ovillo que era la historia de su familia. Ahora, al conocer su esterilidad, se abrían nuevos interrogantes y Pablo no pudo menos que preguntar:

—¿De quién eran hijas mis tías Pasión y Sacramento?

—Ya te dije que los dos grandes amigos de tu abuela fueron Duranelli y el notario don Gabriel. Elige tú mismo.

Era patente que el capitán Salcedo no puso la semilla de aquella familia, pero su vida y su personalidad les habían marcado a todos para siempre.

Al atardecer, junto al fuego de la chimenea, todavía siguieron desgranando el racimo de uvas de la memoria que les unía, mientras saboreaban los mojitos de ron que Martina preparaba con gran maestría aromatizados con unas hojitas de albahaca. Había dejado para el final el tesoro donde guardaba sus mejores recuerdos de juventud y le pidió a su nieta:

—Alicia, por favor, trae de mi habitación el álbum de Cuba.

Era un álbum de fotografías encuadrado con las tapas de un antiguo misal de piel roja con cantoneras de metal dorado y en el centro una cruz bizantina de oro guarnecida con pequeñas piedras preciosas. En la primera página aparecía la foto de un joven misacantano dando a besar sus manos a una larga fila de gentes de color junto a un solemne Obispo revestido de mitra, báculo y capa pluvial.

—Es mi padre acompañado por el Obispo de Mondoñedo.

Pablo creyó que Martina quería burlarse de él. Miró a Alicia y esta le tranquilizó:

—Es cierto. Mi bisabuelo era Penitenciario de la Catedral de La Habana y se enamoró de una mujer de color.

—Mira —Siguió Martina mostrándole la segunda foto coloreada a mano—. Aquí está con mi madre. Reconocerás que formaban una pareja encantadora.

A Martina no le faltaba razón, la mujer era una auténtica Venus teñida del color de la noche en cuyo rostro brillaba la sonrisa de un rosario de perlas; el hombre, con el traje talar, «parecía un efebo escapado de un cuadro de Caravaggio con la cabeza cubierta de rizos de oro, la piel sonrosada, y los ojos como dos zafiros llenos de luz».

—Esta soy yo el día de mi Primera Comunión. En esta otra estoy bailando con los esclavos en la Fiesta de la Zafra. De ahí creo que nos ha venido a todas las mujeres de la familia la afición al baile. Llevamos la música en la sangre.

Entre las fotografías familiares se mezclaban algunas postales y pequeños grabados de lugares pintorescos de la isla y Martina continuó explicándole:

—Este es el colegio de las monjas donde me eduqué.

Aquí estoy con mi madrina la Baronesa de Zafra. Doña Ana, era una mujer muy elegante que tenía muy buena mano para las exquisiteces de la cocina y el muchacho que está junto a ella es su hijo, un escritor maldito que se exilió en Francia por sus escritos contra el Gobierno.

Esta es la plaza de Armas, uno de los lugares más hermosos de La Habana donde el barroco adquiere carta de naturaleza y los palacios de mármol blanco parecen verdaderos pasteles de merengue.

Observa esta vista del puerto. Se ve al *Buenaventura* entrando por la bocana. Atracado en el muelle de la derecha se ve *El Maine*, el buque norteamericano cuyo hundimiento dio pie a que España perdiera la isla de Cuba.

Esto es Cienfuegos, una de las ciudades más bellas de Cuba. Allí volví a encontrar a Duranelli, pero... ya os contaré.

Fíjate qué maravilla, un manto verde sobre la tierra y las grandes palmeras acariciando el cielo. Es una plantación de caña de azúcar donde sobresalen las altas chimeneas de los ingenios del Rey del Azúcar.

—¿Tuvo algo que ver el Rey del Azúcar con el Capitán? —preguntó Pablo recordando la macabra historia que le contó el capitán Ulises en la Escuela Naval de Cádiz.

—No, en absoluto. Si te interesa conocer su historia, luego te daré una novela sobre este personaje que escribió el hijo de mi madrina.

Pablo contemplaba lleno de curiosidades el mundo mágico de la cubanía recordando las palabras de su maestro y, seguramente abuelo, don

Leonardo Durán, cuando le decía: «*Cuba es un paraíso que te enamorará. Se apoderará de ti y te hará gustar todas las delicias de la vida*».

—Mira, mira esta fotografía. Aquí tienes al capitán Salcedo el día de nuestra boda. ¿Qué te parece?

Pablo lo observó en plena gloria y juventud, como nunca lo había visto. El marino de nariz aguileña y gesto adusto que aparecía junto a la abuela Adelaida en la fotografía de boda de sus padres, era aquí un apuesto oficial de Marina en la flor de los veinticinco años, cogido del brazo de una angelical mulata vestida de blancas organzas y coronada por una diadema de flores de taronjil.

*Si te enamoras de mí,
ha de gustarte la mar,
y en un velerito blanco
yo te llevaré al altar.*

Nos casó mi padre revestido de pontifical mientras mi madre, arrodillada en su reclinatorio en la penumbra del trascoro, lloraba de alegría y las monjas del colegio del Sagrado Corazón cantaban motetes de Pergolesi. El mismo día de la boda nos fuimos a vivir a un lindo palacete en El Cerro, frente al puerto de La Habana, un lugar ideal para contemplar el trasiego de los barcos que entraban y salían a todas las horas del día.

—¡Hacían ustedes una pareja magnífica!

—Seguro que vosotros la haréis mejor.

—Sabes abuela —Se lamentó Alicia— que me da un poco de pena que el capitán Salcedo no sea mi abuelo.

–Es culpa mía por haberos descubierto la verdad. Pero, al fin y al cabo, si lo pensáis bien, ¿qué más da quien sea el abuelo? ¿No os parece?

–¿Y de Duranelli? ¿No guarda ninguna fotografía? –preguntó Pablo, obsesionado por el recuerdo de su maestro.

–No. Con él me ocurrió algo muy curioso. Nunca quería fotografiarse, y un buen día, en ausencia del Capitán, paseando por la plaza de Armas nos topamos con un fotógrafo ambulante y lo convencí, con no pocos esfuerzos, para que nos hiciéramos un retrato juntos –Buscó entre las hojas del álbum–. Mírala. Aquí está la fotografía.

–Pero... Está usted sola. ¿Dónde está Duranelli?

–Estaba donde esa mancha blanca. El fotógrafo dijo que se había velado la placa, Duranelli sonrió. Pero yo nunca comprendí por qué la veladura solo le afectó a él.

Pablo recordó un suceso parecido. A los doce años, durante una clase de pintura, realizó un retrato de don Leonardo, con tal perfección, que el mismo maestro no pudo menos que elogiar. Pero, al llegar a casa henchido de satisfacción e ir a enseñárselo a sus padres, observó perplejo que la acuarela se había desvanecido. Su padre esbozó una sonrisa y se limitó a decir:

–Tratándose de don Leonardo Durán no me extraña nada.

Pablo tomó el bloc de dibujo que siempre llevaba consigo y en un santiamén, esbozó el retrato de su querido maestro.

–¿Es este Duranelli?

Martina lo contempló emocionada y, mientras dos pequeñas lágrimas pugnaban por salir de sus ojos azabachados, tomó la hoja con el retrato de su amado Duranelli y la colocó devotamente sobre las velas del *Buenaventura* que presidía el salón.

Alicia observó el dibujo con curiosidad y no pudo evitar una pregunta:

–¿De quién de los dos estuviste más enamorada?

–No fueron dos –Sonrió Martina–. En realidad fueron tres.

–¿Qué me dices? –Se sorprendió Alicia–. ¿Quién fue el tercero?

–Jacobó. Un regalo que me envió mi padre desde el cielo para consolarme durante tus ausencias.

–No me dijiste nada.

–Murió hace poco. Pero de él ya os hablaré en otra ocasión.

–Y entre el Capitán y Duranelli, ¿a cuál hubieras elegido?

–A los dos. Tuve la suerte de vivir dos vidas con dos grandes amores. Eran completamente diferentes pero tenían una cosa en común: la imaginación. Si Duranelli hacía gala de un gran sentido del humor, el Capitán albergaba una buena dosis de fantasía para que nuestra vida en común no fuera aburrida.

–Entonces –preguntó Alicia con una sonrisa pícará–, ¿me aconsejas que me busque otro amante?

–Líbreme Dios de dar consejos. Esas son decisiones muy personales. Pero creo que has tenido mucha suerte, Pablo tiene el aspecto de un “intrépido capitán” y, como además es pintor, no necesitará llamar a nadie para que te pinte un cuadro.

Martina llevó el álbum de las fotografías a su habitación y aprovechó para secarse las lágrimas. Luego rebuscó en los cajones de su cómoda y regresó al salón con el guardapelo que encontró entre las cosas de su hija Virginia cuando murió.

–¿Te acuerdas de él? –preguntó mostrándoselo a Alicia.

–¡Oh, sí! Creía que lo había perdido. Mira Pablo. Es mi padre, que murió al poco tiempo de nacer yo.

Pablo cogió el guardapelo con curiosidad. Abrió la tapa y al contemplar el retrato sintió un escalofrío y se le ensombreció el rostro. Acarició el mechón de pelo. Leyó la dedicatoria grabada en la tapa y se limitó a preguntar:

–¿Estás segura que es tu padre?

–Claro que sí. ¿Verdad abuela? ¿Por qué me lo preguntas?

Pablo guardó silencio. Martina observó el enorme parecido de Pablo con el daguerrotipo y, al momento, encajó todas las piezas del rompecabezas

recordando lo que le contó el Contraamaestre sobre la estancia de Adrián Salcedo en Marsella. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón para poder asimilar, sin un desmayo, aquel inesperado descubrimiento.

—¿Qué te ocurre abuela?

—Nada. Nada. Por favor, tráeme un poco de agua.

En cuanto salió Alicia, Martina preguntó a Pablo cruzando una mirada de complicidad:

—Es tu padre ¿verdad?

—Sí.

Martina bebió lentamente el vaso de agua. Luego tomó el guardapelo de las manos de Pablo, se acercó a la chimenea y lo dejó caer entre las brasas. Se produjo una llamarada como si hubiera echado azufre en el fuego y se escuchó un extraño lamento de dolor.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Alicia sin salir de su asombro.

—No era tu padre. Yo me inventé esa historia porque todos los niños necesitan un padre. En realidad tu madre no quiso decirme nunca quién fue tu verdadero padre.

—¿Por qué?

—La abandonó antes de que tú nacieras.

Pablo sonrió agradecido a Martina. Se acercó al fonógrafo, le dio cuerda, y el salón se llenó con la alegre música del *Vals de los patinadores*. Regresó junto a Alicia y, tomándola de las manos, la abrazó contra su cuerpo y comenzaron a bailar llenándose de besos como si nada hubiera sucedido.